



FLACSO
MÉXICO

**Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales
Sede Académica de México**

**Doctorado de Investigación en Ciencias Sociales con Mención en Sociología
XII Promoción
2018-2021**

Paro Nacional Agrario de 2013. Performance y solidaridad en Colombia
Tesis que para obtener el grado de Doctor de Investigación en Ciencias Sociales con
mención en Sociología

Presenta

Juan Camilo Portela García

Directores de tesis

Dr. Nelson Arteaga

Dr. Carlo Tognato

Lectoras

Dra. Myriam Jimeno

Dra. Anne Johnson

Seminario de Tesis: Sociología e Historia Cultural
Línea de investigación: Discurso e identidades en América Latina y el Caribe

Ciudad de México, diciembre de 2021

Este doctorado fue realizado gracias a una beca otorgada por el Consejo Nacional
de Ciencia y Tecnología (CONACYT)

Resumen

Esta tesis aborda la dimensión cultural de la protesta social en un contexto de fragmentación y polarización. Busca comprender el Paro Nacional Agrario de 2013 en Colombia a través de la atención a los performances desplegados sobre la situación social del campesinado y a los procesos de interpretación en la esfera pública a los que dio lugar este evento. Se propone que la fusión entre manifestantes y audiencias alcanzada durante esta protesta fue posibilitada por la construcción de coaliciones simbólicas en las que convergieron actores que no compartían los mismos esquemas de interpretación. En medio de la fragmentación cultural emergieron narrativas comunes sobre el campesinado como identidad primordial en las esferas familiares, políticas y económicas; y como víctima de un orden violento, desigual y excluyente. Audiencias solidarias con el paro irrumpieron en la escena pública para comunicar su apoyo. De este modo fue evidente la fuerza comunicativa de la esfera civil en Colombia. Esta tesis se suma al Programa Fuerte de la Sociología Cultural y propone una descripción densa de la movilización social a través de la construcción de un archivo sobre el performance social.

Palabras clave: Protesta social, Movimiento Campesino, Esfera Civil, Solidaridad, Performance, Sociología Cultural, Acción Simbólica, Movimientos Sociales, Colombia, Campesinado.

Abstract

This thesis addresses the cultural dimension of social protest in a context of fragmentation and polarization. It seeks to understand the 2013 National Agrarian Strike in Colombia through attention to the performances deployed on the social situation of the peasantry and the processes of interpretation in the public sphere to which this event gave rise. It is proposed that the fusion between demonstrators and audiences achieved during this protest was made possible by the construction of symbolic coalitions in which actors who did not share the same schemes of interpretation converged. Amid cultural fragmentation, common narratives emerged about the peasantry as a primordial identity in the family, political and economic spheres, and as a victim of a violent, unequal and excluding order. Audiences in solidarity with the strike burst into the public arena to communicate their support. In this way, the communicative strength of the civil sphere in Colombia was evident. This thesis joins the Strong Program of Cultural Sociology and proposes a dense description of social mobilization through the construction of an archive on social performance.

Keywords: Social Protest, Peasant Movement, Civil Sphere, Solidarity, Performance, Cultural Sociology, Symbolic Action, Social Movements, Colombia, Peasantry.



FLACSO
MÉXICO

Astro,

*Mi buena estrella,
gracias por volar conmigo*

Agradecimientos

Escribir esta tesis fue posible gracias al apoyo de muchas personas. Principalmente ha sido el fruto de un proyecto familiar en el que nos embarcamos mi esposa Astrid Suárez y yo hace varios años. Te agradezco venir a México, encargarte del hogar que dejamos en Colombia, hacer magia con nuestros recursos, traer a nuestros felinos Mili (literalmente mi mano derecha) y Aioria (encarnación de la vitalidad), poner a mi disposición toda tu energía para hacer realidad este sueño y acompañarme hasta el final. Además de motivarme a realizar mi doctorado y apoyarme cotidianamente con tu ternura, dedicación y cuidados, todas las ideas que expreso aquí crecieron entre nuestras inagotables conversaciones. Esta tesis es tuya. La escribí por ti y contigo. Gracias por el impulso, la confianza, el aliento, el consejo, el coraje, la fortaleza, la luz y tu amor.

A mis padres les agradezco por su formación y su amor. Con mi papa conocí la vida académica. Su ejemplo guía mis pasos y me impulsa a dar siempre el “kilómetro y medio extra”. A mi madre le agradezco haber contribuido a forjar mi carácter y haberme brindado los elementos para amar lo que hago. A mis hermanas les agradezco todo el cariño durante este doctorado. Mi abuelo Camilo empezó la saga de una familia que cuenta ya con varios profesores. Gracias a él por abrir ese camino que seguimos andando. A mi abuela le agradezco el apoyo permanente y el amor que nos ha brindado a Astrid y a mí. A mi tía Naty le agradezco su cariño y ternura.

A la familia Álvarez, muestra de creatividad y esfuerzo para superar los momentos adversos, le agradezco todo el apoyo. A doña Stella, mi suegra, le doy muchas gracias por su incondicionalidad con nosotros y por ser un ejemplo de trabajo honesto y agradecido. Mil gracias por cuidar de nuestra gata Cleo. A mis cuñadas Yadira y a Margarita también les agradezco su buena energía hacia este proyecto.

México me permitió realizar mis estudios. Gracias a la beca Conacyt pude dedicarme enteramente al doctorado. Estaré siempre agradecido con los mexicanos por ello. Igualmente, Flacso fue el espacio que anhelaba para estudiar con tranquilidad. Alcancé a pasar largas horas en la Biblioteca René Zavaleta, cuyas trabajadoras siempre me atendieron con hospitalidad. Gracias a Patricia, Guadalupe y Belén. También agradezco

al personal administrativo de Flacso por su apoyo, especialmente a Laura, Rosaura, Leonel, Mónica y Hugo.

Le agradezco al doctor Nelson Arteaga, mi director de tesis, el haberme presentado la perspectiva de la Sociología Cultural que dio un giro significativo a la manera en que entiendo la protesta. El haberme reencontrado con la antropología a través de una tesis en sociología es un regalo invaluable. De igual modo lo es el haberme recomendado para participar en el curso impartido por Jeffrey C. Alexander en la Universidad de Yale. Le agradezco su confianza, su paciencia, su rigurosidad, su generosidad, su consejo y su crítica. Igualmente tengo una enorme gratitud con el doctor Carlo Tognato, quien también me dirigió, Su lectura minuciosa, su atención a los detalles, sus pláticas sobre la escritura fueron vitales para llevar a buen fin esta tesis. A las doctoras Anne Johnson y Myriam Jimeno les agradezco el haber aceptado ser mis lectoras, el haber comentado mis avances con apertura y crítica constructiva. A Anne le agradezco además el haberme abierto las puertas de su seminario. A la profesora Myriam la vi por primera vez en una charla que dio en la Universidad de Caldas cuando estaba iniciando mi pregrado en antropología. En ese momento difícilmente podría haber imaginado que leería mi tesis doctoral. Le agradezco el haber compartido conmigo su experiencia y sabiduría.

Agradezco a los doctores Liliana Martínez y Santiago Carassale por sus comentarios y cuestionamientos en el Seminario de Sociología e Historia Cultural. De mis compañeros de seminario -Alejandro, Andrea, Danny y Guido- también aprendí mucho. Le agradezco especialmente a Gimena Bertoni por su solidaridad y su buenísima onda. Compartir con ella es regresar a Suramérica.

Durante mi trabajo de campo y escritura de la tesis tuve la oportunidad de participar en distintos espacios. El curso impartido por Jeffrey C. Alexander me permitió conocer con mayor profundidad este enfoque teórico y compartir con varios compañeros cuyos trabajos alimentaron mis inquietudes. Agradezco especialmente a Nicolas Rudas. De igual forma, durante el seminario de tesis de la doctora Anne Johnson en la Universidad Iberoamericana recibí valiosos aportes de Jorge Martínez, Rosa Inés Padilla, Daniela Ochoa, Rubén Díaz, Celia González, Osmany Suárez, Anamely Ramos, Yusmani Hernández, Diego Alva y Karla García. Finalmente, en la recta final de mi proceso recibí

la lectura atenta y crítica de distintos pares durante el taller de escritura del Journal of Peasant Studies. Agradezco a Debora Lima, Gavin Muchetu y Zeynep Ceren Eren. Tengo una especial gratitud con Jun Borrás por su franqueza sin reservas.

Gracias a los líderes que compartieron conmigo sus experiencias y su ejemplo: Oscar Gutiérrez, Robert Daza y Víctor Correa. A Andrés Rincón el compartir sus recuerdos como líder estudiantil y a quienes me contaron cómo vivieron el paro desde el arte y la comunicación: Javier de la Cuadra, Edgar Álvarez y Guillermo Castro.

Un lugar especial para dos amigos del doctorado. Alba y Arturo abrieron las puertas de sus casas y nos presentaron a mí y a mi esposa sus familias, su cotidianidad y sus celebraciones. Gracias por tendernos una mano, por estar siempre ahí y por sus presencias en mi vida. Junto a Alba, le agradezco a Paco, Erick, don Juan y doña Guille. Tantos bellos momentos y hasta el triunfo de la maquina celeste durante la pandemia. Junto a Arturo, le agradezco a Vicky, don Guadalupe y doña Gaby. Tantos aprendizajes, tantos recorridos. En mi corazón siempre estarán las idas a la Central de Abastos y el viaje a Puebla. Gracias Alba y Arturo, ¡de Iztapalapa para el mundo!

Agradezco a quienes me recibieron en mis primeros días en este país. Felipe me acogió en su departamento cuando recién aterricé en Ciudad de México. Lucho, su roomie, mostró una hospitalidad asombrosa. En la vecindad de la montaña compartí con Guéter, ejemplo de carácter y tenacidad; y con César, gracias por su amistad, compañía y las garnachas. E Iván, adorado representante estudiantil, conversador sin igual, gracias por su recibimiento y su cariño.

Por último, gracias a mis profesoras y amigos de la Universidad de Antioquia que me apoyaron desde el principio. Adriana González, Gloria Naranjo y Juan Camilo Domínguez firmaron las cartas de recomendación con las que ingresé a Flacso. Gracias a Adriana por su asesoría y apoyo, a Gloria por sus conversaciones y sus ideas, a Domínguez, tocayo, hermano y amigo por estar siempre presente. Un saludo especial al Frente Elvira, espacio de fútbol que da mucho sabor a la vida: a Einer por esta idea y por la buena vibra, a Augusto por la irreverencia, a Juan David y a Jorge por los comentarios; y a Camilo Martínez por su compañía en momentos difíciles. Finalmente, gracias hermano Eudes. Siempre estarás en mi corazón.

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	10
1. Campesinado y movilización social en Colombia. Un estado del arte	16
1.1. Estudios sobre orden y movilización campesina	16
1.2. Estudios sobre representaciones, discursos y narrativas	19
1.3. Estudios sobre el Paro Nacional Agrario de 2013	20
1.4. Balance	24
2. Marco Teórico. Un enfoque cultural de la protesta campesina.....	27
2.1. El Programa Fuerte en Sociología Cultural	29
2.2. Protesta como performance cultural	31
2.3. La esfera civil y su estructura discursiva	35
2.4. Movimientos sociales, reparación y campesinidad	37
2.5. Los retos de la protesta campesina en Colombia	39
2.6. Fragmentación cultural y coaliciones simbólicas	41
3. Enfoque Metodológico. Archivo sobre el performance	45
3.1. Objetivos y preguntas	45
3.2. Enfoque metodológico	47
3.3. Archivo y repertorio	48
3.4. Técnicas, materiales y fuentes	49
3.4.1. Revisión de prensa.....	50
3.4.2. Revisión de redes sociales.....	51
3.4.3. Entrevistas no directivas.....	53
3.5. Fases de investigación y memoria metodológica	55
4. ¿Campesinos o insurgentes? Representaciones, antesala y primeros días del Paro Nacional Agrario.....	60
4.1. Infiltración y desafío al orden público: representaciones en el trasfondo y en el proscenio	61
4.1.1. Protesta campesina, izquierda y conflicto armado.....	63
4.1.2. Acusaciones de infiltración y respuestas civiles en la antesala al PNA.....	67
4.2. Bloqueos de vías: ¿justos reclamos o desafío al orden público?	72
4.2.1. Interpretaciones sobre los bloqueos en la esfera pública	75
4.2.2. Coaliciones simbólicas y apoyo al PNA.....	84



5. Indignación y solidaridad. Apoyo público al Paro Nacional Agrario	87
5.1. “El Tal Paro Nacional Agrario no existe”: fracaso de una puesta en escena	88
5.2. Poder cultural: audiencia y performance de solidaridad civil	93
5.2.1. Campesinado puro y gobierno impuro: clasificaciones morales binarias	97
5.2.2. Narrativas sobre la campesinidad.....	101
5.2.3. Rebelión de las Ruanas: cristalización icónica de las clasificaciones y narrativas sobre la campesinidad	109
5.2.4. Agentes portadores y medios de distribución	113
5.3. Apoyo de la derecha al paro	119
6. Acciones correctivas, orden público y desenlace del Paro Nacional Agrario	124
6.1. Performance civil y acciones correctivas del gobierno	125
6.2. Refuerzo del orden público: violencia y costuras en la solidaridad civil	129
6.2.1. Disturbios, saqueos y muertes: el desafío al orden público	130
6.2.2. Estabilidad y erosión del suelo civil: la opinión pública después del 29 de agosto..	133
6.3. Acciones correctivas de organizaciones campesinas: desbloqueo y negociación	140
REFLEXIONES FINALES	144
FUENTES	148

ÍNDICE DE TABLAS, FIGURAS, MAPAS E IMAGENES

Tablas

Tabla 1. Relación entre objetivos, materiales y fuentes	49
Tabla 2. Medios y fines de la revisión documental	51
Tabla 3. Relación entre fuentes, fines, materiales y criterios de selección para la revisión de redes sociales digitales e Internet	53
Tabla 4. Clasificaciones morales binarias que sustentaron el apoyo al paro	100

Figuras

Figura 1. Coaliciones simbólicas durante el Paro Nacional Agrario.....	58
--	----

Mapas

Mapa 1. Escenarios del paro	59
-----------------------------------	----

Imágenes

Imagen 1. “Favor” por Bacteria	81
Imagen 2. “Santos #ParoNacional Farc” (izquierda) y “FARC La Habana #ParoNacional” (derecha), por Jota.....	83
Imagen 3. “Se agudiza el paro”	89
Imagen 4. “Gestión del Gobierno Nacional frente al paro”	92
Imagen 5. “Cacerolazo en Bogotá, en imágenes”	94
Imagen 6. ““Hasta los colombianos en el extranjero sienten el #paronacional #YoMePongoLaRuana”	96
Imagen 7. “Vista gorda presidencial” por Leo	98
Imagen 8. “Batalla de Boyacá”	102
Imagen 9. “Baldíos” (izquierda) y “La verdadera ‘History’... Channel” (derecha).....	107
Imagen 10. “La respuesta oficial”	108
Imagen 11. “Primer discurso en el Congreso”	109
Imagen 12. “Top Secret Agosto 25”	111
Imagen 13. “En apoyo al Paro Nacional Agrario”	112
Imagen 14. Sin título (izquierda) y “Afectados” (derecha).....	112
Imagen 15. “#CacerolazoNacional”	114
Imagen 16. “No importan las fronteras”	115
Imagen 17. Sin título	116



Imagen 18. Intercambio de conversaciones @SoyVictoriaSol y @UnCaricaturista.	116
Imagen 19. Mensajes sobre documental 9.70 y Paro.....	118
Imagen 20. “Marchas en apoyo a campesinos terminan en disturbios entre policías y manifestantes”	131
Imagen 21. “La mujer que protegió a la Policía”.....	140

INTRODUCCIÓN

Una tarde de agosto del 2013, desde el balcón de mi apartamento en Medellín presencié un episodio inédito: manifestantes que venían de una marcha en apoyo al Paro Nacional Agrario lanzaban piedras a agentes de la policía en la entrada principal de la Universidad de Antioquia. Lo novedoso no eran los disturbios sino quiénes y cómo la estaban llevando a cabo. Lo habitual en los enfrentamientos entre universitarios y policías era que los manifestantes ocultaran su rostro con una capucha -de ahí su apelativo de “capuchos”-, estuvieran mínimamente uniformados y lanzaran explosivos caseros como papas bombas y cocteles molotov; y que se enfrentaran a miembros del Escuadrón Móvil Antidisturbios (Esmad) que, por su parte, vestían trajes de protección, venían en tanquetas y lanzaban gases lacrimógenos. No había ni capuchos ni policía antimotines, sólo manifestantes con rostros descubiertos y lanzando piedras, y policías con protecciones mínimas y sin entrenamiento evidente para contener la situación.

La espontaneidad de ese episodio contrastaba con la organización que había visto en los disturbios universitarios desde mi llegada a Medellín 8 años atrás. Lo extraordinario de la situación revelaba que lo que estaba sucediendo en el campo no era algo menor. Ese día las fuerzas del Esmad se encontraban en Barbosa, un municipio al norte de Medellín. Los capuchos, si no estaban allí, posiblemente estaban en alguna otra carretera intermunicipal. La fuerza del paro agrario se sentía en la subida de precios en los alimentos, se veía a través de noticieros y redes sociales, y se escuchaba a través de cacerolazos urbanos como aquellos en los que yo había participado desde ese mismo balcón. Lo que vi desde allí fue un indicio más del alcance de un evento que en ese momento convocó una fuerte reflexión pública sobre el campesinado, y sobre nuestros miedos y sueños como país.

El Paro Nacional Agrario fue una protesta convocada por varias organizaciones campesinas de alcance nacional que demandaban cambios en las políticas agrarias del Estado colombiano. Algunas reivindicaciones giraban en torno a la necesidad de subsidios a la producción y cambios en los acuerdos de libre comercio, otras tenían que ver con la ampliación del acceso a la tierra y formalización colectiva de la propiedad; y finalmente, otro tipo de demandas apuntaban al reconocimiento de derechos políticos del

campesinado. El paro inició el 19 de agosto y culminó el 12 de septiembre con la instalación simultánea del Gran Pacto Nacional propuesto por el gobierno y de la Cumbre Agraria, Campesina, Étnica y Popular formulada como alternativa por las organizaciones campesinas. Su finalización oficial fue en septiembre, pero algunas zonas permanecieron en protesta hasta octubre y en 2014 fue convocado otro paro.

Aunque Colombia cuenta con una importante tradición de protestas sociales, la autonomía de los actores para emprender procesos de movilización ciudadana suele ser eclipsada por un cierto sentido común que sugiere que detrás de toda acción a la luz pública hay alguien responsable en las sombras. Décadas de conflicto armado han llevado a pensar que quien oculta su rostro tras la cara del manifestante es, por lo general, un guerrillero o, al menos, un miembro de un grupo en armas. Pero a lo largo del 2013 fue notorio que estaba emergiendo un ambiente diferente. En los días del Paro Nacional Agrario el lugar común fue rebatido y la homologación entre manifestante y actor armado fue problematizada. Ver disturbios protagonizados por “capuchos” que lanzaban explosivos no era lo mismo que ver personas con el rostro destapado lanzando piedras, pobladores urbanos haciendo cacerolazos en sus balcones y campesinos vestidos de ruana bloqueando carreteras con troncos de árboles y ramas. ¿Qué significados comunicó el Paro Nacional Agrario? ¿qué tipo de procesos culturales tuvieron lugar en su interpretación? ¿cómo fue posible sostener la autenticidad ciudadana de esta protesta? Estas son las preguntas que impulsan esta tesis.

Varios académicos han escrito sobre este evento. Con algunas excepciones, ha habido cierto consenso sobre la forma de encuadrarlo: el paro sería la respuesta a una situación de desigualdad estructural (caracterizada por la alta concentración de la tierra), en un momento adverso a la producción (debido a las consecuencias de la apertura comercial), en medio de un contexto de oportunidad política (un gobierno liberal en diálogos de paz con un grupo armado de izquierda) y tras una creciente organización de los campesinos (iniciada aproximadamente en el 2003). Si bien este tipo de abordaje permite comprender las dinámicas políticas y en general las relaciones de poder que se expresaron en el paro, su dimensión cultural ha contado con menor atención.

Que el paro fue una auténtica forma de participación ciudadana es tan obvio para sus estudiosos que preguntar cómo fue posible para los campesinos convencer de ello a la opinión pública no parece tener sentido. La equivalencia entre manifestantes y guerrilleros es vista como un mero recurso del gobierno para estigmatizar, criminalizar y reprimir a los campesinos. Pero ¿por qué el gobierno esperaba que alguien creyera que el paro estaba infiltrado por la insurgencia si no hubiera representaciones colectivas que hicieran plausible esa suposición? El apoyo ciudadano al paro se considera un resultado inevitable del contexto transicional de la guerra a la paz. Pero ¿de qué forma una ciudadanía que tres años después se expresaría dividida ante la opción de votar sí o no a un acuerdo de paz justificaría su apoyo a una protesta convocada por organizaciones vinculadas a la izquierda? ¿cómo justificarían su respaldo al paro comentaristas que sentían que la transición se dirigía a un caos y no hacia la paz? Estas son preguntas que permanecen sin resolver y que requieren de una mayor atención a la forma en que operan los procesos de construcción de sentido en la protesta social.

Enfatizar exclusivamente el conflicto nos ha llevado a perder de vista que el Paro Nacional Agrario fue un evento social a través del cual trazamos puentes de integración como colombianos. El paro puso de presente cómo sobre estos puentes se sostuvo una fuerte solidaridad universalista, una esfera civil desde la que se posicionó el apoyo a la acción de los campesinos y se respaldó su autenticidad. En general, los estudios sobre la protesta campesina han destacado la relación con el Estado como el elemento central para entender los conflictos. Sin embargo, han pasado por alto que el poder requiere legitimidad para ser efectivo. Aunque han reconocido la potencia política del campesinado, un fuerte énfasis en el conflicto con el gobierno y actores económicos ha invisibilizado los lazos de solidaridad que lo unen con otros actores sociales. Quienes protestaron en el 2013 no sólo protestaron como campesinos sino como colombianos y fue un conjunto de narrativas sobre su lugar en nuestra sociedad lo que legitimó sus aspiraciones específicas.

Mi objetivo en esta tesis es comprender cómo fueron puestas en escena las representaciones sobre la situación social del campesinado y a qué tipo de interpretaciones dio lugar este evento. Específicamente se dirige a comprender cómo sus

protagonistas y sus acciones superaron el desafío de ser vistos como manipulados por actores con oscuras intenciones escondidos detrás del telón.

Lograr que una acción sea considerada auténticamente ciudadana y que además sea apoyada es un reto difícil. La esfera pública colombiana se caracteriza por una fragmentación cultural que resulta de la competencia entre tres formas distintas de interpretar la legitimidad social: un lenguaje democrático -un discurso civil- que valora la libertad y se ofende ante la represión, un discurso de hacienda que enaltece la autoridad y la obediencia mientras desprecia la rebelión, y un discurso revolucionario-militante que enaltece la sumisión a la causa colectiva mientras se encoleriza ante demostraciones de individualismo, autonomía e interés propio. Esta competencia se imbrica con una lógica sedimentada en el conflicto armado basada en la oposición entre amigos y enemigos. En esta clasificación las acciones consideradas ilegítimas revelan no sólo diferencias sino peligros frente a los cuales hay que actuar. Las acciones expresadas en un discurso civil suelen ser interpretadas como disfraces tras los cuales se esconden actores armados. Es esta lógica la que lleva a considerar la protesta como maquinada en campamentos guerrilleros, sedes de organizaciones paramilitares u oficinas de cuerpos oficiales.

Durante el paro se expresó un apoyo ciudadano que fue posible gracias al trazado de puentes entre las distintas formas de codificar la legitimidad en Colombia. En torno a este evento confluyó una coalición de símbolos que permitió que actores muy diferentes compartieran una interpretación común: frente a un gobierno que encarnaba el papel del villano se oponía un campesinado visto como una víctima que compartía lazos ancestrales e históricos con la audiencia. El compromiso de los espectadores con lo que estaba sucediendo se vio reflejado en su propia irrupción en el escenario con el fin de comunicar su apoyo al paro. Sobre esta base se sostuvo una interpretación común de la protesta como auténticamente ciudadana. En otras palabras, el puente construido dio estabilidad al paro como expresión civil. Gracias a este proceso fue visible el compromiso de un amplio sector de la sociedad con un lenguaje democrático. La vitalidad de la esfera civil en Colombia fue comunicada a través de múltiples puestas en escena, interpretaciones en la opinión pública y recreaciones visuales.

Esta tesis se desarrolla en dos momentos. En el primero establezco sus coordenadas teórico-metodológicas. Inicio con una presentación de los abordajes a la protesta campesina en Colombia. A grandes rasgos éstos pueden dividirse en aproximaciones a partir del orden y a partir de las representaciones. Éstas últimas han avanzado en enfocar el lugar de lo cultural en las luchas campesinas. Propongo que para comprender los procesos de construcción de sentido es valioso apoyarse en el *programa fuerte de la sociología cultural* en tanto presenta un modelo para estudiar la acción simbólica -con el concepto de performance- y su papel en los procesos de conflicto e integración en la sociedad contemporánea -con la teoría de la Esfera Civil. Este programa ha avanzado también en el estudio de los procesos culturales en contextos de fragmentación y polarización como es el caso colombiano. Argumento que el Paro Nacional Agrario puede arrojar luz para ver de qué forma un performance desafía dicha fragmentación. Este es el objetivo de los capítulos 1. *Campesinado y movilización social en Colombia. Un estado del arte* y 2. *Marco Teórico. Un enfoque cultural de la protesta campesina*. En el capítulo 3. *Enfoque Metodológico. Archivo sobre el performance*, presento el abordaje metodológico que atraviesa el diseño de la investigación y la interpretación de la información. Para dar cuenta de los componentes que integran el paro, visto como un performance, he construido un archivo compuesto por documentos escritos y audiovisuales que ofrece una gran cantidad de insumos para observar retrospectivamente lo que fue y significó el paro.

En el segundo momento describo el Paro Nacional Agrario. En el capítulo 4. *¿Campesinos o insurgentes? Representaciones, antesala y primeros días del Paro* detallo el reto específico al que se enfrentaron los manifestantes para comunicar sus mensajes. La fragmentación cultural y la clasificación bélica se presentan a la luz de un conjunto de representaciones de fondo que, para el caso de la protesta campesina, tienen que ver con sus vínculos con la izquierda y el conflicto armado. Estas representaciones dieron sentido a las acusaciones de infiltración lanzadas por el gobierno y medios de comunicación durante protestas campesinas que antecedieron al paro y durante los primeros días de este. No obstante, estas acusaciones no lograron movilizar a la opinión pública en contra del paro. Por el contrario, actores que en otras ocasiones se habían

mostrado críticos frente a la protesta social, manifestaron simpatías hacia los campesinos.

En el capítulo 5. *Indignación y solidaridad. Apoyo público al Paro Nacional Agrario* relato cómo una puesta en escena en la que el presidente buscó restar pertinencia al paro desencadenó una respuesta de apoyo ciudadano con los manifestantes. Este performance solidario constituyó el mayor giro dramático del paro y puso en escena interpretaciones que oponían la pureza del campesinado a la impureza del gobierno. Esta oposición fue igualmente compartida por actores de derecha a través de sus propias formas de codificar la acción social.

Finalmente, en el capítulo 6. *Acciones correctivas, orden público y desenlace del Paro Nacional Agrario* argumento que la estabilidad civil del paro también fue posibilitada por la intención del presidente de presentarse a sí mismo como un demócrata genuinamente interesado en resolver los conflictos pacíficamente. Esto abrió oportunidades para concentrar la discusión pública en la situación del campo, pero las mismas se vieron disminuidas ante fisuras en el performance solidario. La escalada de la violencia en las acciones de apoyo al paro llevó a un reforzamiento del orden público y las organizaciones convocantes emprendieron acciones correctivas para comunicar su respectivo compromiso con la solución civil del conflicto. Los logros institucionales del paro no fueron satisfactorios para las organizaciones campesinas, pero hubo importantes logros simbólicos que sustentaron posteriores transformaciones institucionales. El nacimiento de la Cumbre Agraria Campesina, Étnica y Popular como una asociación civil que emprendería posteriores movilizaciones sociales fue un valioso fruto organizativo del paro.

1. Campesinado y movilización social en Colombia. Un estado del arte

En los últimos años, el campesinado colombiano ha logrado ocupar mayor espacio en la esfera pública a través de un proceso de reconocimiento que se evidencia en distintos ámbitos: participación de representantes campesinos en el congreso, aparición de espacios dedicados a temas rurales en prensa, procesos y sentencias jurídicas con relación al campesinado, y fortalecimiento de asociaciones civiles.

La academia colombiana también ha participado de este proceso y en los últimos años ha habido un resurgir de estudios sobre el campesinado que se han enfocado en la lucha por el reconocimiento y en las representaciones, narrativas y discursos vinculados a tal disputa. En el presente capítulo abordo las distintas aproximaciones al estudio del campesinado y la movilización en Colombia. Para ello expongo estudios que han trabajado la movilización campesina en Colombia a partir de presupuestos sobre el orden, y trabajos que han enfocado al campesinado a partir de las representaciones, narrativas y discursos. Luego, describo la literatura sobre el Paro Nacional Agrario (PNA) de 2013. Por último, hago un balance y expongo cómo mi tesis puede contribuir a los estudios sobre campesinado y movilización social.

1.1. Estudios sobre orden y movilización campesina

Gran parte de los estudios sobre movimientos campesinos en Colombia se han caracterizado por plantear la acción de los campesinos como reacción a un orden desigual y excluyente. Por lo tanto, la generalidad de los trabajos se ha dirigido al estudio de las estructuras económicas, el sistema político, y el conflicto armado, como ámbitos que –ya sea de manera independiente o entrelazada- confluyen en este problema.

En un primer abordaje, se explican las dinámicas de la movilización a partir de las diferentes formas de relación con la tierra que conforman la estructura agraria. El núcleo del problema es definir los conflictos agrarios derivados de dicha estructura y ubicar a los campesinos en esos conflictos según sus diversas formas de articulación a la producción. Fajardo (1978) y Bejarano (1985) aportan ejemplos clásicos de este modo de análisis.

Salcedo, Pinzón y Duarte (2013) adoptan este modelo para el caso del PNA de 2013: conciben el paro como un conflicto entre dos bloques de poder, uno de pequeña y mediana producción campesina –cuya heterogeneidad organizativa corresponde a distintas características productivas- y otro rentista y agroexportador.

En ocasiones se ha afirmado la necesaria relación con el sistema político –o el Estado- para comprender la acción. El régimen político colombiano se ha caracterizado como una democracia en déficit, restringida o cerrada. Esto es, como un régimen democrático en el que gran parte de la población ha sido excluida de la ciudadanía. La exclusión política se imbrica con un conflicto armado que ha sido leído como amenaza a la democracia. Se afirma que el carácter excluyente y represivo del Estado determina los espacios, tiempos y formas de acción campesina. Así, algunos autores se concentran en la relación con el Estado para explicar el surgimiento de la acción (Zamosc, 1987; Rivera, 1987) y otros encuentran allí el origen de acciones violentas de distinto alcance (Hobsbawn, 1983). El trabajo de Cruz (2017) sobre el PNA puede considerarse una actualización de este modelo a partir de la teoría de los movimientos sociales: la movilización consiste en el despliegue de acciones estratégicas a partir de un contexto de oportunidad política favorable.

Si bien estas perspectivas afirman que la movilización no es una reacción mecánica a la desigualdad, sino que es mediada por el contexto político, conservan una concepción de la acción como reductible al orden. Reemplazan la explicación económica por la política, pero permanece la idea de que los actores actúan en respuesta a orientaciones externas. En este sentido, el orden de fondo es un orden racional.

Recientemente se encuentran estudios que plantean la interrelación entre múltiples esferas para explicar la movilización. Éstos afirman que es necesario atender la relación entre conflicto armado, política y economía como base para comprender las movilizaciones. El informe del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (2012) es un ejemplo de este modo de análisis: el campesinado sufre una desvaloración a raíz de su exclusión política, las dinámicas económicas adversas que le imponen condiciones de precariedad, y la victimización a raíz del conflicto armado. La aproximación del grupo de Movimientos Sociales del CINEP también se orienta en este sentido, tal como se lee

en los informes publicados en el 2013 y en el 2014. Ampuero y Brittain (2008) construyen un modelo según el cual la acción campesina es una reacción al momento reciente de acumulación capitalista, reforma de Estado y conflicto armado.

La lectura de Arias y Preciado (2016) del PNA es una actualización posestructuralista de este modelo. Conciben el paro como una máquina de guerra que se inserta entre dos estratos, uno de acumulación capitalista y otro de conflicto armado. Los procesos de codificación y reterritorialización por parte de esos estratos explicarían el tipo de configuración que tiene el campo colombiano, y el PNA constituiría una máquina social en la cual convergerían distintos flujos que escapan a dichos estratos, desde la cual sería posible la formación de enunciados por parte del campesinado sobre la tierra y su relación con ella. Aunque es una aproximación que integra las diferentes dimensiones de la movilización campesina, y que incluye explícitamente una discusión sobre la relación entre campesino y tierra en el orden colombiano, se asume que la movilización es una respuesta estratégica a las oportunidades abiertas por los dos estratos del capitalismo y la guerra.

Este último conjunto de investigaciones contribuye a entender la centralidad del problema del campesinado, al asociarlo a exclusiones en múltiples esferas y plantear su vínculo con el conflicto armado. No obstante, la concepción de la acción como respuesta al orden desatiende los procesos de interpretación de los actores y, en consecuencia, la forma en que son representados y narrados los vínculos entre conflicto, exclusión política del campesinado y concentración de la tierra. Sería útil hacer un desplazamiento de la mirada desde el énfasis en las relaciones entre guerra, tierra y campesinado como hechos dados, hacia los procesos de significación mediante los cuales los actores representan estas relaciones. Cómo los campesinos presentan su acción y cómo ésta es interpretada -específicamente cómo son valoradas sus motivaciones y su cercanía o distancia respecto al conflicto armado- constituyen preguntas que pueden contribuir a entender mejor la cuestión del campesinado en Colombia.

1.2. Estudios sobre representaciones, discursos y narrativas

El esfuerzo por indagar las representaciones y narrativas sobre el campesinado tiene un antecedente importante en el trabajo de Escobar (2007), *La invención del Tercer Mundo*. Con un enfoque foucaultiano, esta obra concibe el desarrollo como un régimen de representación con profundos efectos sobre los países considerados subdesarrollados, entre ellos Colombia. Los campesinos supusieron una primera categoría de clientes para el discurso desarrollista, los “pequeños productores”, y a su vez éste abrió condiciones para la resistencia, aprovechada por movimientos sociales que han planteado formas alternativas al desarrollo.

La fuerza otorgada por Escobar al discurso abrió una serie de opciones para indagar sobre la movilización campesina y puede concebirse como expresión de un modelo interpretativo que da un peso central a las representaciones, los discursos y las narrativas sobre el campesinado y lo rural. Este modelo fue desarrollado por Yie (2015) en su investigación *Del Patrón-Estado al Estado-Patrón*, que explora las narrativas desplegadas alrededor de la parcelación de la Hacienda Bomboná en el departamento de Nariño, iniciada en la década de 1960 en el marco de la reforma agraria. Yie ofrece una visión tanto de las narrativas estatales sobre el campesinado, el orden moral hacendario en transformación, las propias representaciones campesinas sobre el proceso y el papel jugado por intelectuales. Plantea que hay una relación entre narración e historia en doble vía: mediante las narraciones se construye la historia, y a su vez la historia condiciona las posibles narraciones. Este planteamiento es retomado en un artículo posterior sobre la noción de despojo y su relación con las luchas por la tierra y el territorio en la misma región geográfica (Yie, 2016): plantea que se trata de una noción ideológicamente mediada que es a la vez producto e instrumento de las disputas por el acceso a bienes desigualmente distribuidos.

La discusión de Yie sobre el despojo se establece en el marco de una concepción compartida con otros investigadores sobre la movilización campesina como lucha por el reconocimiento. De esta forma, Montenegro (2016) plantea que la Cumbre Agraria, Campesina, Étnica y Popular implica transformaciones en las formas de enunciación del movimiento campesino, ahora centradas en nociones como identidad y territorio, y se

inscribe en una disputa por la justicia que puede ser abordada como un proceso de reconocimiento, redistribución y representación. Finalmente, Celis (2018) aborda las transformaciones reivindicativas del campesinado a lo largo de 50 años y plantea un desplazamiento de las luchas por el acceso la tierra hacia la búsqueda de autonomía territorial. Aunque diferentes, ambas demandas se inscriben en una concepción más amplia de la economía campesina como la forma de dar fin a la explotación y la marginación y apelan, por tanto, a un sentido de justicia.

El lugar de la dimensión cultural en las investigaciones recientes varía. Para Cruz los marcos culturales hacen parte de las variables a tomar en cuenta en el análisis de las acciones colectivas, pero no necesariamente como un factor determinante. En Celis, y Arias y Preciado las transformaciones discursivas hacen parte –en una interpretación cercana a la de Escobar- de un proceso de resistencia posibilitado por la dinámica de poder. Finalmente, Yie y Montenegro se enfocan de manera más decidida en la dinámica cultural, enfatizado las luchas por la definición del sentido. A pesar de las diferencias, estas miradas comparten el asumir la cultura como resultado de algo más. Se suele suponer una imbricación entre discurso, poder y orden, pero sin exponer cómo se da este solapamiento, con lo cual se obvian los procesos de diferenciación y se subestiman los conflictos entre esferas sociales.

1.3. Estudios sobre el Paro Nacional Agrario de 2013

El PNA del 2013 ha sido abordado a través de la idea de un orden desigual que genera conflictos y empuja a los campesinos a la acción. Lo que ha variado ha sido el tipo de dimensiones de las que se componen dicho orden, esto es, las esferas sociales a través de las cuales se plantean los conflictos.

Un punto de partida puede encontrarse en el Informe Especial *Luchas Sociales en Colombia 2013* publicado por el Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP) en abril del 2014. El CINEP reconoce conflictos en las esferas económica, política y cultural para entender las movilizaciones sociales de ese año: “la disputa por el modelo económico, el rechazo al manejo estatal de los conflictos sociales y los aspectos

culturales y políticos implícitos en [las luchas sociales]” (2014: p. 25) son líneas de análisis para explicarlas. Estos aspectos aparecieron en las luchas agrarias: 1) en distintos grados, las motivaciones de los paros y los bloqueos tuvieron que ver con un rechazo al modelo económico neoliberal y extractivista, 2) hubo un rechazo hacía la represión de las movilizaciones por parte del Escuadrón Móvil Antidisturbios (ESMAD), y 3) el reclamo del campesinado fue más allá de la tierra y se enmarcó en la exigencia del reconocimiento político y cultural, en la noción del “derecho a tener derechos”.

Otros estudios se enfocan en el PNA como resultado de un orden económico caracterizado por la concentración de la tierra. Ordóñez (2014) plantea que esta protesta se dio en medio de una recomposición sobre la cuestión agraria, “luego de un periodo en el que el discurso predominante fue el de las clases en el poder que privilegió un ‘régimen territorial corporativo’ y la ‘descampesinización del campo”’. Caracteriza el irresuelto problema de la tierra en Colombia a partir de cuatro características: 1) concentración y desigualdad en el acceso y tenencia de tierra, 2) exclusión social, política y económica del campesinado expresada en su precario lugar en la Constitución; 3) modelo de desarrollo orientado a la globalización agroindustrial y proletarización del campesinado, y 4) el conflicto armado que ha generado tanto victimización en el campo como persecución y estigmatización del movimiento campesino. Plantea que estas características motivaron la protesta, aunque privilegia el modelo de desarrollo como su principal causa.

La identificación del modelo de desarrollo como fuente de conflicto aparece en dos tesis de la maestría de Derechos Humanos y Democracia de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales sede México (FLACSO-México) escritas por Diana Gómez y Wilson Penilla en el 2016. Ambos autores plantean que los campesinos y el gobierno parten de concepciones del desarrollo opuestas: a una apertura neoliberal basada en megaminería, mercado de tierras e implementación de tratados de libre comercio por parte del gobierno, se opone la apuesta del campesinado por una reforma agraria integral que solucionaría problemas estructurales de concentración de la tierra y desarrollo rural.

Aunque ambos autores coinciden en el conflicto entre proyectos agrarios divergentes, Penilla (2016) aporta una reflexión más profunda sobre la relación entre

estas concepciones político-económicas y representaciones culturales de fondo. Vincula estas formas de ver el desarrollo con la mutua oposición de códigos culturales enfrentados. Estos códigos tocan distintos aspectos como la tierra: “el sentido dado por los actores oficiales a la tierra se reviste de elementos racionales y económicos, mientras que, por el contrario, para los actores no oficiales la tierra reviste importancia en los planos identitarios y culturales” (2016: p. 82).

Campos (2015) también desarrolla la disputa en torno a los derechos humanos del campesinado, pero se dirige a los conflictos generados en la intersección entre esfera jurídica y esfera estatal. Explora cómo diferentes propuestas de planeación estatal “aunadas a la línea jurisprudencial, generan expectativas de cambio, pero a la vez de problemas” (2015: p. 158) referidos a la incapacidad del Estado para implementar las políticas requeridas. La funcionalidad del Estado para grupos privados es la razón de ello y afecta derechos económicos, sociales y culturales definidos en la Constitución y en los Derechos Humanos. Si bien esto implica, por una parte, que los derechos se transforman en mercancías, Campos reconoce cierta autonomía jurídica al afirmar que: “por mandato constitucional, lo concerniente a lo agrario amerita hacer parte de la agenda pública del Estado colombiano” (2015: p. 163).

La alusión a las esferas estatal y política también es invocada como causa de la protesta social. Cruz (2017) alude a la lucha por el reconocimiento de la identidad campesina, y a partir de ahí desarrolla un énfasis en los aspectos instrumentales y estratégicos del conflicto. Con base en la teoría de los movimientos sociales explica la protesta a partir de oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos culturales.

Arias y Preciado (2016) proponen una aproximación a través de múltiples esferas, con lo cual retoman las líneas propuestas por el CINEP (2014). Proponen que el PNA constituyó un “agenciamiento colectivo de enunciación” que se ubicó, como acontecimiento, en medio de dos estratos que atraviesan el campo colombiano: el neoliberalismo y el conflicto armado. Frente a los procesos de dominación de estos dos estratos, el paro emergió como un proceso de acción colectiva que articuló multiplicidad de demandas. La paradoja de esta forma de resistencia, afirman sus autoras, es que va

de la mano del desarrollo de los propios estratos y, por lo tanto, el paro como evento tiene enormes dificultades para incidir en un cambio social duradero. La resistencia, causada por los estratos mencionados, busca siempre nuevos mecanismos de expresión y de enunciación marcados por la contingencia y la finitud.

Los distintos autores abordados hasta ahora reconocen –explícita o implícitamente- el rol de la comunicación en el curso del PNA en distintos grados. El CINEP (2014) se refiere a la solidaridad despertada por el movimiento principalmente a raíz de la difusión de imágenes sobre violencia de parte del ESMAD. Cruz (2017) afirma que las redes sociales digitales contribuyeron a la difusión de marcos culturales favorables a los campesinos. Ya sea como proceso de expresión y enunciación (Arias y Preciado) o conflictos sobre las concepciones de desarrollo (Penilla, Gómez), es claro que la forma en que fueron interpretadas las movilizaciones en la esfera pública es un factor por considerar.

Una autora para quién la dimensión comunicativa es central es Ortiz (2015). Plantea que las movilizaciones sociales contemporáneas son disputas culturales que expresan la resistencia de lo local frente a la unificación desigual e inequitativa propia de la globalización. En este marco, durante el PNA el campesinado puso en la esfera pública los conceptos de trabajo y vida dignos.

Aunque Ortiz (2015) reconoce esta dimensión cultural, no aborda explícitamente la movilización campesina como un proceso de construcción de sentido que vincula actores y audiencias. Dos trabajos se destacan en dar a la comunicación un abordaje explícito: el de Juan Cárdenas (2014) sobre el cubrimiento mediático del PNA y el de Astrid Suárez (2018) sobre los marcos de indignación movilizados en las redes sociales. Para ambos autores el desconocimiento del PNA por parte del presidente –que expresó mediante su recordada afirmación “el tal Paro Agrario no existe”- significó un punto de inflexión.

Para Cárdenas (2014) la respuesta represiva del gobierno frente al aumento en la movilización fue objeto de una amplia discusión en la opinión pública que incidió en la trayectoria del conflicto. Así, además de los dos escenarios clave del conflicto –el campo y la ciudad- hubo un “tercer escenario, el mediático, un, donde la lucha se da por construir

un sentido a la realidad favorable al discurso y los intereses de los sectores en pugna” (2014: p. 9). Cárdenas se enfoca en el cubrimiento por parte de los medios tradicionales y encuentra que difunden un marco que define la protesta como contraria al orden, y que se caracteriza por la escasa contextualización del fenómeno, el énfasis en daños físicos como resultado de la movilización, y la asociación de responsabilidad del conflicto en los actores no gubernamentales. También destaca que la movilización despertó solidaridad en la sociedad civil mediante el posicionamiento de temas como la represión de la fuerza pública y las consecuencias negativas de la agenda económica oficial.

Por su parte, Suárez (2018) se enfoca en cómo las redes sociales digitales constituyeron una suerte de “ágora virtual” a través de la cual la ciudadanía logró comunicar efectivamente sus propios marcos de indignación. Para Suárez, Internet provee la posibilidad a los actores colectivos de desplegar repertorios discursivos online que se conectan con las movilizaciones offline –espacio urbano- conformando el espacio de la autonomía. La cultura de participación posibilitada por Internet permitió a los campesinos acudir a repertorios modulares, cuya flexibilidad abrió nuevas oportunidades de difusión de sus marcos de indignación a audiencias participativas. Éstas a su vez apropiaron los mensajes y los difundieron mediante sus propias redes, generando así una suerte de espiral de retroalimentación entre campesinos y opinión pública que alcanzó a llegar a los medios de comunicación.

1.4. Balance

Los estudios sobre campesinado y movilización social en Colombia suelen plantear un abordaje de la acción como resultado del orden. En términos de Jeffrey C. Alexander (2008) esta es una visión racional de la acción: el sujeto actúa en reacción a influencias externas más que por motivaciones internas (no racionales o normativas). La alusión a la diferenciación de esferas (económicas, políticas, estatales, jurídicas) aporta complejidad con lo cual se gana en comprensión, pero en términos generales se define la protesta campesina como el resultado inevitable de conflictos inherentes al orden.

Aunque se habla de “potencia política” del campesinado, dicha potencia no pasa por la agencia, sino que es el resultado de relaciones de fuerza.

Un conjunto de abordajes ha hecho énfasis en una dimensión cultural que apunta a rescatar los procesos simbólicos que median la protesta campesina. Se ha dado importancia a la manera en que son representados los campesinos y la disputa sobre diferentes significados en las protestas. A pesar de ello, se asume que hay una relación mecánica entre las posiciones de los sujetos y sus representaciones. Con ello, una concepción racional de la acción se introduce por la puerta trasera. Si las representaciones no son más que epifenómenos respecto a la posición social, la mediación simbólica y la legitimidad del poder son apenas espejismos que enmascaran relaciones de fuerza y sujeción.

El PNA del 2013 ha sido abordado a través de acercamientos similares. Se asume que conflictos en las esferas económicas (concentración de la tierra, acuerdos de libre comercio), políticas (desconocimiento político del campesinado y políticas desarrollistas), jurídicas (mercantilización de derechos y ambigüedades en la legislación agraria) y estatales (incapacidades institucionales) generaron mecánicamente la movilización social. También se abordan representaciones que han hecho parte de estos conflictos: concepciones opuestas del desarrollo, de la tierra, de lo campesino. Pero el lugar de la mediación simbólica se encuentra subordinado respecto a una lógica instrumental que orientó la dinámica del conflicto. Incluso las investigaciones que abordan los procesos comunicativos abandonan la indagación sobre el contenido cultural de los mismos o dan prelación a los medios sobre los mensajes.

Comprender la profundidad cultural de la protesta no implica de ninguna manera desconocer el peso -o la existencia misma- de conflictos en las esferas sociales, sino reconocer que la mediación simbólica en sí misma es un proceso cuya dinámica permite entender el surgimiento y dinámica de dichos conflictos. Concebir la cultura como una esfera autónoma y no un mero epifenómeno de realidades más profundas puede enriquecer la comprensión de lo que está en juego cuando hay una movilización social. El programa fuerte de la sociología cultural, basado en esta premisa, contribuye a mejorar el análisis de los procesos de construcción de sentido abiertos por la protesta campesina.



Por un lado, aporta un modelo para estudiar la acción simbólica. A través de la noción de performance es posible abordar los distintos elementos que confluyen en la expresión pública de significados y su interpretación por parte de las audiencias. Además, proporciona una teoría de la Esfera Civil que explora el lugar de la cultura en las sociedades contemporáneas, cómo esta esfera puede desencadenar procesos de transformación en otras esferas (económicas, políticas, familiares) y cómo las relaciones de conflicto son expresadas a través de un discurso común que también posibilita la integración.

En el siguiente capítulo desarrollo el enfoque teórico que sustenta esta visión y lo vínculo con la forma cómo abordaré el Paro Nacional Agrario.

2. Marco Teórico. Un enfoque cultural de la protesta campesina

Los estudios sobre protesta campesina explorados en el capítulo anterior tienden a concebir la acción como expresión de tensiones estructurales. Recientemente hay un mayor énfasis en el estudio de las representaciones, pero con frecuencia se homologan las disputas simbólicas a las posiciones sociales de los actores con lo cual se reintroduce la determinación estructural. Algunos abordajes se distancian de esa aproximación y se esfuerzan por desarrollar de una forma más decidida la dimensión simbólica del mundo campesino y sus conflictos. Éstos podrían verse enriquecidos con una mayor atención teórica a cómo el discurso es puesto en acción y qué lugar ocupa lo simbólico en la sociedad contemporánea.

En este capítulo expongo el *programa fuerte de la Sociología Cultural* (Alexander y Smith, 2019) como un enfoque teórico que contribuye al estudio de la dimensión simbólica de la protesta campesina. Concibo ésta como un performance cultural que expresa la situación social de sus actores y cuya interpretación es objeto de debate público.

El programa fuerte apunta a superar la tensión entre estructura y agencia a través del énfasis en la dimensión simbólica de la acción. Por una parte, la cultura no es una imposición externa sino un ambiente interno al actor que permite el despliegue de “la acción creativa y la interpretación” (Alexander, 1993: 201). Por otro lado, las acciones son codificadas a través de esquemas que las preceden y sobre los cuales pueden influir. De este modo, la acción no se da sobre un vacío sino sobre estructuras culturales y, simultáneamente, no es la mera repetición de éstas sino un performance creativo, contingente y con final abierto.

La teoría de la esfera civil es un componente central de este enfoque. Plantea que en sociedades democráticas (o en aquellas en que hay discursos democráticos) hay una lógica cultural específica a través de la cual se despliegan e interpretan los performances culturales. Se trata de una esfera de solidaridad basada en un ideal universalista, autónoma respecto a otras esferas sociales, cristalizada en instituciones que pueden tener efectos sobre la continuidad o el cambio social. Los movimientos sociales traducen

reivindicaciones particulares en los ideales universalistas de la solidaridad civil. Para ello despliegan performances en distintos ámbitos cuya efectividad depende de la comunicación persuasiva de sus intereses como ubicados en un ámbito puro de lo civil y amenazados por impurezas contaminantes propias de lo represivo.

Las contradicciones entre aspiraciones civiles y realizaciones concretas en tiempo, espacio y función son fuente constante de conflicto. Por ejemplo, la esfera civil puede asociarse a los atributos de grupos sociales específicos y a raíz de ello justificar procesos de desigualdad, exclusión o segregación de otros grupos considerados no civiles. Los protagonistas de conflictos raciales, de género y económicos pueden expresar su situación como injusta, opuesta a los ideales universalistas, y así dar pie a exigencias por una ampliación de la solidaridad civil.

También puede haber tensión, competencia y conflicto con estructuras culturales diferentes. En el caso colombiano el discurso civil es permanentemente contestado por otros discursos que disputan la legitimidad de lo social -los discursos de hacienda y militante revolucionario-, y especialmente por un sistema de clasificación bélico que socava las bases mismas de la discusión pública (Tognato, 2018). La protesta campesina puede ser interpretada tanto a la luz de la esfera civil como a través de otras lógicas culturales. La ubicación espacial y la trayectoria histórica del campesinado colombiano hacen que sus protestas sean particularmente sensibles frente a interpretaciones no civiles y específicamente bélicas según las cuales éste esconde intereses propios de un actor armado que atenta contra las posibilidades mismas de la vida civil.

A partir de los esfuerzos del Programa Fuerte para comprender la lógica cultural de la democracia en Colombia, planteo que el Paro Nacional Agrario condensó una coalición simbólica a través de la cual fue posible tender puentes entre actores que codificaban la legitimidad social de formas diferentes. La coalición se expresó en narrativas comunes y ofreció mayor estabilidad civil al performance campesino.

En este capítulo desarrollo el enfoque teórico de esta tesis. Primero expongo el marco general del Programa Fuerte en Sociología Cultural y cómo implica un cambio de fondo sobre la ubicación de la dimensión simbólica en la vida social. A continuación, exploro la noción de performance y cómo permite pensar la protesta campesina. Después

dedico varios apartados a desarrollar el contexto cultural específico sobre el cual se despliegan estas protestas: 1) expongo qué es la esfera civil y cuál es su estructura discursiva, 2) abordo cómo se dan los conflictos en esta esfera, particularmente los conflictos agrarios, y cómo pueden desencadenar procesos de cambio, y 3) explicitó los retos de la protesta campesina en Colombia. Después de presentar este contexto, desarrollo mi argumento sobre la coalición simbólica como posibilidad de éxito para la movilización campesina.

2.1. El Programa Fuerte en Sociología Cultural

El estudio de la cultura en sociología se ha visto revitalizado en las últimas décadas por los esfuerzos de varios académicos que han trabajado en torno a un *Programa Fuerte en Sociología Cultural*. Frente a las visiones desencantadas de la modernidad, este esfuerzo intelectual está orientado a reconocer y comprender el lugar del significado en el mundo contemporáneo. Se parte de que los sistemas de clasificación no operan exclusivamente en las sociedades tradicionales sino también en las modernas, aun cuando el proceso de diferenciación social implica un contexto distinto que impone nuevos retos a la construcción de sentido. De hecho, la propia visión desencantada de la sociedad, que ve en cada acción el resultado de esfuerzos instrumentales y racionales, implica una valoración normativa, una construcción narrativa y la idea de un *telos* específico. Alexander y Smith (2019) proponen tres axiomas para este programa: 1) es necesario reconocer la textualidad de la vida social¹, 2) el dominio del significado debe ser abordado poniendo entre paréntesis otras esferas sociales y posteriormente estudiando el efecto de la cultura sobre tales esferas; y 3) debe darse cuenta de los mecanismos concretos a través de los cuales actúa la cultura.

La diferencia entre la sociología “cultural” y “de la cultura” encierra un cambio de fondo respecto al foco con el cual se iluminan los significados, discursos y narrativas. Alexander y Smith (2000) encuentran que tradiciones intelectuales como las inauguradas

¹ No se trata de estudiar la vida social a través de discursos textuales, sino -siguiendo a Ricoeur- de comprender las acciones sociales como si fueran textos.

por los Estudios Culturales, los estudios sobre el saber-poder de Foucault y el modelo del campo y el habitus de Bourdieu plantean aproximaciones “débiles” a la cultura: ésta aparece como el resultado de procesos externos a ella. La textualidad de la vida social y la autonomía de la cultura se ven subordinadas a fuerzas sociales más profundas que explican los significados, las motivaciones y las decisiones de los actores. La posición respecto al universo social en términos de clase, raza, género (Estudios Culturales), la posición en el campo respecto a la distribución de diferentes tipos de capital (Bourdieu) y la sujeción respecto a regímenes disciplinarios, biopolíticos o gubernamentales (Foucault), determinan los esquemas culturales que dan sentido a la acción.

La proposición de que el significado puede ser estudiado por derecho propio parte de la revisión teórica realizada por Jeffrey Alexander durante gran parte de su carrera. Este sociólogo norteamericano afirma que las dificultades teóricas de la sociología están basadas en una concepción de la agencia y la cultura como dominios separados y enfrentados (Alexander, 1998). Se suele suponer explícita o implícitamente que la agencia es la capacidad del actor de enfrentarse a la cultura. Con ello se ha pasado por alto que ésta constituye un ambiente interno al actor que, junto a la personalidad, orienta sus acciones. Como lo propone Geertz (2003), no puede concebirse la acción sin la existencia de esquemas culturales que orienten al actor. De esta relectura se deriva que hay agencia también cuando se actúa conforme a tales esquemas.

Después de varios años de labor, la Sociología Cultural ha dado valiosos frutos especialmente en el tratamiento de las relaciones entre cultura y poder. *La Esfera Civil* (2018), obra en la que Alexander articuló la teoría general sobre esta esfera de solidaridad, ha dado lugar a una gran cantidad de estudios con un carácter comparado que buscan entender su especificidad en otras regiones (América Latina, el Sudeste Asiático y los países Nórdicos), y su relación con procesos como el radicalismo, el populismo y la migración. Recientemente, en América Latina también ha ido emergiendo una comunidad en torno a la Sociología Cultural que ha abordado estos distintos ámbitos. En su balance sobre el desarrollo de esta agenda en la región, Tognato y Arteaga (2021) encuentran que se ha contribuido especialmente a la Teoría de la Esfera Civil con la

introducción de discusiones sobre discursos patrimonialistas y revolucionarios que compiten con el discurso civil.

2.2. Protesta como performance cultural

Para dar cuenta de los mecanismos específicos a través de los cuales actúa la cultura, Alexander (2017) ha propuesto centrar su atención en la noción de performance. Esta aproximación se ha denominado “pragmática cultural” porque integra elementos del giro discursivo y su atención a las estructuras de significado (los textos culturales) y del pragmatismo norteamericano que pone el énfasis en las acciones concretas y los efectos performativos de los enunciados. Esta síntesis puede ser vista como un esfuerzo por integrar los géneros textuales y teatrales en un sentido que conversa con discusiones iniciadas en la antropología simbólica y de la experiencia (Geertz, 2003; Turner, 1985).

Alexander define el performance cultural como un proceso de exposición de significado cuyo éxito o fracaso no está asegurado de antemano:

La performance cultural es un proceso social mediante el cual los actores, individualmente o en grupo, exponen para otros el significado de su situación social. Este significado puede ser aquel al que se adhieren subjetivamente o no serlo. Se trata del significado que, como actores sociales, desean hacer creer a otros conscientemente o inconscientemente. Los actores deben ofrecer una performance plausible para que su exhibición sea eficaz, de manera que aquellos hacia los que se dirigen con sus acciones y sus expresiones acepten sus motivos y sus explicaciones como una exposición razonable (Alexander, 2017: p. 64).

El concepto de performance permite entender las protestas campesinas como acciones simbólicas a través de las cuales se define una situación de injusticia sobre el campesinado y se exigen acciones de reparación. Alexander (2017) propone que los performances están compuestos por representaciones culturales (en el trasfondo y en el proscenio), actores, puestas en escena, medios de producción simbólica, audiencias y poderes sociales. A continuación, detallo estos elementos y específico algunos rasgos de las protestas.

- Las **representaciones de fondo** constituyen el reservorio de estructuras culturales presentes en una sociedad. Son formas de clasificación de la vida social que ordenan la realidad según ideales sobre el bien y el mal, lo puro y lo impuro. Estas estructuras generales que ocupan el trasfondo de la acción se articulan narrativamente en situaciones de interacción específica. De esta forma, los performances cuentan con **guiones**, “el conjunto de símbolos orientados a la acción que constituye el contexto inmediato del acto de habla” (Alexander, 2017: p. 123). Concebir la protesta campesina implica entender tanto el conjunto de representaciones de fondo sobre el campesinado y su situación social como los guiones narrativos que se despliegan en las reivindicaciones situadas en tiempos y espacios específicos.

- Los **actores** de los performances pueden ser individuos, grupos u organizaciones. En protestas sociales, los protagonistas -por lo general movimientos sociales organizados- plantean reivindicaciones específicas frente instituciones políticas u otros actores que tienen relación con el objeto del conflicto. En protestas campesinas también los actores económicos juegan un papel relevante bien sea como protagonistas en el escenario o como objeto de debate. Tanto los protagonistas como los demás actores llevan a cabo performances.

- La **puesta en escena** es el conjunto de gestos y movimientos ejecutados por los actores para proyectar significados. Lo corporal es central en tanto se trata del momento en que los actores incorporan-encarnan los textos (consciente o inconscientemente) y los despliegan a través de secuencias y coreografías. En ellas la dimensión cultural “cobra vida”. En el caso de las protestas las puestas en escena se caracterizan por la búsqueda de ruptura del orden con el fin de llamar la atención pública sobre la situación de injusticia sufrida por los protagonistas. Aunque lo disruptivo implica el despliegue de acciones que desafían los esquemas habituales de comportamiento, la protesta misma acude a formas institucionalizadas de desafiar, los *repertorios de contención* (Tilly, 2002). En respuesta a estas acciones se generan puestas en escena de otros actores bien sea como expresión de apoyo, crítica o control.

- Los **medios de producción simbólica** son aquellos elementos materiales necesarios para llevar a cabo la puesta en escena. Los actores movilizan representaciones icónicas para “dramatizar y hacer vividos los valores morales y los propósitos invisibles que están tratado de representar” (Alexander, 2017: p. 67), acuden a espacios físicos que sirven como escenarios y buscan asegurar los medios para llegar a las audiencias (los medios de distribución que permiten que el performance como producto sea proyectado más allá de la puesta en escena). Las protestas se dan principalmente en espacios públicos -calles, carreteras, plazas, edificios de gobierno-, acuden a símbolos de indignación (Olesen, 2015) y a íconos que expresan las identidades específicas de sus protagonistas. La presencia en espacios públicos es ampliada a través de medios de comunicación y, en las protestas contemporáneas, redes sociales digitales.

- La **audiencia** son los observadores, quienes interpretan las puestas en escena según sus propios esquemas de clasificación. Si los actores expresan guiones que tienen sentido a la luz de las representaciones compartidas por la audiencia es posible que se dé un proceso de extensión cultural exitoso. Además, si sus actuaciones son persuasivas se logrará una identificación psicológica con la situación que expresan. El éxito o fracaso performativo se define por estos procesos de interpretación que dependen en gran parte del tipo de relación que haya entre actores y audiencia. Las protestas sociales en contextos democráticos tienden a expresar su situación a través de codificaciones civiles y el grado de su éxito depende de que audiencias sensibles a éstas posicionen sus interpretaciones en la opinión pública. Este proceso no es fácil. En sociedades diferenciadas la interpretación suele pasar por el filtro de críticos. También es posible que haya una competencia entre formas alternativas de descodificar el mensaje de los actores, como es el caso en Colombia.

- Finalmente, el **poder social** es el conjunto de jerarquías presentes en una sociedad que “establece el límite externo” del performance: afecta la disponibilidad de recursos, la posibilidad de realización del performance, su distribución e incluso la presencia de mediaciones interpretativas (crítica) entre la puesta en escena y el performance. La democratización de una sociedad pasa por

la autonomía relativa que alcanzan los performances respecto a estas jerarquías. La institucionalización de espacios y medios para la crítica social garantiza la puesta en escena de contraperformances que responden a los performances de los gobernantes y de otro tipo de actores poderosos. Si bien las posibilidades performativas de las protestas implican una tensión entre disrupción, orden y jerarquía, se trata de acciones legalmente permitidas que son consideradas fundantes y beneficiosas para la democracia.

El éxito performativo depende de la capacidad de los actores de fusionar estos elementos de tal forma que sus costuras no sean evidentes. La diferenciación social impone retos a esta fusión puesto que cada uno de los elementos del performance adquiere mayor autonomía y distancia respecto a los demás e incluso encuentra fuentes de autoridad profesional e instituciones de crítica. Por lo tanto, en el caso de los performances contemporáneos no se alcanzan el tipo de fusiones propios de rituales en sociedades menos diferenciadas. No obstante, sí es posible un grado de fusión de tipo cuasiritual. En las protestas esto implicaría el acceso a un estado liminoide de cuasi suspensión de las estructuras de la experiencia cotidiana y dramatización pública del conflicto (Rothenbuhler, 1988).

Las disputas políticas contemporáneas ponen en escena sistemas de clasificación a través de los cuales se codifica lo bueno y lo malo, lo puro y lo impuro, lo bello y lo feo. El surgimiento de las democracias puede ser concebido como “un sistema que facilita la existencia de contraperformances y que lo hace garantizando la independencia de los elementos que constituyen la performance, impidiendo por ley que sean monopolizados por ningún actor social en su totalidad” (Alexander, 2017: p. 130). Así, la ciudadanía implicaría la posibilidad de distancia crítica respecto a los performances emanados desde los gobernantes, la capacidad de escoger entre varios performances y también de llevar a cabo performances propios.

La manera en que esta escena pública se institucionaliza en cada caso es diferente (Alexander, 2018; Stack, 2018). Puede ser más o menos incluyente, y puede dar lugar a exclusiones consideradas antidemocráticas. Pero la presencia misma de un discurso democrático que contiene aspiraciones utópicas de igualdad, justicia y reconocimiento,

implica la posibilidad permanente de ampliación de dicha escena (Alexander, 2018). En este sentido, procesos performativos específicos pueden incidir en la distribución del poder social y sus efectos sobre las condiciones del performance mismo.

Logros performativos en las protestas llevarían a que las audiencias las consideraran como expresiones auténticas de sentimientos de injusticia y se identificarán con los agravios morales sufridos por los protagonistas. Por el contrario, el fracaso performativo conduciría a ver a sus protagonistas como sujetos egoístas que no encarnan el discurso democrático que enuncian, y cuyos intereses particulares no tienen nada que ver con el horizonte de solidaridad civil. El grado de efectividad del performance puede desencadenar procesos de transformación en la esfera civil y, a través de ella, en las situaciones de injusticia que se consideran contaminantes y peligrosas para la democracia.

Esta propuesta sobre el performance implica que las protestas campesinas pueden ser interpretadas simultáneamente de formas divergentes. En contextos democráticos al menos una de estas formas de clasificación es un discurso civil. En Colombia este discurso compite con otras formas de clasificación, lo cual genera retos específicos a la protesta campesina. En los siguientes apartados desarrollo este contexto cultural y posteriormente preciso mi tesis sobre el vínculo la formación de coaliciones simbólicas como posibilidad performativa para las protestas campesinas.

2.3. La esfera civil y su estructura discursiva

Uno de los principales aportes de la Sociología Cultural ha derivado de su atención a la democracia. Jeffrey Alexander rechaza aquellas visiones de la democracia que conciben la política como meras relaciones de fuerza y afirma que “en el corazón mismo de la vida democrática, lo que hay es una estructura cultural” (2018: p. 17). Ésta se compone de aspiraciones universalistas de justicia que se han institucionalizado, no sin contradicciones y oscilaciones. La democracia como forma de vida se expresa en la existencia de una sociedad civil, concebida como una *esfera de solidaridad* que es “analíticamente independiente, empíricamente diferenciada y moralmente más

universalista frente al Estado y el mercado, así como en relación con otras esferas sociales” (2018: p. 50).

Su autonomía respecto a las demás esferas no implica ausencia de tensiones con ellas, por el contrario, los conflictos por establecer los límites entre una y otra son constantes. Por ejemplo, la lógica de la esfera económica, basada en la competencia, suele entrar en contradicción con la aspiración de justicia, propia de la esfera civil. Así, las posibilidades de ampliación o reducción de justicia están vinculadas tanto a las imputaciones de pureza e impureza planteadas en los códigos culturales de la esfera civil, como a su relación con las demás esferas. De esta manera, los conflictos sociales no expresan sólo relaciones de poder sino tensiones en las lógicas culturales que definen la integración social.

El lugar central que ocupa la esfera civil en el desenvolvimiento de los conflictos en las democracias requiere entonces comprender su dinámica específica, la lógica que permite su autonomía. Esta esfera es sostenida por códigos culturales, instituciones comunicativas y regulativas, procesos de instanciación y reparación, y prácticas interaccionales específicas.

La esfera civil está basada en un discurso a través del cual se imagina la sociedad y se definen criterios de inclusión y exclusión. Esta *esfera civil simbólica* se basa en una serie de códigos binarios que definen qué es lo puro y lo impuro con relación a la sociedad civil. De esta manera ofrece respuestas sobre qué tipo motivaciones, relaciones e instituciones son democráticas. Se considera que las personas civiles son activas, autónomas, racionales, razonables, tranquilas, autocontroladas, realistas y cuerdas. Se espera que estas personas establezcan relaciones abiertas, de confianza, críticas, honorables, altruistas, sinceras, directas, deliberadas y amistosas. Finalmente, las organizaciones creadas por estas personas deberían estar regidas por reglas, seguir leyes, priorizar la igualdad, ser inclusivas e impersonales, basarse en contratos y estar constituidas por grupos orientados hacia el conjunto de la sociedad. Las respuestas a estas preguntas ofrecen un conjunto de homologías entre estos tres niveles: al codificar algún nivel como civil se supone que los demás también lo serán.

El polo civil define los atributos de pureza de la esfera de solidaridad y, por oposición, los atributos de impureza frente a los cuales hay antipatía. Por ejemplo, al nivel de las motivaciones se considera como alejadas del ideal democrático a las personas pasivas, dependientes, irracionales, histéricas, excitables, apasionadas, distorsionadas y dementes. Puesto que lo impuro es concebido como aquello que tiene el potencial de desestructurar el orden, se asocia al peligro y es necesaria la puesta en marcha de rituales -o acciones simbólicas- para contenerlo o purificarlo (Douglas, 1973).

Aunque plantear esta oposición binaria puede dar la impresión de un esquematismo estático, la posibilidad de purificación civil es la base para el surgimiento de procesos de inclusión y exclusión de actores codificados como puros o impuros. De hecho, es el resultado de años de construcción cultural en el cual convergen tradiciones históricas distintas y, del mismo modo, se concreta en espacios y tiempos específicos como estructura de sentimiento que vincula esquemas generales de representaciones con experiencias sociales contingentes y abiertas. Por otra parte, los códigos se despliegan a través de narrativas específicas sobre lo democrático y lo represivo. Estas narrativas ofrecen fuertes referentes sobre el bien y el mal que guían las interpretaciones cotidianas sobre la política.

2.4. Movimientos sociales, reparación y campesinidad

El discurso civil se difunde a través de instituciones comunicativas que buscan influir en las interpretaciones sobre los vínculos sociales. Opinión pública, medios de comunicación ficcionales y factuales y asociaciones civiles movilizan las narrativas de la libertad y la represión. El discurso civil también se cristaliza en instituciones regulativas como el voto, los partidos, la función pública y el derecho. Mientras que las instituciones comunicativas contribuyen a la difusión del discurso civil, las regulativas dan a las imputaciones de pureza e impureza un carácter vinculante en forma de recompensas y sanciones.

El proceso de institucionalización no es mecánico ni transparente. La esfera civil “ideal” no se refleja cristalinamente en las esferas civiles “reales”. La formación de las

sociedades democráticas es un proceso histórico cargado de contradicciones sistémicas. Aunque el discurso civil es universalista, su instanciación corre por cuenta de grupos particulares en tiempos y espacios concretos, con lo cual lo impuro suele asociarse a aquellos otros que no comparten ciertos atributos de los grupos fundadores.

Las tensiones entre el discurso y la instanciación dan lugar a procesos de conflicto por ampliar o cerrar la esfera civil. Los movimientos sociales son acciones performativas desplegadas por actores que buscan comunicar la idea de que sus aspiraciones particulares son consecuencia de injusticias más amplias que atañen a lo civil en su conjunto. De esta forma, estos movimientos son traducciones civiles de aspiraciones particulares. La capacidad performativa de los actores es esencial para orientar procesos de reparación mediante los cuales el sentido del nosotros se expanda y la universalización sea cada vez más real.

La capacidad performativa de los actores particulares pasa por articular de una forma persuasiva su identidad específica con los códigos y narrativas civiles. En el caso de los campesinos hay un conjunto de elementos identitarios -tierra, trabajo y familia- que se expresan en acciones y materialidades que operan como criterios de demarcación de la campesinidad². Por lo general se asume que esta categoría social corresponde a un modo de vida que se basa en el trabajo familiar de la tierra, que es relativamente autónomo respecto a la sociedad y cuya relación con ésta es de subordinación o conflicto.³ El reto de las protestas campesinas es asociar estos elementos identitarios a las construcciones simbólicas que definen lo civil.

La referencia de Tsing (2016) a la construcción de un campesino modelo en el Sudeste Asiático (especialmente Indonesia) ofrece un punto de apoyo para comprender la relación entre pureza e impureza en el discurso sobre la campesinidad. Tsing describe cómo la idea de un campesino modelo instaurada durante la colonización europea continua como elemento de los procesos de descolonización y construcción nacional, y

² Retomo la palabra de “campesinidad” de Woortmann (1990) pero le doy otro sentido: además de ser un orden moral que permite entender la experiencia de actores rurales específicos, un marco de referencia interno a grupos rurales, la campesinidad es un referente simbólico más amplio a través del cual se interpreta lo campesino.

³ La idea del campesinado como “tipo social” por parte de algunas tradiciones de los *Estudios Campesinos* puede entenderse como una expresión académica de esta visión.

posteriormente es definida en relación con procesos de modernización. Este campesino modelo contiene distintos elementos de pureza que son considerados ideales no sólo para grupos rurales sino para la sociedad en su conjunto. Tradición, raíces, nación, reproducción (y vida), sostenibilidad ambiental y resistencia son elementos considerados benéficos para la sociedad. Tanto en los procesos de independencia como de modernización, los actores rurales que encarnan estos elementos son considerados apropiados para la democracia.

No obstante, los campesinos también son susceptibles de encarnar elementos de impureza. Tsing afirma que son simultáneamente vistos como rebeldes y conservadores. Así, la tradición no sólo es asumida como un valor puro que refiere a la continuidad sino también como un obstáculo al cambio, un elemento de impureza que contradice el avance de la sociedad. Tradicionalismo, conservadurismo, irracionalidad económica, jerarquía y atraso son elementos de impureza que se asocian con lo campesino y que lo alejan de los ideales civiles. Frente a estas impurezas se proponen acciones de contención o de purificación.

La traducción civil de las protestas campesinas es exitosa cuando logra que se enfatizen los elementos puros de su situación social y se conecten con narrativas propias del discurso de la libertad. Hasta qué punto la campesinidad es codificada en un sentido civil, de qué manera las protestas campesinas contribuyen a esta codificación y cómo esta clasificación contribuye a procesos de cambio, es el resultado de la fusión performativa. Ésta debe enfrentar retos concretos según el contexto cultural específico en el cual se presenta.

2.5. Los retos de la protesta campesina en Colombia

Los conflictos sistémicos de la esfera civil pueden resolverse de maneras diferentes. La traducción civil por parte de movimientos sociales no es la única posibilidad. Grupos excluidos de la solidaridad civil pueden llegar a vincular sus sentimientos de injusticia a un rechazo al orden en su conjunto, incluida la propia esfera civil (Alexander, 2018). Por otra parte, la sensación de amenazas puede llevar al ejercicio de acciones

represivas consideradas como necesarias para la estabilidad civil (Shimizu, 2018). Aunque acciones radicales pueden tener el efecto de ampliar el nosotros solidario, otras estarían orientadas a restringirlo o incluso a socavarlo (Alexander y Stack, 2019). La violencia también puede ser vista como una opción cuando se generan narrativas polarizantes que alertan sobre una profunda distancia moral entre protagonistas y antagonistas (Smith, 2005). En el caso colombiano, el conflicto armado ha terminado por sedimentar un sistema de clasificación bélico basado en la oposición amigo-enemigo que permanentemente facilita narrativas polarizantes y, en consecuencia, genera una gran inestabilidad a los performances civiles (Tognato, 2018)⁴.

Históricamente las protestas campesinas dan cuenta de las múltiples direcciones que pueden tomar los conflictos y cómo sus resoluciones pueden derivar tanto en la construcción de esferas civiles como en la fundación de ordenes totalmente distintos. Durante el siglo XX hubo un gran énfasis académico en procesos de radicalización, polarización y revolución protagonizados por campesinos. Se asumió como un lugar común que las protestas agrarias y la revolución social iban de la mano. Este interés intelectual fue parte de procesos culturales más amplios: Las protestas campesinas durante gran parte de este siglo fueron performances revolucionarios. No obstante, “después de que la utopía socialista se desvaneciera” (Alexander, 2017b: p. 28) los movimientos más radicales encontrarían inspiración en performances civiles orientados a la reforma, no a la revolución.

En Colombia se ha dado una trayectoria similar que, en el marco de su propio conflicto interno, ha derivado en una situación sumamente problemática. Los performances revolucionarios desplegados por campesinos acapararon gran parte de la atención intelectual. La consideración del surgimiento de las guerrillas revolucionarias en la década del 60s -al menos el de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC)- como un paso dado por grupos campesinos contribuyó a reforzar la idea de que

⁴ La oposición amigo-enemigo opera como un binario a través del cual se interpreta todo tipo de acciones. El carácter antagónico de esta oposición lleva aparejada una sospecha permanente sobre las verdaderas intenciones de los actores. Dado que lo que está en juego en esta lógica es la propia supervivencia, la identidad del otro es una cuestión de vida o muerte. Con un enemigo no hay posibilidad de discusión, ser codificado como tal lleva implícita una deshumanización. significa ser visto como un peligro que requiere el despliegue de acciones contundentes de violencia.

éstos serían actores principalmente revolucionarios o, por lo menos, a considerar su trayectoria revolucionaria como la única digna de ser narrada. Este énfasis obvió las aspiraciones liberales (civiles) desplegadas por campesinos en sus luchas por la tierra (Palacios, 2011), así como la solución civil a conflictos agrarios entre terratenientes, comerciantes y campesinos (Saether, 1999). Al finalizar el siglo XX y, principalmente en los inicios del siglo XXI, organizaciones agrarias de alcance nacional desplegarían en el espacio público performances civiles. La radicalidad de sus demandas se traduciría en un lenguaje de reforma más interesado en ampliar la solidaridad civil que en socavarla.

La situación problemática para el campesinado tiene que ver con la sedimentación cultural del conflicto armado. Las protestas en general pueden ser consideradas tanto puras como peligrosas no sólo en un discurso civil sino también en un sistema de clasificación bélico. Esta codificación ve el recurso a lo civil como una máscara que busca ocultar los motivos reales de un enemigo peligroso, que puede estar escondido en cualquier parte, esperando el mejor momento para fortalecer su posición y generar superioridad de fuerzas en el frente de batalla. Lo campesino en particular es una identidad sumamente vulnerable frente a la posibilidad de contaminación en un sentido bélico. No sólo grupos armados se han proclamado portadores de la causa campesina, sino que el conflicto armado mismo tiene en el campo su principal teatro de operaciones. Los líderes agrarios, por su parte, suelen emitir mensajes en los que lo revolucionario se imbrica a tal punto con lo civil que contribuyen aún más a reforzar la idea de peligro y contaminación.

2.6. Fragmentación cultural y coaliciones simbólicas

Aunque las protestas campesinas contemporáneas en Colombia suelen expresar un discurso civil, este compite en la esfera pública con otras dos formas de codificar la legitimidad social: el discurso de hacienda y el discurso revolucionario-militante (Tognato, 2018).

El discurso de hacienda asume como centro sagrado una armonía colectiva en la cual religión, familia y estado constituyen un todo orgánico que se sostiene sobre valores

de autoridad y obediencia (Cuéllar, 2009). Estos valores se encuentran en la relación patrón/peón, polo positivo de este discurso, mientras que el código del bandido refiere al caos, el desafío de la armonía. El patrón se caracteriza por ser civilizado, culto, misericordioso, metódico, respetuoso, generoso y considerado. Como complemento, el peón es modesto, dócil, humilde, de buena voluntad y reverente. Por el contrario, el bandido es bárbaro, ignorante, irrespetuoso, cruel, anárquico, desconsiderado, arrogante e irreverente. Las relaciones paternalistas, basadas en la lealtad y la caridad son consideradas positivas y opuestas a aquellas basadas en el individualismo, la traición y el egoísmo. Por último, instituciones que encarnan tradición, autoridad, personalismo y orden son codificadas como beneficiosas para la sociedad, al contrario que aquellas que se caracterizan por la anarquía, la rebelión, la impersonalidad y el caos (Tognato, 2018).

Desde el discurso revolucionario-militante también se aspira a la realización de un orden colectivo e igualmente hay una erosión de la diferenciación entre esferas sociales. En este caso se trata de una utopía revolucionaria en la cual el partido o la organización militante se constituye en un ancla vital trascendente que demanda de sus actores un compromiso revolucionario en todos los ámbitos de la vida personal (Tognato, 2018). Se contraponen lo colectivo a lo individual, de ahí que predomine la sumisión a la causa sobre la autonomía, el sacrificio al interés propio, la confianza a la duda, la lealtad a la crítica, la unidad a la fragmentación, la cohesión al pluralismo, la utopía al realismo, la solidaridad comunal al universalismo, la clandestinidad a la transparencia, la igualdad a la libertad, las vías de hecho al apego a la ley, la jerarquía a la democracia adversarial, el socialismo al capitalismo, el pueblo a la burguesía, la autodeterminación al imperialismo, y la violencia contra la opresión al pacifismo de la no violencia (Tognato, 2018).

La competencia entre estas tres estructuras culturales presenta un desafío para todo tipo de performances culturales. Traducciones exitosas en un código pueden ser clasificadas como negativas desde los demás. Este panorama se hace más complejo debido a que la prolongación del conflicto armado durante décadas ha provocado la sedimentación de un código que afecta la forma en que se da la disputa entre las estructuras culturales en la esfera pública. Se trata de un sistema de clasificación bélico: “una generalizada estructura cultural de extremismo que sigue la lógica de guerra

amigo/enemigo y permea amplias dimensiones de la vida social e institucional en Colombia” (Tognato, 2018: p. 157). La vida colectiva es dividida en un campo insurgente y otro insurgente. En tanto los diferentes grupos armados han establecido vínculos en todas las esferas sociales, la tipificación sobre la pertenencia a uno u otro lado no se limita a quienes participan directa y públicamente de la violencia, sino a todo tipo de actores sociales.

En este contexto, hay una profunda desconfianza mutua especialmente entre quienes no comparten posiciones u orígenes comunes. Detrás de cada colombiano puede haber un antagonista oculto. Posiciones moderadas en la esfera pública son vistas con suspicacia como intentos de ocultar la adscripción a uno u otro bando, o incluso como debilidad y predisposición a la traición. Esta “evaporación de todo terreno intermedio a su vez alimenta la polarización” (Tognato, 2018: p. 158). La lógica amigo/enemigo arrastra consigo a los performances de hacienda y revolucionario-militante. Éstos son considerados como señales de pertenencia al campo insurgente y aquellos como expresiones propias del campo contrainsurgente.

El despliegue de performances civiles, por su parte, encuentra un terreno de gran inestabilidad. Exigencias discursivas propias del contexto normativo nacional y global han influido en que se extienda su uso, pero la polarización mina la credibilidad de quienes lo enuncian. Se trata de un “turbio término medio” (Tognato, 2018: p. 158) en el cual convergen todos los actores del espectro político, sean extremistas o no; pero cuya autenticidad es objeto de desconfianza. Se considera que los performances civiles son máscaras tras las cuales se ocultan enemigos, conservadores que patrocinan o justifican el paramilitarismo, o guerrilleros disfrazados de ciudadanos críticos: “Con frecuencia la gente escucha civil, pero en su lugar suele ver hacienda o militante” (Tognato, 2018: p. 158).

En esta tesis propongo que las protestas en Colombia -y en sentido amplio los performances por parte de actores en contextos de alta polarización- pueden alcanzar el éxito performativo si logran impulsar coaliciones simbólicas. Este concepto ha sido desarrollado por Matthew Norton (2017) para explicar *qué significa* para los votantes elegir a uno u otro candidato. Los candidatos logran apoyo de distintos sectores porque

simbolizan referentes y narrativas comunes que conectan a estas audiencias. En el caso de una protesta, las audiencias no votan, pero sí apoyan, rechazan o son indiferentes. Una coalición simbólica puede generar puntos de contacto entre diferentes estructuras culturales de tal forma que el carácter público de la disputa encuentre un suelo de estabilidad civil y no caiga en el terreno de la clasificación bélica (en la figura 1 de la página 58 presento el esquema de coaliciones simbólicas formadas durante el paro).

En el caso de las protestas campesinas, las coaliciones simbólicas pueden ser facilitadas por el posicionamiento en la opinión pública de narrativas trágicas y románticas sobre lo campesino que sean comunes más allá de la división cultural. Es posible que una narrativa sobre las víctimas de la violencia que se ha consolidado paulatinamente en Colombia (y que incluye a la población civil del campo) también contribuya a trazar estos lazos simbólicos. La interpretación no bélica de la protesta es un proceso contingente en tanto requiere de coaliciones simbólicas que suelen escapar a la voluntad de sus protagonistas. No es un proceso fácil. El estudio del Paro Nacional Agrario del 2013 puede arrojar pistas sobre cómo impulsarlas y así contribuir como ejemplo para procesos futuros de integración y expansión civil.

3. Enfoque Metodológico. Archivo sobre el performance

En el capítulo anterior abordé la Sociología Cultural como un enfoque teórico apropiado para situar la dimensión simbólica de la vida social. Definí la protesta campesina como un performance cultural que define situaciones de injusticia y exige acciones de reparación, cuya efectividad en generar interpretaciones favorables en un discurso civil puede generar procesos de cambio. También exploré el contexto culturalmente fragmentado como un reto específico para la acción campesina en Colombia y cómo las coaliciones simbólicas podrían contribuir al logro de éxitos performativos.

La aproximación al Paro Nacional Agrario del 2013 como un performance cultural requiere atender dos conjuntos de procesos. Por una parte, se deben identificar y desarrollar el conjunto de puestas en escena desplegadas tanto por las organizaciones campesinas como por otros actores que participaron del evento de protesta (por ejemplo, miembros del gobierno, fuerza pública, y actores solidarios). Por otra parte, es necesario explorar los procesos de interpretación en instituciones comunicativas y los efectos en instituciones regulativas de la esfera civil.

En este capítulo desarrollo el diseño metodológico a través del cual operacionalizo empíricamente el enfoque teórico. En el primer apartado defino la relación entre preguntas, objetivos y conjetura de la tesis. A continuación, describo el enfoque metodológico, y abordo la relación entre archivo y repertorio del performance como marco metodológico general. En el apartado cuatro, desarrollo la relación entre técnicas, fuentes y observables. Finalmente, describo las fases de investigación y reconstruyo la memoria metodológica.

3.1. Objetivos y preguntas

Concebir la protesta campesina como un performance cultural implica responder una serie de preguntas sobre la acción y su interpretación que apuntan al *objetivo general* de comprender cómo fueron puestas en escena las representaciones sobre la situación

social del campesinado durante el Paro Nacional Agrario del 2013 y a qué interpretaciones dieron lugar.

Por el lado de la acción, las preguntas se orientan al performance: ¿Cuáles fueron los performances desplegados durante el paro? ¿Qué clasificaciones y narrativas fueron puestas en escena por los actores? ¿Qué medios de producción simbólica participaron del performance? ¿Qué procesos de reparación o purificación fueron demandados? y ¿Cómo conversaron performances y contraperformances?

Por el lado de la interpretación las preguntas se orientan a las audiencias, mediadas a través de las instituciones comunicativas: ¿Cómo fue la relación con la audiencia? ¿Cómo fue interpretada la puesta en escena por críticos? ¿Qué clasificaciones y narrativas fueron enunciadas en la interpretación? ¿Qué procesos de reparación o purificación fueron apoyados, exigidos o cuestionados? ¿Cómo se interpretó la relación entre los performances y los contraperformances?

A través de estos interrogantes pueden definirse los siguientes *objetivos específicos* de esta tesis: 1) identificar y describir los performances desplegados durante el Paro Nacional Agrario y sus componentes (actores, clasificaciones, narrativas, puestas en escena y medios de producción simbólica); 2) comprender las interpretaciones generadas por los performances en instituciones comunicativas (medios de comunicación y redes sociales digitales); y 3) examinar los efectos de la protesta en instituciones regulativas de la esfera civil (partidos, voto, derecho).

Finalmente, en el capítulo teórico propuse que las protestas pueden impulsar coaliciones simbólicas que contribuyen a generar interpretaciones favorables a sus exigencias de reparación. Así, surge una pregunta adicional que orientan la interpretación del vínculo entre acción e interpretación: ¿Se evidenció alguna coalición simbólica durante el paro y cómo se formó?

Los objetivos y preguntas formulados conllevan una aproximación común entre los diversos tipos de registros abordados. Como se verá más adelante, en la construcción de un archivo sobre el paro se tratan una amplia variedad de fuentes y formatos. En medio de esta diversidad, el análisis de cada registró busca responder las siguientes

preguntas: 1) ¿cuáles son las motivaciones presentadas por o atribuidas a los actores?, 2) ¿qué tipo de relaciones son representadas y respecto a qué actores? Y 3) ¿qué instituciones son descritas o representadas y cómo?

3.2. Enfoque metodológico

Esta investigación tiene un enfoque cualitativo. Las características que definen este modo de indagación son 1) el interés por el sentido e interpretación que tiene el mundo social para las personas, 2) el uso flexible y variado de técnicas de recolección de información, y 3) el desarrollo de análisis interesados en abarcar la complejidad, el detalle y el contexto, así como contribuir a la construcción teórica a partir de estudios empíricos (Vasilachis, 2006).

Específicamente, el objetivo de *comprender* los performances y sus interpretaciones pasa por tomar en cuenta la dialéctica del acontecimiento y el sentido (Ricoeur, 2003): “si un discurso se produce como acontecimiento, se entiende como sentido” (p. 85) y “la comprensión mutua se apoya al participar dentro de la misma esfera del sentido” (p. 85). La protesta campesina constituye un acontecimiento situado en un espacio y tiempo concreto, cuya eficacia en transmitir un mensaje deriva de la participación en un universo cultural compartido con sus intérpretes, su audiencia.

Reconstruir este performance como un acontecimiento y e identificar su sentido, requiere el uso de múltiples materiales empíricos que provean información tanto de las puestas en escena como de las interpretaciones públicas. Este material conforma un archivo sobre el performance que da cuenta de los repertorios performados y la recepción de la audiencia. Estos materiales incluyen documentos textuales, visuales y sonoros, que permiten una aproximación a la experiencia de este evento. El trabajo de este archivo a partir de las fases propias de la dialéctica de la comprensión y la explicación desemboca en la escritura de una descripción densa. La finalidad de ésta es explicitar los estratos de significación que tuvo la protesta campesina objeto de estudio. A continuación, se desarrollan estos elementos.

3.3. Archivo y repertorio

Como señala Taylor (2003), el performance tiene una doble dimensión: es tanto acontecimiento finito que produce presencia, la puesta en escena concreta en que la corporeidad, coreografía y gestos de los actores se despliegan; como inscripción documental que da cuenta de su presencia, el registro del repertorio. La primera dimensión se ha denomina repertorio y la segunda archivo.

En los *Estudios sobre Performance*⁵ la relación entre archivo y repertorio ha sido objeto de debate. Algunos autores niegan la existencia de performance allí donde no hay copresencialidad. Desde su perspectiva, el performance tiene una temporalidad finita y, una vez terminado, su presencia no puede ser capturada y transmitida a audiencias no presentes durante su puesta en escena (Phelan, 1993). Una vez finaliza la presencia, el performance desaparece y su registro no conserva su aura. Se considera que el registro del performance es una cesión del carácter disruptivo del performance a los caprichos del mercado, que transforma la acción en mercancía.

Por otra parte, ha habido otros acercamientos que afirman que la separación entre puesta en escena y audiencia debe dar lugar a otra pregunta que incorpore la relación entre producción y recepción del performance (Ayerbe, 2017). En esta relación, la documentación del performance, su registro a través de grabaciones, fotografías, videograbaciones y textos, constituyen formas de ampliar los efectos de presencia del performance. En términos de Taylor (2003), ambas dimensiones conversan. Ayerbe (2017) expone cómo diferentes performers incorporan el registro material no sólo para asegurar que distintas audiencias accedan a la puesta en escena sino también como parte de actuaciones posteriores.

Esta última aproximación es coherente con el planteamiento de la Sociología Cultural sobre la relación entre diferenciación y performance. En sociedades diferenciadas la distancia entre actores y audiencias requiere necesariamente del registro del performance como producto en medios de distribución que, al capturar la presencia, amplifican sus efectos e intentan posicionar distintas interpretaciones sobre las

⁵ Un panorama general de los *Estudios del Performance* se encuentra en Schechner (2013).

expresiones y autenticidad de los actores. Así, un lente a través del cual abordar metodológicamente el performance es a través de la construcción de un archivo que incluya diferentes registros documentales sobre el repertorio.

3.4. Técnicas, materiales y fuentes

La construcción de un archivo sobre el performance se nutre de técnicas variadas. La revisión documental de diferentes tipos de registros (escritos, imágenes, videograbaciones, audios) a partir de un abanico amplio de fuentes (prensa, redes sociales, sitios web y entrevistas) permite reconstruir el repertorio. De igual forma, la realización de entrevistas aporta nuevos registros de la memoria de participantes del performance. En su conjunto, los materiales reunidos en el archivo a partir de estas técnicas contribuyen al logro de los objetivos específicos tal como se describe en la siguiente tabla:

Objetivos	Materiales	Fuentes
1. Identificar y describir los performances	Notas de prensa	Periódicos y noticieros
	Fotografías	Periódicos y redes sociales
	Videograbaciones	Noticieros y redes sociales
	Testimonios	Entrevistas
	Pronunciamentos públicos	Redes sociales y Sitios web de organizaciones
2. Comprender las interpretaciones	Columnas de opinión	Periódicos
	Caricaturas	Periódicos y redes sociales
	Hashtags	Redes sociales
	Testimonios	Entrevistas
3. Examinar efectos en instituciones regulativas	Notas de prensa	Periódicos y noticieros
	Registros documentales y pronunciamentos públicos	Redes sociales y sitios web de organizaciones y gobierno
	Testimonios	Entrevistas

Tabla 1. Relación entre objetivos, materiales y fuentes.

3.4.1. Revisión de prensa

Una gran parte de los materiales y fuentes consultadas en esta investigación hacen parte de los medios de comunicación de masas: “radio, televisión, diarios, Internet, revistas, libros de grandes ventas y películas de éxito” que “constituyen una articulación fundamentalmente significativa del dominio civil imaginado e idealizado” (Alexander, 2018: p. 108). La revisión de prensa se orienta específicamente a los medios de carácter factual, aquellos que buscan el mundo tal cual es. La selección de qué es noticioso implica un conjunto de decisiones “sobre qué acontecimientos importan, sobre qué es lo que está sucediendo y sobre qué es lo que está en juego en la vida social” (Alexander, 2018: p. 115) y por lo tanto las noticias no sólo informan sobre hechos, sino que participan en la construcción de la opinión pública.

Por lo anterior, la revisión de estos medios aporta materiales que contribuyen a identificar tanto los performances puestos en escena como a sus interpretaciones en la opinión pública. A efectos metodológicos se plantea una distinción entre materiales que aportan más información sobre las puestas en escena y la dinámica del drama social (notas informativas, fotografías y videograbaciones) y materiales que explícitamente plantean interpretaciones y tomas de posición sobre las protestas y las acciones de otros actores participantes (columnas de opinión y caricaturas).

Hay distintos criterios de selección de los medios según el tipo de material recogido:

- Para material visual y audiovisual sobre las puestas en escena se revisan noticieros según los siguientes criterios: 1) tienen alcance nacional, 2) en conjunto representan un amplio espectro ideológico, y 3) concentran la mayoría de las audiencias⁶ 4) cuentan con grabaciones disponibles en Internet.
- Para la recolección de notas de prensa que permiten reconstruir el drama social, y columnas de opinión y caricaturas que expresan interpretaciones, se revisan

⁶ Tanto para televisión como para prensa se siguieron los datos del proyecto *Monitor Colombia* ejecutado en conjunto por la Federación Colombiana de Periodistas (FECOLPER) y Reporteros Sin Fronteras. Los datos se encuentran disponibles en: <https://colombia.mom-rsf.org/es/media/> (consulta 14 de noviembre de 2020)

medios escritos. Se proponen dos tipos de criterios con el fin de fortalecer la disponibilidad de codificaciones de distintas estructuras culturales.

- Tipo 1. Medios que 1) son públicamente identificados como representativos a nivel nacional o regional, 2) en su conjunto cubren un amplio espectro ideológico, 3) concentran la mayoría de las audiencias, y 4) pueden ser consultados digitalmente.
- Tipo 2. Medios que 1) amplían interpretaciones ideológicas no cubiertas por los medios anteriores, 2) tiene una línea editorial afín a algún actor rural con interés directo o indirecto en el paro, 3) pueden ser consultados digitalmente.

Fin	Medios	
Identificación y reconstrucción de imágenes de las puestas en escena	Noticias Caracol Noticias NTN* Noticias Uno	
Identificación de las interpretaciones en la opinión pública y reconstrucción del drama social	Tipo 1	El Tiempo El Espectador Revista Semana El Colombiano
	Tipo 2	Agencia Prensa Rural Semanario Voz Contexto Ganadero

Tabla 2. Medios y fines de la revisión documental

* El caso de Noticias NTN se aborda como un “proxy” de noticias RCN. No hay disponibilidad de videos de este noticiero nacional en Internet, más sí de su versión internacional que responde a una línea editorial similar.

3.4.2. Revisión de redes sociales

El surgimiento de Internet ha abierto nuevas opciones de comunicación con lo cual ha dado lugar a una “nueva fuente de mediación civil” (Alexander, 2018: p. 116). El desarrollo de redes sociales digitales ha facilitado la expresión pública de mensajes por parte audiencias. En este proceso de “auto comunicación de masas” (Castells, 2009) irrumpen nuevos grupos portadores que se presentan como más honestos y genuinos en contraste con los medios tradicionales considerados engañosos y artificiales. No obstante, las redes comparten con los medios tradicionales una ontología del realismo según la cual sus tendencias reflejan tanto hechos reales como opiniones auténticas

basadas en la experiencia personal directa. De este modo, buscan posicionarse como termómetros de la opinión pública. Paradójicamente, los efectos que alcanzan las redes pasan en gran medida por su capacidad de llamar la atención y aparecer en los medios informativos tradicionales. Por lo tanto, más allá de sus diferencias, la circulación de mensajes a través de distintos tipos de medios, plataformas y soportes conforma un espacio multimedial en la cual es posible encontrar distintas articulaciones narrativas del discurso civil y procesos comunicativos concretos desencadenados por acciones simbólicas (como las protestas).

La revisión de redes sociales ofrece información relevante sobre distintos aspectos de la protesta campesina. Las fotografías, narraciones y testimonios personales ofrecen información sobre las puestas en escena, los íconos y los actores, que amplían los registros sobre el paro y permiten ver algunos detalles no distribuidos a través de la prensa y la televisión. Las tendencias (en forma de hashtags) cristalizan codificaciones y narrativas en mensajes cortos y agrupan haces de mensajes. Estas tendencias se presentan como expresiones inequívocas de la opinión pública en un sentido similar a las encuestas de opinión (si bien con criterios de validación y medición distintos). La alta difusión de información por redes sociales, especialmente la circulación de imágenes y el posicionamiento de tendencias, es una fuente de presión para que los medios tradicionales modifiquen su cubrimiento e interpretaciones. Finalmente, a través de las redes e Internet los actores del performance -organizaciones campesinas, gobierno, gremios económicos, líderes de opinión- emiten pronunciamientos públicos y dan cuenta de los procesos de negociación y acuerdo.

Los criterios de selección de los materiales encontrados en redes sociales e Internet, y su finalidad se detallan a continuación:

Fuentes	Finalidad	Material	Criterios de selección*
YouTube	Reconstrucción de las puestas en escena de campesinos, gobierno y otros actores	Videos de las puestas en escena	1) alta difusión (número de reproducciones), o 2) canales de medios alternativos como autores, o
	Identificación de recepción del paro por parte de las	Videos de apoyo o crítica al paro	3) aparición en medios factuales o en otras redes sociales, o

	audiencias y codificaciones civiles y no civiles		4) asociados a tendencias (hashtags)
Twitter	Identificación de recepción del paro por parte de las audiencias	Tendencias (hashtags) con tweets asociados	1) Para las tendencias: Mención por parte de líderes campesinos y medios de comunicación. 2) Para los tweets asociados: estar entre los mensajes más destacados según reacciones (comentarios y apoyos)
	Reconstrucción de los guiones de los actores	Tweets actores del paro	1) Emisión desde perfiles autenticados, 2) Mención por parte de medios de comunicación factuales o reproducción en tendencias (hashtags)
	Identificación de interpretaciones en la opinión pública	Caricaturas sobre el paro y sus actores	1) Emisión desde perfiles de caricaturistas de medios nacionales y regionales 2) No disponibilidad de las caricaturas en los sitios web de los periódicos donde fueron publicados
Flickr	Reconstrucción de las puestas en escena de campesinos, gobierno y otros actores	Fotografías de las puestas en escena, y publicidad	Aparecer como resultado de las búsquedas “Paro Nacional Agrario”, “Paro Campesino”, o “Paro Agrario”
Sitios web	Reconstrucción de los guiones de los actores y de los efectos en las instituciones regulativas	Pronunciamientos públicos y registros documentales	Ser páginas oficiales de los actores participantes del paro

Tabla 3. Relación entre fuentes, fines, materiales y criterios de selección para la revisión de redes sociales digitales e Internet

*En todos los casos se trató de material publicado entre el 10 de agosto y el 20 de septiembre del 2013. Ocasionalmente se recogieron publicaciones anteriores o posteriores a este período según citas en otras publicaciones.

3.4.3. Entrevistas no directivas

Hasta ahora los materiales que conforman el archivo consisten en registros contemporáneos al paro. Si bien ocasionalmente hay algunos registros escritos o

audiovisuales de testimonios de la experiencia de los actores, la realización de entrevistas aporta más información sobre sus motivaciones, apreciaciones sobre otros actores y evaluaciones de lo que pasó. Además de contribuir a generar nuevos registros documentales sobre la memoria personal de este acontecimiento, la entrevista permite un doble contraste: con los demás registros documentales y con las interpretaciones del investigador. En este sentido, se plantea un acercamiento no directivo que reconoce que la entrevista es una interacción “donde se encuentran distintas reflexividades pero, también, donde se produce una nueva reflexividad” (Guber, 2011: p. 69-70).

Para alcanzar lo que Guber ha llamado “el arte de la ‘no directividad’” se formulan protocolos semiestructurados que se adaptan a la interacción específica con cada sujeto. Como criterio común en la aplicación de los protocolos se encuentra la atención del entrevistador a las categorías del entrevistado, los nodos problemáticos que más le interesan y las experiencias sobre las cuales quiere llamar la atención. De este modo, los temas generales establecidos en el protocolo sirven como una guía, pero tanto los términos con que se enuncian las preguntas, su orden y la emergencia de nuevos temas están sujetos a cada conversación concreta.

La realización de entrevistas en el contexto de distanciamiento social propio de la pandemia del Covid-19 implica una mediación tecnológica del “cara a cara” que influye en la aplicación del protocolo. Esto abre nuevas posibilidades. Paradójicamente también implica que la flexibilidad puede orientarse en el sentido de una mayor rigidez del protocolo. Por ejemplo, un par de entrevistados afirmaron no disponer de un horario extendido para la conversación y sugirieron que lo mejor era enviarles una lista de preguntas a las cuales contestarían mediante mensajes de voz por WhatsApp. Las preguntas fueron formuladas de tal modo que encontraran respuestas abiertas y en efecto sus testimonios se caracterizaron por la introducción de los mismos elementos buscados con la no directividad (la expresión de la experiencia personal sobre el paro y la interpretación de éste en términos de los sujetos). En otras ocasiones la flexibilidad se orientó en el sentido de menor directividad: participación de miembros inesperados en las videollamadas, menciones ocasionales a la experiencia pandémica, alusiones a la relación entre la situación del campo denunciada en el 2013 y las posibilidades de

solucionar la crisis de salud (y económica) nacional y global, entre otros efectos de presencialidad mediados tecnológicamente.

Los sujetos entrevistados son dos tipos de actores del paro: líderes campesinos y miembros de grupos portadores (comunicadores, realizadores audiovisuales y líderes sociales que apoyaron la protesta). Los temas de conversación giraron en torno a sus trayectorias de participación, las motivaciones de sus organizaciones para participar del paro (en el caso de los miembros de grupos portadores se conversó sobre su relación con el paro y las organizaciones convocantes, y la naturaleza del grupo portador), los elementos más significativos de esta movilización, recuerdos y reacciones sobre afirmaciones de otros actores (presidente y miembros del ejecutivo, policía y fuerza pública, gremios económicos, ciudadanía y medios de comunicación), identidad y reconocimiento campesino, evaluación sobre los efectos del paro a nivel regulativo y comunicativo, imaginación contrafáctica (qué hubiera sucedido en caso de que el paro no hubiera ocurrido e igualmente en caso de que algunas acciones no se hubieran presentado) y evocación visual (recuerdos de imágenes concretas sobre el paro). Las entrevistas se realizaron mediante las plataformas virtuales de preferencia de los entrevistados y en atención a su disponibilidad horaria.

3.5. Fases de investigación y memoria metodológica

Esta tesis se construye atendiendo la dialéctica de la comprensión y la explicación sugerida por Ricoeur (2003) a través de tres fases: en un (1) primer momento de acercamiento al proceso performativo se capta un sentido de conjunto que se formula en una conjetura. La comprensión inicial da lugar a una (2) segunda fase: la atención detenida al archivo sobre el performance con el fin de corroborar analíticamente la plausibilidad de la conjetura. Tras ese momento explicativo, (3) se evalúa la conjetura inicial y se describe la construcción de sentido de la protesta campesina de tal modo que sea inteligible para los lectores de la tesis. Este momento final constituye la escritura de una descripción densa sobre el paro.

A continuación, detallo mi memoria metodológica sobre las fases de investigación.

Durante la primera fase realicé la recolección de la información a través de las diferentes estrategias metodológicas. En un primer momento reconstruí cronológicamente el paro a partir de las notas de prensa y los noticieros de televisión. Esto me permitió establecer las puestas en escena relevantes (marchas, disturbios, bloqueos, ruedas de prensa, pronunciamientos públicos), identificar actores centrales en la orientación del conflicto (líderes específicos, miembros del gobierno, líderes de opinión, grupos portadores), ubicar medios de producción claves (espacios e íconos de protesta) y seguir pistas sobre el comportamiento de la opinión pública (tendencias-hashtags, perfiles y canales digitales citados en medios, y referencias a encuestas de opinión pública o desplegadas a través de redes). Después de esta identificación revisé las redes sociales y recolecté sus materiales. En conjunto, organicé los registros derivados de la revisión de prensa y redes sociales en un archivo digital localizado en Google Drive.

Simultáneamente escribí un diario de campo en el cual registré bocetos sobre la dinámica del paro tal como la iba leyendo. También apunté mis impresiones, reflexiones y elaboraciones teóricas. De igual modo enliste fuentes y pistas que iban apareciendo durante la revisión.

Una vez finalizada la construcción inicial del archivo, leí el diario de campo y construí los protocolos para la realización de las entrevistas. Previamente había establecido contacto con los distintos actores para agendar los encuentros. Estos contactos se hicieron a través de redes sociales como Twitter y Facebook, y en un par de casos retomé contactos de mis experiencias previas con movimientos sociales. El archivo del paro fue sumamente útil durante este período porque los materiales mismos ofrecieron un puente para establecer el contacto y también ocuparon espacio en las entrevistas. Por ejemplo, un realizador audiovisual se sorprendió al saber que un video suyo estaba siendo objeto de atención y expresó cuánto le había emocionado publicarlo en su momento. De igual forma un comunicador me solicitó compartirle la noticia en donde había sido citado ya que había perdido su rastro. Esa situación permitió un recuerdo más vívido de la experiencia de ese momento. La lectura del diario de campo fue importante porque a partir de mis impresiones, reflexiones y elaboraciones pude

orientar las entrevistas en aquellos momentos en que el ritmo de la conversación lo hizo necesario.

Al finalizar las entrevistas construí una conjetura inicial sobre la relación entre protesta campesina e imagen, y pasé a la segunda fase. Inicé un análisis del material recolectado con el fin de poner a prueba la plausibilidad de mi conjetura. A medida que realicé esta fase comprendí que la relación con la imagen no constituía el elemento central del paro, sino que era una expresión de un proceso más general de construcción de sentido a través del cual se conectarían audiencias y actores en un contexto culturalmente fragmentado. Empecé entonces a construir otra conjetura sobre cómo la protesta podría ser efectiva en comunicar la situación del campesinado en tanto los procesos de interpretación de críticos y audiencias confluyeran en una serie de coaliciones simbólicas que tenderían puentes entre las fragmentaciones culturales. En estos procesos las imágenes tendrían la potencialidad de comunicar narrativas comunes en torno a las cuales convergerían distintos sectores sociales, pero serían los procesos de interpretación en la opinión pública los que expresarían el grado de efectividad de esta fusión. La lectura de columnas de opinión y caricaturas apoyó esta conjetura. De este modo la segunda fase (el paso de la conjetura a la explicación) no fue un proceso lineal sino circular.

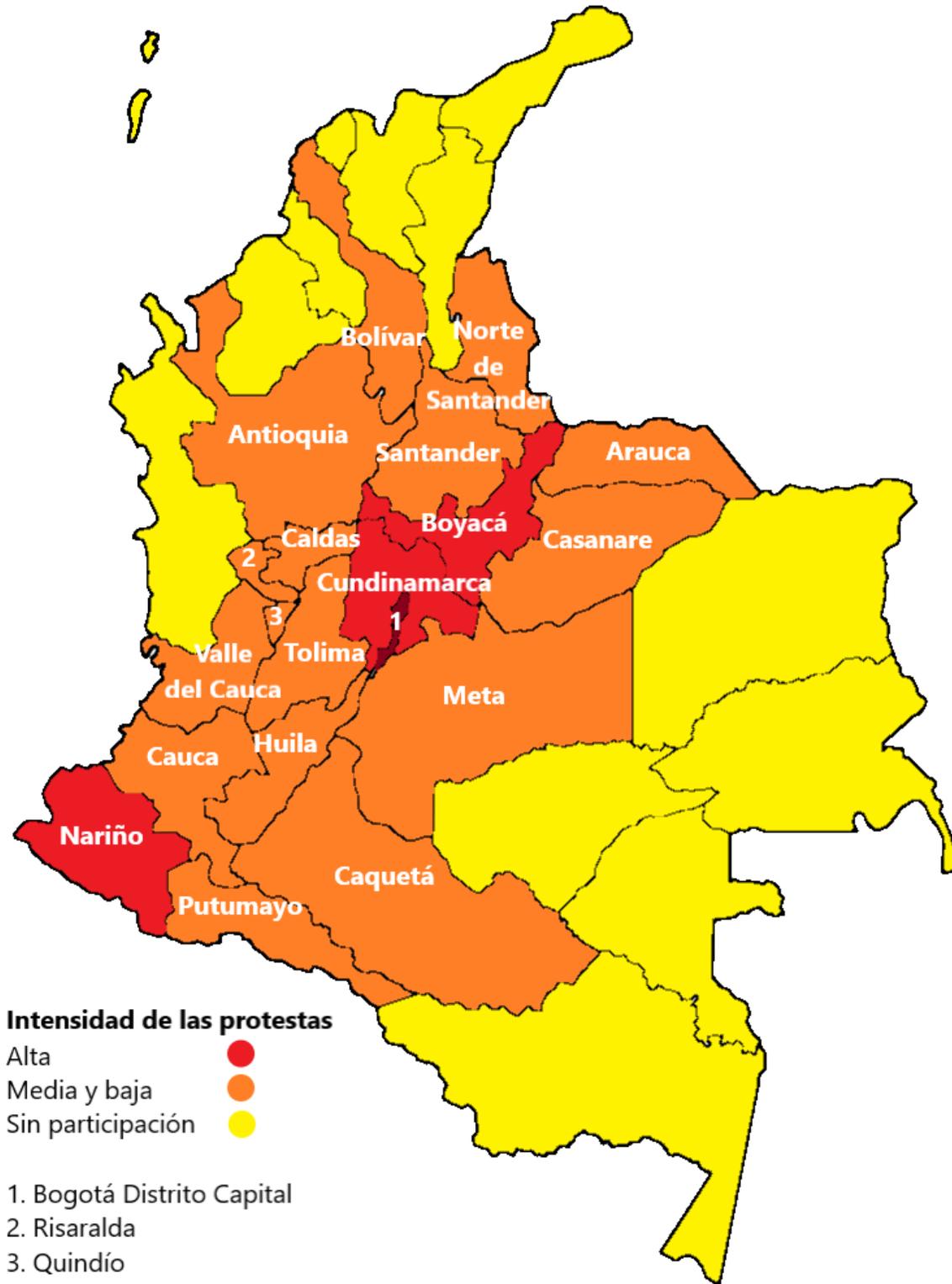
La última fase constituye la escritura de una descripción densa, entendida como la presentación de los diversos estratos de significación que confluyen en un evento o situación social específico (Geertz, 2003). El esfuerzo en construir este tipo de descripciones es un reconocimiento de la Sociología Cultural sobre la potencialidad de la etnografía como escritura (Guber, 2011), como registro que comunica a otros públicos los discursos y narrativas desplegados en acciones simbólicas cuya comprensión requiere la explicitación de los universos de sentido en los cuales fueron desplegadas. En este sentido, el tipo de ejercicios de escritura desarrollados por Clifford Geertz se ven enriquecidos por el uso de un enfoque teórico que busca aportar un modelo analítico explícito sobre la cultura en sociedades contemporáneas. Lo que sigue de la tesis es esta descripción.

Coalición Campesinado (Pureza)

Ancestro	Víctima	Nación	Humildad	Autenticidad	Sinceridad	Paz	Diálogo	Democracia	Pueblo	Nosotros
Extraño	Victimario	Extranjero	Arrogancia	Artificio	Engaño	Guerra	Monologo	Represión	Élite	Ellos

Coalición Gobierno (impureza)

Figura 1. Coaliciones simbólicas durante el Paro Nacional Agrario



Mapa 1. Escenarios del paro. Elaboración propia con base en Salcedo, Pinzón y Duarte (2013). Los departamentos que no participaron directamente en el paro fueron: San Andrés y Providencia, Guajira, Magdalena, Atlántico, César, Sucre, Córdoba, Chocó, Vichada, Guainía, Guaviare, Vaupés y Amazonas.

4. ¿Campesinos o insurgentes? Representaciones, antesala y primeros días del Paro Nacional Agrario

Diversos procesos organizativos del campesinado se han gestado desde mediados de los años noventa, alrededor de una variedad de demandas relativas a conflictos económicos, políticos y bélicos en el campo. Distribución de la tierra, apoyo a la producción campesina, políticas integrales de sustitución de cultivos de uso ilícito y reconocimiento político del campesinado han sido los objetivos compartidos. Durante estos años, organizaciones campesinas se han articulado en grandes estructuras nacionales. En el 2003, junto a indígenas y afrodescendientes, se reunieron en un congreso nacional y construyeron un *Mandato Agrario* en el cual proclamaron las reivindicaciones que venían alentando desde sus orígenes y manifestaron su rechazo a los tratados de libre comercio firmados desde inicios del nuevo milenio.

Para tramitar estas exigencias, los campesinos habían acudido a protestas sociales –un 15% del total de las luchas sociales del país entre 1988 y 2012 (Cinep, 2013)- y a repertorios institucionales como tutelas, derechos de petición, demandas, cabildeos, y audiencias públicas (Osorio, 2016). A diferencia de estas acciones de escala local y regional, el Paro Nacional Agrario del 2013 fue la primera movilización de carácter nacional que agrupó a la amplia gama de pequeños y medianos campesinos de todo tipo de sectores productivos. Su alcance logró concentrar la atención pública y, a partir de allí, generar una discusión colectiva sobre la situación del campesinado.

Después del paro, líderes campesinos estuvieron de acuerdo en que, independientemente de los acuerdos logrados, su mayor éxito fue haber alcanzado visibilidad y reconocimiento por parte de la opinión pública. Cesar Pachón, su figura más visible, describió emocionado cómo el apoyo ciudadano, central en la protesta, fue sentido como una manifestación de “amor a su tierra, a su patria, a su gente”, una expresión de unión entre el campesinado y el conjunto de la sociedad: “fue todo el país, fue todo tipo de gente, estudiada o no estudiada, hiciera lo que hiciera, de verdad que se manifestaron de una forma tan solidaria y tan bonita” (Sumerce News, 2013a).

La emoción de Pachón puede comprenderse si se toma en cuenta que alcanzar este apoyo no era, ni de lejos, algo con lo cual se pudiera contar de antemano. En el contexto de polarización y fragmentación de la sociedad colombiana, cualquier tipo de acción ciudadana generaba una profunda desconfianza. En el caso de las organizaciones campesinas había elementos que reforzaban el recelo. Provenientes de los principales territorios del conflicto armado, pertenecientes a movimientos de izquierda, sosteniendo ideales compartidos por la insurgencia; no era fácil para los líderes campesinos convencer a la opinión pública sobre la autenticidad de sus actuaciones. Aunque presentaron sus reivindicaciones como parte de aspiraciones democráticas comunes la sociedad colombiana, miembros del gobierno y críticos del paro cuestionaron la sinceridad de sus líderes. Afirmaron que la protesta no era más que un instrumento al servicio de actores políticos y armados ocultos tras bambalinas. Que haya habido apoyo al paro, incluso por parte de actores de derecha tradicionalmente contrarios a acciones lideradas por miembros de la izquierda, fue una situación inédita.

Por lo tanto, sobre la discusión pública respecto a la situación del campesinado se superpuso una disputa sobre el carácter del PNA: ¿se trataba de una auténtica expresión ciudadana o de un instrumento al servicio de actores oportunistas? En este capítulo abordo cómo se dio esta disputa durante el inicio del paro. Empiezo con una presentación de los antecedentes que dan credibilidad a las imputaciones sobre el carácter insurgente de la protesta campesina, y expongo cómo protestas campesinas en el 2013 que precedieron al PNA fueron cuestionadas de esta forma. A continuación, describo la disputa por el sentido de las manifestaciones campesinas durante los primeros días del paro y finalmente puntualizó cómo el apoyo público a la movilización surgió de la coalición simbólica entre actores que no compartían las mismas formas de codificar la legitimidad.

4.1. Infiltración y desafío al orden público: representaciones en el trasfondo y en el proscenio

Las organizaciones convocantes al PNA -Dignidad Agropecuaria Nacional (Dignidades), Mesa de Interlocución y Acuerdo (MIA) y Coordinador Nacional Agrario

(CNA)- presentaron distintos pliegos que confluyeron en las exigencias de que el gobierno cumpliera acuerdos firmados anteriormente y que renegociara los Tratados de Libre Comercio (TLCs). Después de afirmar que aquellos tratados daban “un golpe de gracia definitivo a las actividades agropecuarias”, la convocatoria de las Dignidades llamó la atención sobre la “importancia de atender sin dilaciones ni trabas los apoyos convenidos” (PDA, 2013).

Las organizaciones campesinas presentaron sus exigencias como aspiraciones enmarcadas en el orden civil colombiano. La MIA sostuvo que a pesar de que “La Constitución Política de Colombia alega como derecho fundamental que, ante la ley, todos somos iguales [...] este enunciado no se cumple en la realidad” (Agencia Prensa Rural, 2013a). En un debate en el Congreso de la República Cesar Pachón afirmó cómo el “pueblo campesino y digno y trabajador, y las personas más honradas y más honestas de este país” (Militante Polo, 2013)- eran víctimas de una situación injusta provocada por la desigual competencia con “mercados extranjeros”.

Incumplimiento de acuerdos con las organizaciones campesinas e implementación de tratados comerciales internacionales fueron concebidos como dos caras de la misma moneda: un sistema político contaminado por presiones de actores económicos impedía la realización del ideal civil de la igualdad. De este modo, acusaron al gobierno e instituciones públicas de ser arbitrarios, personalistas y engañosos. César Pachón apuntó en este sentido al cuestionar cómo “el mayor importador le aconseja a un Estado, a un gobierno, las decisiones sobre la papa, cuando se debería tener en cuenta es al productor” (Militante Polo, 2013). Meses antes del paro, el senador de oposición Jorge Robledo había dicho que “el gobierno no es neutral en lo que sucede”, explicaba que su negativa a renegociar los TLC se debía a que “los gringos y cuatro superpoderosos de este país que están asociados de una u otra forma con los gringos dicen que no se pueden cambiar”, y sentenciaba que “no es lo mismo vivir del agro que de los agricultores” (Jorge Robledo TV, 2013).

Si bien hubo interpretaciones favorables que consideraron que las reivindicaciones tenían sentido, un manto de duda ondeó sobre los líderes campesinos. Un columnista liberal dijo que las exigencias de la MIA parecían “dictadas por la más elemental

sensatez” pero previamente señaló que esta organización “no ha sido señalada todavía (cuando esto escribo) como un torpedo terrorista manipulado por las Farc [Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia]. Tal vez lo sea” (Caballero, 2013a). Desde un inicio, los convocantes al paro enfrentaron desde insinuaciones hasta acusaciones sobre la sinceridad de sus motivaciones. Se afirmó que la protesta no respondía a los intereses reales de los campesinos sino a cálculos estratégicos de actores en la sombra.

4.1.1. Protesta campesina, izquierda y conflicto armado

El guion según el cual discursos civiles podrían estar camuflando intenciones de otro tipo se sustentó en representaciones de fondo originadas tras décadas de existencia de la izquierda armada en Colombia. No sería fácil para los manifestantes llevar la contraria a una idea sustentada en los antecedentes discursivos de sus propias reivindicaciones, en su pertenencia organizativa al campo de izquierda y en su presencia en zonas de conflicto armado.

La crítica al neoliberalismo y la exigencia de una reforma rural tienen sentido en un discurso revolucionario-militante. Las organizaciones sociales y políticas de izquierda han compartido que libre mercado y concentración de la tierra son impurezas que obstaculizan la justicia social. La distribución de la tierra ha sido una reivindicación común a todas las guerrillas y en el caso de las FARC se considera su causa fundacional. En el “Programa Agrario de los Guerrilleros” firmado por los miembros del Bloque Sur, germen de este grupo armado, se estableció como horizonte de lucha la “Reforma Agraria Revolucionaria que cambie de raíz la estructura social del campo colombiano” para lo cual sería necesario establecer una “alianza obrero-campesina y del frente único de todos los colombianos en la lucha por el cambio de régimen” (Cedema, 2006a).

El libre comercio también ha sido un objeto de crítica compartido por agrupaciones de izquierda que, en otros aspectos, tienen diferencias irreconciliables. En su convocatoria al paro, el CNA afirmó que la violencia en el campo derivaba de una “política de muerte aplicada y sostenida por medio el terror militar, jurídico y económico [que] apunta al favorecimiento de las políticas del comercio internacional y su especulación

financiera llámese TLCs, o los agronegocios” (Congreso de los Pueblos, 2013). Esta proposición sobre la imbricación entre neoliberalismo y orden violento apenas se distingue de las palabras de Raúl Reyes, miembro las FARC, sobre el contexto en el que se firmaron los TLCs: “El conjunto de la oligarquía colombiana, con el apoyo financiero y militar del imperialismo estadounidense, ha exacerbado la guerra y el terror contra todos los sectores del pueblo, en aras de perpetuar un Estado terrorista que garantice grandes ganancias para los monopolios y las transnacionales” (Cedema, 2006b).

Compartir fines con una organización guerrillera no implica justificar sus medios, ni mucho menos pertenecer a la misma. En una entrevista, un líder de la protesta me diría que “en Colombia no hay delito de opinión. O sea, yo puedo compartir la plataforma política-ideológica de cualquier grupo. Pues, eso no es un delito. El delito es si ya usted se va a poner bombas” (entrevista Víctor Correa). Legalmente esto puede ser cierto, pero en la esfera pública las acciones de los manifestantes pasan por la interpretación de las audiencias sobre hasta qué punto el ideario es signo de adscripción o no, y la capacidad de persuadir a la opinión pública es crucial para traducir el poder social en poder cultural. Aunque las organizaciones convocantes al paro rechazaban la violencia explícitamente, su pertenencia al campo de la izquierda podría obstaculizar la credibilidad de sus intentos de marcar distancia frente a la guerrilla. En general, la polarización produce una profunda desconfianza sobre las intenciones de organizaciones de izquierda de mantenerse en cauces civiles más que desbordarlos para generar estallidos insurreccionales.

Estas suspicacias no se han construido sobre un vacío. La conformación del campo de izquierda en Colombia refleja tensiones, divisiones y ambigüedades en torno a la lucha armada. Mientras que el Partido Comunista Colombiano (PCC) -matriz de la cual han surgido numerosas organizaciones políticas y armadas- adoptó la doctrina de combinación de todas las formas de lucha, el Movimiento Obrero Independiente Revolucionario (MOIR) renunció a ésta desde su conformación en 1970. En palabras de Gustavo Triana, secretario general de este movimiento, “Hemos enfatizado que el conflicto armado obstaculiza las luchas políticas y reivindicativas, justifica las conductas criminales y retardatarias de las oligarquías y da pretextos a la detestable injerencia imperialista en nuestros asuntos” (Triana, 2015).

Esta diferencia no ha sido fácil. Triana recuerda cómo el rechazo al uso de las armas “le ha costado al MOIR aislamientos y señalamientos mentirosos e incluso el asesinato de varias decenas de militantes y dirigentes sociales por parte de las guerrillas y grupos paramilitares (Triana, 2013)⁷”. La violencia fratricida al interior de la izquierda sería una constante que explicaría trayectorias paradójicas⁸. La desconfianza mutua resultante ha generado grandes dificultades para lograr procesos de unidad. Por ello la conformación del partido Polo Democrático Alternativo en 2005 fue un hito en la reconstrucción civil de la izquierda en Colombia. Allí confluyeron el MOIR, el PCC y un amplio conjunto de movimientos y corrientes a través de un *Ideario de Unidad* en el cual se tomó una posición clara respecto a la contradicción entre objetivos políticos y medios bélicos: “El empleo de las armas para la solución de los conflictos contradice los métodos y los propósitos que propugna nuestro Partido” (PDA, 2012).

Esta unidad se vería progresivamente fragmentada inicialmente por divisiones internas y posteriormente por la aparición de un nuevo actor político que generó presiones desde el exterior: el movimiento Marcha Patriótica. Esta organización fue fundada en el 2012 con la intención de presionar la firma de acuerdos de paz entre gobierno y guerrillas. Aunque desde su nacimiento fue considerada un brazo político de las FARC-EP, sus líderes negaron esas acusaciones e incluso se definieron como opuestos a la lucha armada. Andrés Gil, uno de sus voceros, afirmó: “no hay más armas que las ideas, y aunque podemos coincidir con la insurgencia en algunas de ellas, hay algo que no compartimos ni compartiremos y es el uso de las armas para acceder al poder” (El Espectador, 2012a). Estas declaraciones, constantes y reiterativas, no tuvieron credibilidad para varios miembros del Polo, quienes consideraron que Marcha Patriótica “era ambigua respecto a sus supuestos vínculos con las FARC” (Cruz y Thahir, 2017: p.

⁷ La centralidad de la lucha armada como sentido común en gran parte de la izquierda colombiana se evidencia en que, si por fuera de la izquierda la combinación de las formas de lucha ha sido cuestionada por acudir a la violencia armada, al interior del campo revolucionario el objeto de crítica ha sido la participación electoral. Gilberto Vieira, líder histórico del PCC, afirma que “otras agrupaciones de la izquierda revolucionaria colombiana que sostenían como programa y como principio la abstención electoral” criticaron a aquel partido por participar de la lucha electoral (entrevista en Harnecker, 1988: p. 31).

⁸ Tal vez uno de los ejemplos más insólitos sea el de miembros desmovilizados del Ejército Popular de Liberación (EPL) quienes se sumaron a grupos paramilitares para defender su vida, a raíz de la persecución de las FARC-EP en su contra después de firmar un acuerdo de paz en 1991.

202). No obstante, el PCC sí la apoyó por lo cual fue expulsado por el Comité Ejecutivo del Polo, que definió la actuación de aquel como opuesta al *Ideario de Unidad*.

El Congreso de los Pueblos constituye otra irrupción en el campo de izquierda que, al igual que Marcha Patriótica, es objeto de sospecha. Su nacimiento estuvo liderado por el movimiento indígena del suroccidente colombiano, lo cual se expresó en un énfasis en la autonomía de los procesos sociales frente a actores políticos y armados (Ortiz, 2016). Este movimiento convocó a un *Congreso* de organizaciones populares en el 2010 como espacio de convergencia entre movimientos sociales multisectoriales. Entonces arribaron tendencias de izquierda que lo pensaron como un espacio de “poder popular”. Esta concepción del poder que enfatiza la democracia directa y asamblearia no ha sido enunciada únicamente desde actores sociales. También tiene una historia específica al interior del Ejército de Liberación Nacional como curso de acción que combina la lucha armada y la lucha social⁹. Aunque activistas que la promuevan pueden partir de genealogías discursivas distintas e incluso rechazar el uso de las armas, la ambigüedad en la posición sobre la violencia, la carga del poder popular como decisión estratégica de una guerrilla específica y la reivindicación de figuras como la de Camilo Torres –“el cura guerrillero”- en organizaciones participantes del Congreso de los Pueblos, han llevado a éste a ser un blanco frecuente de señalamiento de adscripción al ELN.

Las Dignidades Agrarias hacen parte de las organizaciones sociales afines al MOIR. Por ello Jorge Robledo, figura política de mayor reconocimiento no sólo de este movimiento sino también del Polo, sería uno de los actores a quienes se aludiría constantemente de infiltrar, con fines electorales, las protestas sociales y específicamente el PNA. La acusación de infiltración de las FARC recaería principalmente en la MIA, perteneciente a Marcha Patriótica. Finalmente, el CNA es fundador del Congreso de los Pueblos. Pertenencia discursiva y organizativa al campo de izquierda serían la fuente en la cual beberían las acusaciones sobre la inautenticidad

⁹ En esta mezcla se asume que la lucha armada sigue a una vanguardia social que marca el camino autónomamente. De esta forma se suele poner en peligro a múltiples actores sociales que no necesariamente saben, comparten o han decidido ser la punta de lanza de una guerrilla. El caso de *A Luchar* (AL) movimiento surgido en los 80s es paradigmático. A pesar de que “no toda la gente que estuvo en los puestos de dirección de AL se hallaba comprometida con el ELN” (entrevista a militante ELN en Espinosa, 2013: p. 66), el movimiento en su conjunto fue perseguido como una organización insurgente.

de los líderes campesinos. Pero además el campo en su conjunto ha sido el principal teatro de operaciones del conflicto armado. La MIA y el CNA hacen presencia en zonas altamente conflictivas en donde el Estado disputa la soberanía con organizaciones armadas de diferentes tipos. El control de territorios enteros por parte de tales organizaciones lleva a considerar que en efecto cualquier movimiento social que surja de allí debe tener alguna relación con actores armados.

4.1.2. Acusaciones de infiltración y respuestas civiles en la antesala al PNA

La visión de los convocantes del paro como anticiviles o bélicos no se daría por sentada, sino que requeriría de esfuerzos del gobierno y otros críticos del paro de comunicar una narrativa que definía a los líderes como engañosos y alertaba sobre la amenaza al orden público. Este guion sería utilizado a lo largo de las protestas campesinas que antecedieron al PNA. En la primera mitad del 2013, las Dignidades lideraron manifestaciones sectoriales por medidas de protección a la crisis en el cultivo de café, papa y cacao. El Paro Cafetero llamó especialmente la atención al tratarse de un cultivo icónico en el desarrollo económico nacional. Además, entre julio y agosto hubo una serie de bloqueos en la región del Catatumbo, ubicada en el oriente colombiano en límites con Venezuela, liderados por organizaciones pertenecientes a la MIA y al CNA con la exigencia de reconocimiento de territorios colectivos para el campesinado y políticas de sustitución de cultivos de uso ilícito. En ambos casos el gobierno intentó desacreditar a sus líderes. Al cuestionar su carácter civil, sugirió la pertenencia a un peligroso y violento campo insurgente.

El primer argumento del gobierno y críticos del paro constituyó un discurso civil de represión. En vista de que en el 2014 habría elecciones presidenciales y legislativas, se dijo que los líderes campesinos escondían intereses electorales. Se comunicó que sus relaciones se basaban en el interés personal, la codicia y el cálculo. En una nota del 1 de julio, el periódico económico Portafolio declaró que los organizadores de estos paros tenían “el plan de recoger su propia cosecha: la política”, y respaldó esta idea en las

afirmaciones de algunos líderes sobre su “interés de aspirar a cargos de elección popular” (Portafolio, 2013a).

También se afirmó que los líderes no eran autónomos sino dependientes respecto a “congresistas o políticos locales y regionales, que ayudan a movilizar a las comunidades” (Portafolio, 2013a). El presidente Juan Manuel Santos afirmó que tras las movilizaciones estaban “los intereses de los politiqueros que quieren aprovecharla para ganar las elecciones, para pescar en río revuelto” (Semana, 2013a). De este modo, las protestas no buscaban ampliar un horizonte de inclusión, sino que perseguían mezquinos intereses instrumentales y personalistas. Sólo objetivos electorales -y específicamente la intención de erosionar las aspiraciones reeleccionistas del gobierno- podrían explicar el respaldo de actores de derecha a líderes de izquierda. Luis Eduardo Garzón, alto consejero del gobierno para el diálogo social, planteó que este apoyo se basaba en la “lógica que dice que el enemigo de mi enemigo es mi amigo [...] intereses diferentes, pero una voluntad verdadera: debilitar a Santos” (El Tiempo, 2013a).

La atribución de dependencia de los organizadores apuntó a la relación entre las Dignidades y el MOIR. Jorge Robledo, la cara más visible de este movimiento, fue acusado de tener intereses electorales en el paro y de promover la violencia. El presidente Santos anunció tener “información precisa de un senador de la República que se muestra como defensor de los campesinos y de la protesta social, pero lo que quiere es violencia” (Semana, 2013a). Fernando Carillo, ministro del Interior, expresó que información recolectada tras una captura de personas que portaban explosivos evidenciaba una “comunicación directa y gravísima que indica una relación cercana con el señor Óscar Gutiérrez, líder de Dignidad Cafetera” (Semana, 2013a) y cercano al MOIR.

La acusación contra Robledo reflejaría el desplazamiento del gobierno hacia una clasificación bélica de la protesta que sería aún más clara en relación con los bloqueos en el Catatumbo. En este caso, las protestas serían definidas como propias de un campo insurgente frente al cual eran requeridas respuestas de fuerza. El gobierno afirmó tres tipos de razones por las cuales la guerrilla infiltraba los bloqueos. En primer lugar, a través de las protestas se podría traducir el poder militar en poder político. El ministro Carrillo

dijo que “la protesta social, lamentablemente, ha sido históricamente vulnerada por los actores armados ilegales, quienes la aprovechan para tratar de lograr objetivos de carácter político electoral” (El Tiempo, 2013b). En segundo lugar, las exigencias de los campesinos en el Catatumbo apuntarían a conquistas territoriales estratégicas para la guerrilla. Alejandro Navas, comandante de las Fuerzas Militares, aseguró que las Zonas de Reserva Campesina en el Catatumbo darían a las FARC “influencia sobre un territorio autónomo cercano a la frontera con Venezuela y a otra zona de reserva que se pretende en el Cesar” (El Tiempo, 2013c). Finalmente, se alegó que a través de la movilización social el gobierno era presionado a llegar a acuerdos favorables en los diálogos de paz en curso en ese momento con las FARC en Cuba. Carillo alertó que se buscaba “incendiar el país” para “incidir en la mesa de la Habana” (El Tiempo, 2013b).

Así como las Dignidades fueron calificadas como instrumentos electorales al servicio del Polo, la MIA y el CNA fueron consideradas correas de transmisión de guerrillas específicas. La periodista Salud Hernández planteó que “Ascanca (Asociación Campesina del Catatumbo) adscrita a Marcha Patriótica, es cercana a las Farc [...] mientras que Cisca (Comité Intersectorial del Catatumbo) es del ámbito del Eln” (Hernández, 2013a). César Jerez, líder de la Asociación Nacional de Zonas de Reserva Campesina (ANZORC), fue el mayor objetivo de imputaciones insurgentes. Se afirmó que no se trataba de un campesino sino de un miembro de las FARC-EP. Juan Carlos Pinzón, ministro de defensa, publicó en Twitter “Hay zonas donde nos quieren montar marchas y los líderes ni son campesinos, vienen de Europa” (Mindefensa, 2013a). El Tiempo informó que Pinzón se refería a Jerez, quien “no es propiamente un labriego. Es un geólogo de la Academia Estatal Azerbaijaniana de Petróleos (antigua Unión Soviética)” (El Tiempo, 2013d). Enseguida complementó que según organismos de inteligencia el líder de ANZORC “conocido como 'El profe', pertenece al partido comunista clandestino y ha sido un activista de propuestas de las Farc con Europa” (El Tiempo, 2013d).

En las contestaciones de convocantes y actores de izquierda sobre sus intenciones e identidades predominó un tono civil. Respecto a los intereses electorales de los convocantes, estos no sólo no fueron negados, sino que incluso se consideraron como fuente de ampliación democrática. No se trataría de fríos y mezquinos cálculos

electorales sino, por el contrario, de maneras de ampliar el horizonte de solidaridad civil. Se planteó que, tal como estaban conformadas, las instituciones públicas no eran representativas del campesinado. William González, líder de Dignidad Cafetera del Huila, manifestó “Yo no estoy aspirando a ningún cargo político, pero creo que los productores de café del Huila lo debemos hacer porque en este momento no tenemos ninguna representación significativa en las entidades donde se toman las grandes decisiones sobre el sector” (Portafolio, 2013a).

Cuando se denunciaron los vínculos de Robledo con las Dignidades, varios congresistas expresaron su solidaridad y controvirtieron el carácter civil del gobierno. Se reprocharon tanto las acusaciones “irresponsables” (Iván Cepeda Castro, 2013a) sobre este senador como el intento de “criminalizar la protesta” (Ángela María Robledo, 2013a). En un desarrollo de los acontecimientos poco común, este apoyo no sólo provino de actores de izquierda sino también de derecha. José Obdulio Gaviria, ideólogo del partido de derecha Centro Democrático, criticó el tono de Santos como autoritario más que demócrata: “[@JuanManSantos](#): catadura dictatorial te lleva a descalificar a todo el q te contradiga. Dejé ese cuento de mano negra de izq o der. Goberná!” (2013a).

Por su parte, Jerez tachó la actuación del gobierno en su caso como autoritaria y arbitraria. Éste obviaba el debido proceso judicial y utilizaba un marco de guerra con un ciudadano. En el programa *Ultima Edición* de Canal Caracol, interpelado por el entrevistador sobre su identidad real, respondió que era víctima de un montaje de inteligencia militar y que la Fiscalía era la encargada de aclarar el caso:

“Yo soy un civil, conmigo se debe aplicar claramente el principio de distinción, hace 15 años trabajo con una organización campesina. La organización campesina del Valle del Río Cimitarra. Yo soy una persona pública [...] Si el Ministerio de Defensa está filtrando esos archivos en medios de comunicación para buscar un montaje judicial que finalmente termine encarcelándome pues debe actuar a través de la Fiscalía que es la entidad competente” (Luis Alejandro Rojas Rodríguez, 2013).

Los voceros de ASCAMCAT publicaron una nota en la cual describieron sus “verdaderas vidas” como líderes campesinos y reprendieron la “campaña de desprestigio” con base en la cual “Se busca deslegitimar la protesta, a sus voceros y dar carta blanca

para el uso de las armas de fuego contra los manifestantes campesinos y abrir el camino a futuras judicializaciones y encarcelamientos” (Agencia Prensa Rural, 2013b). Finalmente, Jerez también calificó al gobierno como engañoso y su respuesta a la movilización como pasiva: “llevamos 38 días de protestas campesinas, 4 personas asesinadas, 4 campesinos asesinados por la fuerza pública, decenas de heridos, y 0 respuestas por parte del gobierno colombiano hasta el momento” (Luis Alejandro Rojas Rodríguez, 2013).

En conjunto, el gobierno hizo una lectura sobre las protestas que antecedieron al PNA que alternó entre un discurso civil y un esquema bélico bajo una narrativa de amenaza al orden público. En tono civil, el presidente afirmó que respetaba la protesta como una acción ciudadana legítima. En un tono bélico cuestionó las acciones de oposición como intenciones de desestabilizar el orden público. La expresión “incendiar el país” utilizada por Carillo para referirse a la intención de los manifestantes en el Catatumbo condensó cómo el desafío al orden civil implicaba, en la visión del gobierno, más una amenaza antagonista que una acción legítima propia de una democracia adversarial. El propio Carrillo entendió de este modo la coincidencia entre actores de derecha y de izquierda: “los extremos se están uniendo para tratar de deslegitimar la acción gubernamental y generar un caos generalizado en el orden público” (El Tiempo, 2013b). De este modo, el gobierno se representó a sí mismo como amenazado por todo tipo de actores y descalificó la agencia y autonomía de los manifestantes.

En un desenlace de los acontecimientos nada predecible, la lectura que se hizo desde actores de derecha otorgó mayor agencia a los campesinos. Aunque desconfiaban del trasfondo de izquierda, las protestas fueron vistas como algo más que un instrumento de la guerrilla. La impureza de los líderes no contradecía el hecho de que hubiera reclamos justos. Salud Hernández escribió que, aunque “la infiltración de las Farc” era evidente en el Catatumbo, “una buena parte de los que participan lo hacen de buena fe, convencidos de que tiene que aprovechar esta oportunidad para conseguir lo que siempre les han negado” (2013a). Jorge Robledo cuestionó el guion del ministro de Defensa respecto a la presencia insurgente en el paro cafetero “Si el día de mañana no hay FARC ¿a quién le van a echar la culpa de todas las protestas ciudadanas?”.

Enseguida propuso una metáfora cuyo sentido compartirían muchos de quienes apoyarían el PNA en los meses siguientes:

“Hay un cafetal con 5000 palos de café y de pronto hay una mata de plátano en la mitad. Y entonces yo le digo a eso ‘cafetal’ y el ministro dice ‘no, platanal’. ¿De eso es de lo que se trata? O sea: 100000 cafeteros en las calles y alguien que de pronto no lo es, o que está haciendo una cosa que no debe ser ¿y ese es el que les marca el carácter a las cosas? No, eso era un paro de cafeteros, de gentes de bien, de gente honrada, conocida toda” (Jorge Robledo TV, 2013).

Cuando inició el PNA distintos actores coincidieron en esa idea. El gobierno, por el contrario, acudió de nuevo al guion de infiltración y amenaza al orden público.

4.2. Bloqueos de vías: ¿justos reclamos o desafío al orden público?

Los convocantes al paro acordaron el 19 de agosto como momento de inicio. Las semanas previas a ese día, declararon que, de abrir un espacio de diálogo, el gobierno podría evitar las manifestaciones. Éste insistió en que no había razones para protestar porque se habían puesto en marcha soluciones; y reiteró que no se tolerarían afectaciones al orden público.

El día anunciado iniciaron las movilizaciones. La puesta en escena elegida fue el bloqueo de vías. Piedras, llantas, troncos y ramas fueron apostados en carreteras intermunicipales. A un costado de las vías instalaron carpas en donde dispusieron alimentos, ropas y todo tipo de implementos necesarios para permanecer allí por un tiempo medianamente prolongado. Materialidades icónicas asociadas al campesinado expresaron la identidad de sus protagonistas: machetes, botas, sombreros e implementos regionales específicos como ponchos en zonas calientes y ruanas en zonas frías¹⁰, fueron distribuidos a través de imágenes en prensa, televisión y redes sociales digitales.

¹⁰ La ruana es una prenda de vestir adecuada para las bajas temperaturas de los pisos altos de Boyacá, así como de otras zonas de los Andes colombianos. Consiste en una pieza de lana cruda de oveja, de forma cuadrada o rectangular con un hoyo en forma de rombo en el centro a través del cual pasa la cabeza para que el resto de la tela caiga como una cobija sobre la parte superior de quién la viste. Se asemeja a un sarape mexicano, pero sin grabados ni terminaciones decorativos. También se parece a otras prendas suramericanas, los ponchos, cuya presencia en

Al impedir el paso de vehículos, los manifestantes alteraron la cotidianidad de los viajeros e interrumpieron la circulación de mercancías a lo largo de todo el territorio nacional. Tal como había avisado, el gobierno hizo uso de la fuerza para restablecer el orden. Los enfrentamientos entre manifestantes y policías antidisturbios fueron comunes. Hubo lugares que fueron militarizados. A través de la columna escrita por Alfredo Molano en *El Espectador* es posible acercarse la experiencia directa de estos bloqueos, en este caso en el suroccidente del país (ver mapa 1 en la página 59):

“Entre adormilado y fantasioso iba viajando el martes desde Cali hacia Popayán. Una carretera que después de pasar los aburridores cultivos de caña de azúcar del valle se vuelve interesante y bella en la loma. Adelante de Piendamó un pasajero gritó: ‘¡Ahí vienen!’, como si los estuviera esperando.

La buseta frenó detrás de un bus que había frenado detrás de un camión. Miré por la ventanilla y vi que de las lomas que dan al occidente bajaban saltando cercas cientos de campesinos negros. Gritaban y agitaban largos garrotes; la mayoría cargaban pequeños morrales. No había salido de mi asombro, cuando vi que del lado opuesto llegaban otros tantos indígenas con la misma actitud, aunque un poco menos nerviosos, seguramente por la práctica que tienen de tomarse la carretera Panamericana. Mezcladas las corrientes, atravesaron los vehículos, les desinflaron las llantas y nos ordenaron a todos los nerviosos y obedientes pasajeros que nos bajáramos porque ‘la joda va para largo’. En dos minutos ya eran 20 carros, entre ellos un carrotanque que desocuparon y un camión lleno de ladrillos que repartieron. Dieron paso a una ambulancia y a dos camiones del Ejército. Cinco minutos después, los soldaditos regresaron a toda velocidad viendo que seguía concentrándose más y más gente en la carretera. Iban asustados y sudorosos. Me atreví a preguntarle a uno de los manifestantes de dónde venían y me respondió: ‘A usted qué le importa, pregúnteme más bien a qué venimos’. Se lo pregunté: ‘A quedarnos’, me respondió con calma. Era evidente: algunos traían ollas y otros, costales con yuca y plátano. No vi niños, como dijo después la Policía, y había pocas mujeres, la mayoría indígenas. Los pasajeros, que éramos ya peatones, comenzamos a caminar con nuestros bártulos cuando vimos dos aviones militares sobre lo que ya era un monumental trancón. Al rato llegó un helicóptero. El culillo aumentaba a lo largo de la vía;

Colombia puede encontrarse en zonas de Antioquia, el Eje Cafetero, Valle del Cauca y, ocasionalmente, la Costa Caribe. En departamentos del suroccidente (Cauca, Nariño y Putumayo) es común el uso de sayos por parte de comunidades indígenas.

todos sabíamos que en cualquier momento llegarían las cuadrillas del Esmad [Escuadrón Móvil Antidisturbios] con sus granadas y su violencia. El miedo se transformaba en rabia y en ganas de pelear” (Molano, 2013a).

El 20 de agosto la policía de carreteras registró el cierre de 15 vías a causa del paro (El Espectador, 2013a). Desde los primeros días la prensa reportó que las situaciones más críticas se vivían en los departamentos de Boyacá, Cundinamarca y Nariño. Rápidamente la atención pública se concentró en la situación de Boyacá, donde para el 22 de agosto ya había 12 puntos bloqueados (El Tiempo, 2013e). La centralidad que ocuparon los campesinos de este departamento y la presencia mediática de César Pachón, líder de Dignidad Paperera de esa zona donde los manifestantes vistieron la ruana, se expresó en el nombramiento del paro como la “rebelión de las ruanas”¹¹.

El gobierno exigió el levantamiento de los bloqueos como condición para negociar, pero los líderes insistieron en que eso no sucedería hasta que tuvieran garantías de que los acuerdos serían cumplidos. Bloquear las vías era considerado el último recurso utilizado para llamar la atención sobre su situación, una decisión a la que se veían obligados. Cesar Pachón justificó la negativa de los convocantes en la desconfianza generada por negociaciones anteriores: “Dos veces les hemos creído (al Gobierno). El primer paro lo hicimos el 16 de noviembre de 2011 y el segundo fue ahorita el 7 y 8 de mayo, cuando nos dijeron: ‘levanten los bloqueos y negociamos’. Les hicimos caso y levantamos los bloqueos. Y qué nos han hecho: simplemente unas actas y debaten el tema. Pueden pasar años y no va a haber resultados” (Noticias RCN, 2013a).

Críticos del paro compartieron la narrativa del gobierno: al desafiar el orden público, los bloqueos revelaban un carácter anticivil y posibles infiltraciones de actores ajenos al campesinado. La respuesta ante acciones de este tipo no podría ser el diálogo. Por el contrario, para defensores del paro no sólo los bloqueos eran justos y necesarios, sino que el carácter engañoso provenía de un gobierno autoritario, incoherente y

¹¹ Por ejemplo, en el programa de RCN, *Especiales Pirry*, el episodio dedicado al paro se llamó “La Rebelión de las Ruanas” (Aurelio Suárez, 2013). Con este mismo nombre se refirió el diario La República a la movilización (La República, 2013a). Igual fue el caso de la Revista Semana (2013f). El artículo académico con que Cruz-Rodríguez (2017) trataría esta movilización apelaría al mismo nombre. Gabriel Forero utilizaría el término “revolución” (La República, 2013b).

arbitrario. En esta disputa sobre la legitimidad de gobierno y manifestantes se evidenció cómo formas diferentes de codificar la legitimidad social coincidieron en formas comunes de apoyar al PNA.

4.2.1. Interpretaciones sobre los bloqueos en la esfera pública

Desde que el paro fue convocado no hubo un gran desacuerdo respecto al carácter injusto de la situación del campesinado. Desigualdad, abandono, deuda histórica y exclusión fueron palabras ampliamente usadas para referirse a la situación del campo. Parecía una verdad autoevidente la existencia de un campesinado victimizado por un orden excluyente y violento. El presidente Juan Manuel Santos afirmó que reconocía esa situación y que por ello tenía “la mejor disposición” para llevar a cabo acciones de reparación hacia los campesinos, “sobre todo aquellos por ejemplo que han sido despojados de sus tierras” (Presidencia de la República – Colombia, 2013a). José Félix Lafaurie, reconocido líder ganadero de derecha comentó que la protesta era legítima “porque sus causas lo son” (Lafaurie, 2013a).

A pesar de este mínimo consenso sobre la existencia de una “crisis del campo”, la discusión sobre sus causas y las medidas necesarias para reparar la injusta situación del campesinado fue subordinada a una disputa más amplia que giró en torno a los bloqueos de vías como formas legítimas de protesta.

4.2.1.1. Infiltración y el desafío al orden público: la respuesta oficial

El gobierno sustentó sus reparos al paro en una la oposición entre dos tipos de acciones: por un lado, había protestas pacíficas (por ejemplo, marchas y concentraciones), acciones civiles que merecían el respeto y convocaban al diálogo, por el otro, había acciones violentas o “vías de hecho” (como disturbios y bloqueos de vías) que constituían expresiones anticiviles que atentaban contra el bien común y merecían judicialización y represión. Un video de la Presidencia de la República representaba así esta oposición:

“Protestar es válido, los bloqueos no. Manifestarse es válido, los incendios no. Oponerse es válido, la violencia no. Los bloqueos y la violencia encarecen el costo de los alimentos, causan la pérdida de vidas humanas, destruyen empleos, perjudican a personas inocentes, destruyen al país. Si cree que tiene razones para protestar hágalo de manera pacífica” (Presidencia de la República – Colombia, 2013b).

El gobierno comunicó el carácter anticivil de los bloqueos de dos formas. Por un lado, generaban un desbalance entre el derecho a la protesta y los derechos de quienes no se manifestaban. El ministerio del Interior solicitó a las autoridades ejecutivas a nivel departamental y local tomar “las medidas preventivas y correctivas necesarias para el mantenimiento y restablecimiento del orden público” en los casos en que se obstaculizara “de manera temporal o permanente, selectiva o general, las vías o la infraestructura de transporte de tal manera que atente contra la vida humana, la salud pública, la seguridad alimentaria, el medio ambiente o el derecho al trabajo” (El Espectador, 2013b). Por otro lado, hubo un énfasis en la violencia de los bloqueos, caracterizada por Santos como decididamente irracional: “Hemos encontrado personas y grupos de personas que han querido estimular la violencia y que sin razón alguna agreden a la fuerza pública” (Presidencia de la República – Colombia, 2013c).

Afectación a la sociedad colombiana y violencia irracional fueron cobijadas bajo la idea de desafío al orden público. Se afirmó que no todos los participantes en el PNA compartían la misma intención de desestabilización. Santos diferenció entre “verdaderos campesinos”, quienes “en forma legítima” tendrían “reclamos válidos”, e “infiltrados”, quienes “no tienen como interés primordial el interés de los campesinos” (Presidencia de la República – Colombia, 2013c). Así se opuso la racionalidad, autonomía, autocontrol y razonabilidad de los primeros a la irracionalidad, dependencia, histeria y apasionamiento de los segundos. Al igual que en las protestas campesinas precedentes, se sugirió que la infiltración provenía de actores que coincidían en su oposición al gobierno. Luis Eduardo Garzón, ministro de Dialogo Social, afirmó sobre sus identidades: “Es Robledo, no el Polo; ahí también está Álvaro Uribe, y diría que Marcha Patriótica” (El Tiempo, 2013a).

Los infiltrados eran considerados, no sólo engañosos, sino también violentos. Palomino, director de la Policía Nacional, hizo un llamado a que los campesinos no se

dejaran “persuadir ni manipular por cantos de sirenas de aquellos que quieren convencerlos así sea de manera temporal de cambiar las herramientas de la labranza por perversos artefactos explosivos” (Noticias Caracol, 2013a). En respuesta a los bloqueos fue desplegado un intenso operativo en el que, como lo registró Molano en su crónica, participaron tanto policías como militares. El general Luis Eduardo Pérez, encargado de Seguridad Ciudadana de la Policía Nacional, informo que entre ambas fuerzas contaban con “25 mil hombres y mujeres dispuestos a lo largo y ancho del territorio nacional para contrarrestar cualquier acto que pretenda subvertir el orden público” (NTN24, 2013a).

Medios de comunicación de alcance nacional compartieron la idea de los bloqueos como desafío al orden público en su doble sentido (como afectación a la ciudadanía y como violencia). Los noticieros distribuyeron numerosas notas referidas a los impactos negativos de las protestas: desabastecimiento de alimentos, interrupciones en los servicios de salud, y trabajadores y viajeros -incluso migrantes- que no podían llegar a sus destinos. Guillermo Botero, presidente de la Federación Nacional de Comerciantes (FENALCO) subrayó la contradicción entre el paro y los propios intereses de los campesinos al afirmar que las vías de hecho afectaban principalmente a comerciantes y agricultores, “los productos perecederos se empiezan a perder, los comerciantes no pueden vender. Eso no le conviene al país” (El Tiempo, 2013f).

Los enfrentamientos entre manifestantes y fuerza pública también fueron objeto de amplia difusión. En el cubrimiento de la primera semana de las protestas fue común el iniciar con alusiones al “caos” y la “violencia” generados por los bloqueos. Se subrayó que la violencia también solía recaer sobre ciudadanos ajenos a los enfrentamientos. En el Foro del Lector de El Tiempo, un comentarista expresó “se está perjudicando a personas inocentes que circulan por las carreteras, y los manifestantes, sin medir consecuencias, lanzan piedras a los vehículos y les ocasionan grandes daños” (El Tiempo, 2013g). La violencia también se describió como opuesta al funcionamiento de las instituciones democráticas. El periódico El Espectador publicó un editorial en el que subrayó la irracionalidad como atributo de las manifestaciones y avisó que sus acciones

llevaban a “que la violencia comience a reemplazar los diálogos y las negociaciones, que deben realizarse por los canales institucionales” (El Espectador, 2013c).

La narrativa de la infiltración como explicación del desafío al orden público controvirtió el carácter civil del paro no sólo desde un discurso democrático sino también desde una lógica de guerra. Los infiltrados podrían ser insurgentes. Un columnista expresó claramente el desplazamiento hacia la clasificación bélica: “la estrategia de los bloqueos habla por sí sola y se percibe que estos golpes puntuales de obstaculizar las vías es táctica heredada de la guerra de guerrillas en la que las Farc y el Eln son verdaderos expertos” (Prado, 2013a). Declaraciones de apoyo al paro por parte de miembros de las FARC fueron vistas como pruebas en favor de esta interpretación, a las cuales se sumaron nuevas evidencias en las protestas: “Según las autoridades en algunas de las revueltas se encontraron panfletos con el logo terrorista de las FARC” (NTN24, 2013b). El paso de la discusión pública a la desconfianza fundada en una situación de guerra fue tomado en serio por actores armados contrainsurgentes que consideraron a las organizaciones agrarias como enemigas. Algunos líderes recibieron amenazas de grupos paramilitares que los tacharon de ser miembros de la guerrilla (Noticias Uno, 2013a).

La lógica contrainsurgente fue compartida desde el campo de la derecha. Félix Lafaurie tituló a su columna “Pescando en río revuelto”, frase enunciada en varias ocasiones por el ministro del Interior, en referencia a actores oportunistas que estarían aprovechando el descontento social para perseguir sus intereses egoístas. Estos oportunistas encarnaban los atributos del enemigo: “aprovecha las expresiones legítimas de inconformidad para promover la cultura de las armas y la violencia, el bloqueo de vías y el irrespeto a la autoridad” (Lafaurie, 2013a). Desde su discurso de hacienda, el desafío al orden público se entiende como caos, desaparición de la armonía colectiva. En este sentido, calificó al enemigo infiltrado con los rasgos propios del contracódigo del bandido (barbarie, ignorancia y crueldad): “Las Farc nunca han representado los intereses del campo, del que han sido sus verdugos y solo le han dejado 50 años de barbarie y atraso (Lafaurie, 2013a).

No obstante, la posición de la derecha no fue crítica con el PNA en su conjunto. Miembros de este campo rechazaron las actuaciones del gobierno, al que consideraban engañoso, y enfatizaron que, en términos de Robledo, el paro era un cafetal civil más que un platanal insurgente. El mismo Lafaurie resaltó que reconocía el “derecho a la ‘calle’” y planteó que “Lograr la visibilidad del drama que afrontan los productores rurales se volvió imperativo ante la pasmosa indiferencia estatal” (Lafaurie, 2013a). La columnista Paloma Valencia ni siquiera criticó los bloqueos, “propiciados por el descontento social y la ausencia de diálogo ciudadano”, sino al presidente, quien “optó por ignorar el problema” (Valencia Laserna, 2013a).

La crítica al gobierno por parte de actores que compartían una visión contrainsurgente de la protesta social evidenció hasta qué punto el mensaje oficial sobre el paro no era convincente. Éste daba una importancia exagerada a la infiltración para justificar su indiferencia frente a la situación del campesinado. Podrían tener reparos frente a la autenticidad de algunos manifestantes, pero actores de derecha y de centro consideraron al PNA en su conjunto como una protesta legítima. Lo que había en juego parecía ser más que una amenaza al orden público. El gobierno, representado como un actor antagónico, no era confiable.

4.2.1.2. Crítica a la respuesta oficial y apoyo al paro

Convocantes al paro justificaron los bloqueos en su incredulidad sobre la voluntad del gobierno de solucionar el conflicto democráticamente. Las intenciones de diálogo anunciadas por Santos fueron consideradas como falsas con base en los antecedentes de las protestas campesinas previas, su negativa a instalar una mesa de diálogo nacional y principalmente el tratamiento de orden público dado al PNA y la acusación de infiltración. Para los manifestantes si había una fuente de infiltración era la propia fuerza pública. En varias ocasiones retuvieron a miembros de la policía y el ejército que se hacían pasar por participantes de las protestas. Para dotar de legitimidad a su actuación, campesinos en Pipiral (Meta) solicitaron la intermediación de la Defensoría del Pueblo en la entrega de 6 militares retenidos a la Policía Metropolitana (El Tiempo, 2013h).

La circulación de videos de abuso policial a través de redes sociales contribuyó a difundir el mensaje de que la violencia provenía de la fuerza pública no de los manifestantes. El director de la Policía Nacional anunció que abriría una investigación a raíz de las imágenes de un ciudadano golpeado por agentes del ESMAD en Tibasosa (Boyacá) (Semana, 2013b). Líderes de opinión conservadores, liberales y de izquierda criticaron el énfasis del gobierno en el guion de la infiltración y su propensión a la represión. De este modo, desde distintas posiciones se expresó solidaridad hacia el PNA.

Columnistas liberales plantearon dos tipos de consideraciones sobre el papel de la insurgencia en el paro. En primer lugar, hubo un llamado a calibrar adecuadamente el alcance de la infiltración armada. Un comentarista planteó que definir a “esos miles y miles de campesinos que marchan por las carreteras” como guerrilleros, “equivaldría a decir que las Farc son el campo colombiano: y eso no es verdad” (Ospina, 2013a). En una sentida columna, la columnista Patricia Lara aseveró que las descripciones sobre la crisis del campo “no son fabricadas por la subversión ni por la izquierda” y que, aunque éstas aprovecharan “la situación para incrementar el descontento y la protesta”, era claro que era “el modelo de la economía agraria el que está en crisis” (Lara, 2013a).

En segundo lugar, se sugirió un cambio de marco para interpretar la infiltración: ésta revelaba que las FARC estarían acudiendo a repertorios no armados de lucha política y, con ello, anunciaba una transición hacia la paz y el fortalecimiento democrático. En la liberal revista Semana, Antonio Caballero señaló como una obviedad que el PNA tuviera objetivos políticos “Pues claro. Como tienen objetivos políticos quienes condenan los paros desde el gobierno” (Caballero, 2013b); y preguntó si con el acuerdo de paz “¿[...] no se trata precisamente de eso? ¿De que la confrontación deje de ser armada para volverse laboral y social? (Caballero, 2013c).

Ambos tipos de interpretación civil -infiltración calibrada adecuadamente o enmarcada en un escenario transicional- reprobaron la lógica contrainsurgente puesta en marcha por el gobierno. A esta descalificación contribuyó también la representación del campesinado como víctima del conflicto armado. El caricaturista Bacteria dibujó la oposición entre la identidad real del campesinado (vestido de ruana, botas, llevando un azadón y con una postura sumisa) frente a los intentos de descalificación bélica del

gobierno (trazos superpuestos que apuntaban a falsear al campesino al dotarlo con materialidades propias de la guerrilla como un pañuelo que cubría su boca, un brazalete, y una AK47 dibujada sobre el azadón), y simultáneamente escribió un mensaje de alerta sobre cómo el guion de la infiltración revivía, de otro modo, el drama de los falsos positivos¹² (ver Imagen 1).



Imagen 1. “Favor” por Bacteria. Fuente: Blog de Bacteria

Además de no tener suficiente credibilidad, la narrativa de la infiltración fue considerada como una expresión de las cualidades anticiviles del gobierno. La afirmación de que “los labriegos están siendo utilizados por la guerrilla” fue calificada como “cínica” (Molano, 2913a). También se leyó como una contradicción con los intereses reformistas expresados por el presidente. Un columnista escribió que “Las frases que anuncian cambios no han sido pocas”, por lo tanto “La gente se está levantando para buscar que estas promesas se hagan realidad” (Valencia, 2013a). Otro enumeró una a una las contradicciones de Santos no sólo en su manejo del paro sino en todo tipo de decisiones, y concluyó “Es como si el presidente fuera el doctor Sí en el día, afirmando con entusiasmo sus convicciones, y por la noche descubriera que en realidad es el doctor No,

¹² Los falsos positivos fueron un drama humanitario derivado de la política del conteo de cuerpos llevada a cabo durante los gobiernos de Álvaro Uribe (2002-2006 y 2006-2010). Civiles fueron asesinados y hechos pasar por guerrilleros para aumentar las estadísticas de victorias (positivos) de los militares. El escándalo en la opinión pública ante la revelación de este fenómeno ocurrió cuando Santos era ministro de defensa de ese gobierno.

y se revolcara en la necesidad de echar para atrás todas las cosas” (Ospina, 2013a). Además de la incoherencia, el carácter anticivil del gobierno se evidenciaba en su arbitrariedad y personalismo -“atiende con bastante eficacia a los grandes empresarios, pero [...] es sordo frente a las aspiraciones de campesinos y medianos propietarios” escribió el economista Salomón Kalmanovitz (2013a)-; así como en su manifiesto autoritarismo –la columnista María Elvira Bonilla dijo que “Su comportamiento está crecientemente marcado por un autoritarismo verbal, por verdaderas bravuconadas con las que pretende mostrar mando, firmeza y control de las situaciones” (Bonilla, 2013a).

Desde la derecha hubo puentes con la primera forma en que se cuestionó civilmente el guion oficial: era necesario calibrar el alcance real de la infiltración. Se dijo que el gobierno era incapaz de separar “el grano de la paja” al preferir “subestimar el fermento real del malestar social y menospreciar la protesta pacífica” (Lafaurie, 2013b). El columnista Darío Acevedo tachó de “inaceptable” ver “guerrilleros infiltrados” a quienes participaban de “la justa protesta campesina”, dijo que era una “infamia” ordenar a los policías “reprimir y perseguir a la gente más sufrida del país”, y un “grave error sobredimensionar la capacidad de las guerrillas” (Acevedo, 2013a).

En cambio, hubo una interpretación opuesta sobre la relación entre protesta y proceso de paz que, paradójicamente, derivó en un apoyo al PNA a través del discurso de Hacienda. En esta codificación, los campesinos fueron visto como peones legítimos por contraste con los guerrilleros, bandidos frente a los cuales el gobierno estaba cediendo su autoridad. En referencia a los diálogos con las FARC, la columnista Paloma Valencia afirmó que “el pueblo” era “golpeado por un Gobierno dispuesto a perdonar grandes crímenes, pero implacable con los bloqueos de campesinos desesperados” (Valencia, 2013a). Al cuestionar la decisión del gobierno de continuar la negociación de paz sin exigir el cese de acciones armadas, el conservador Alejandro Ordoñez, Procurador General de la Nación, preguntó “Si a los que están en paro les dicen que para hablar deben cesar sus acciones, por qué a la guerrilla no” (El Tiempo, 2013i). El tratamiento dado a los guerrilleros indicaba que el gobierno estaba doblegándose frente a los bandidos. Al hacerlo, ponía a Colombia “como nunca antes” en un “grande peligro” (Mackenzie, 2013a). El expresidente Álvaro Uribe afirmó que Santos permitía al país

“desintegrarse en la desesperanza” al concentrarse exclusivamente en negociar con la guerrilla (Cablenoticias, 2013a).

La crítica al contraste en el trato dado a guerrilleros y a campesinos fue compartida desde sectores civiles. Jota, un caricaturista que en otros puntos se diferenciaba totalmente de la derecha, plasmó en dos ocasiones la disparidad en los destinos de ambos actores (ver Imagen 2). En la primera, dibujó a una pareja de campesinos (identificados por sus ruanas y un sombrero) que cuestionaban la decisión del gobierno de negociar el tema de tierras con guerrilleros, “grandes terratenientes”, y no con los campesinos. En la segunda, contrasta la cosecha de un campesino (“pérdidas”) con la de un guerrillero de las FARC (“viajes a Cuba, curules al senado”).



Imagen 2. “Santos #ParoNacional Farc” (izquierda) y “FARC La Habana #ParoNacional” (derecha). Por Jota. Publicado en: <https://twitter.com/JotaPinturas>

Columnistas de izquierda expresaron dos tipos de críticas a la idea de interés electoral de la protesta enraizadas en el discurso revolucionario-militante. Desde una posición abstencionista se enfatizó lo absurdo de atribuir intereses electorales a quienes desdeñaban la democracia representativa. Un columnista del Semanario Voz, órgano del Partido Comunista Colombiano, afirmó que “Los sectores de la izquierda no actuamos con base en cálculos electorales, tenemos un plan de largo plazo, no utilizamos la movilización para montar candidaturas” (Córdoba, 2013a), y rechazó que hubiera coincidencia con la derecha porque sus agendas eran “como agua y aceite”. Desde una

posición electoral se ignoró la idea de infiltración y, por el contrario, se insistió en la unidad de izquierda como paso necesario para liderar a las masas hacia un programa político que tradujera el poder social expresado en el conjunto de protestas sucedidas a lo largo del 2013 (Semana Voz, 2013a, y Caycedo, 2013a).

4.2.2. Coaliciones simbólicas y apoyo al PNA.

Al finalizar la primera semana, el PNA era visto como una protesta legítima que expresaba la injusta situación del campesinado. Si bien los bloqueos generaban molestias y no eran compartidos unánimemente como una expresión democrática, su aparición era percibida como una reacción lógica frente a la indiferencia gubernamental, mediática y ciudadana. Un destacado columnista liberal publicó:

“Reconozcamos que los medios de comunicación enseñamos a los ciudadanos que solo hay cubrimiento periodístico cuando estalla un bochinche, y las autoridades, a su turno, solo se inquietan cuando aparece el bochinche en la prensa. La posibilidad de que salga en las noticias una reunión rural muy importante pero sosegada es mínima, al contrario de lo que logran unas buenas llamaradas o algunas vías obstruidas” (Samper Pizano, 2013a).

La idea de infiltración del paro no contó con el apoyo suficiente para desacreditar la movilización. Al contrario, que el gobierno le diera tanta importancia a la protección del orden público fue visto como un rasgo de autoritarismo que reforzaba aún más la impresión de que los campesinos tenían la razón. El 22 de agosto el arzobispo de Tunja (Boyacá), Monseñor Luis Augusto Castro, hizo un llamado al presidente para que dialogara “en lugar de enardecer los ánimos de la gente con sus palabras” y reiteró la idea que predominaba en la opinión pública: “las manifestaciones de ira a veces se necesitan cuando no hay otra manera de hacer ver una situación negativa, como en este caso, la injusticia en la que están viviendo los campesinos” (El Tiempo, 2013j).

Que el paro hubiera alcanzado el grado de apoyo que recibió puede comprenderse a la luz del contexto político del momento. Durante los años que Juan Manuel Santos gobernó (2010-2018) hubo una fuerte oposición de derecha hacia políticas reformistas y

especialmente al proceso de paz. Simultáneamente la izquierda se opuso al modelo económico neoliberal. Como afirmó Córdoba (2013a), las agendas de ambos campos eran como agua y aceite: el primero no cuestionaba el neoliberalismo, mientras que el segundo apoyaba los diálogos de paz. No obstante, durante el PNA ambos campos convergieron en su rechazo a la respuesta oficial a las protestas.

No se trató, sin embargo, de una alianza instrumental a nivel político sino de una coalición simbólica a nivel cultural. Los distintos actores interpretaron la actuación de los campesinos de formas que serían congruentes con las estructuras a través de las cuales clasificaban lo puro y lo impuro en la vida social. Mientras que en un discurso civil el paro fue considerado una “protesta democrática”, desde el discurso de hacienda fue clasificado como una “protesta civilizada” y desde el discurso revolucionario-militante una “movilización de masas”. Por su parte, Santos encarnó los atributos negativos desde estos mismos discursos: autoritario, arbitrario y engañoso; débil frente a los bandidos, arrogante e irrespetuoso; y burgués plegado al imperialismo transnacional.

La coalición era ciertamente paradójica. Mientras expresaban argumentaciones opuestas que evidenciaban hasta qué punto participaban de universos simbólicos distintos, los actores convergían en narrativas comunes. La posición respecto al proceso de paz fue el aspecto más crítico que ilustró esta paradoja. Quienes apoyaron la negociación con las FARC cuestionaron que el gobierno acudiera a un tratamiento de orden público en medio de un escenario de transición, quienes se opusieron al acuerdo con la guerrilla contrastaron el trato dado a ésta con la represión hacia los campesinos. Ambas posiciones convergieron en la idea del presidente como un actor engañoso en cuyas intenciones no se podía confiar.

El gobierno fue considerado un villano tan destacado que la visión de un campesinado víctima no podía recibir más que solidaridad de parte de quienes observaban el escenario. Ya desde los primeros bloqueos varios actores habían buscado posicionar la discusión sobre la situación del campesinado más que sobre el carácter civil o anticivil del paro. Distintos líderes de opinión habían expresado la situación del campesinado como injusta, resultado de un orden violento y excluyente. Samper Pizano declaró que “Para ellos están reservados el despojo sin derecho a queja, el

desplazamiento en silencio, la resignación secular... O, en el extremo de la desesperación, la errada vía de las armas”. (Samper Pizano, 2013a). También hubo numerosas citas de cifras sobre la desigualdad entre el campo y la ciudad que permitían concluir que “cerca de la mitad de la población en el campo es pobre, y la mitad de estos pobres se encuentran en situación de pobreza extrema” (Cuervo, 2013a). La amplia circulación de un documental (“9.70”) que mostraba cómo miembros de la fuerza pública decomisaban semillas a campesinos contribuyó a reforzar la narrativa de victimización a manos de un gobierno opresor. Las imágenes de violencia policial hicieron lo propio.

EL PNA estaba conformado por actores con trayectorias disímiles, con mayores o menores distancias frente a la lucha armada y distintas maneras de traducir sus aspiraciones en un discurso civil. No contaba con un pliego único, sólo con una idea en común: que sus mayores protagonistas eran campesinos y que esta identidad sufría una profunda victimización. Pero quienes lo apoyaban tenían claro que el antagonista estaba profundamente contaminado. Anticivil, peligroso y oligarca. Aunque con el paso de los días crecía la crítica respecto al tratamiento del gobierno a la protesta (respetada pero reprimida y menospreciada), faltaba aún una mecha que prendiera la indignación colectiva. Una alocución presidencial en la que Santos negó la existencia del paro a nivel nacional marcaría el punto de inflexión que provocaría una fuerte reacción ciudadana frente a la cual el gobierno se vería empujado a emprender correctivos en su tratamiento del conflicto.

5. Indignación y solidaridad. Apoyo público al Paro Nacional Agrario

Los actores no tienen control sobre los efectos que pueden desencadenar ni sobre cómo las acciones de otros pueden jugar a favor o en contra de sus aspiraciones. La contingencia es algo con lo que todo proceso performativo debe contar. Los convocantes al Paro Nacional Agrario tuvieron una dosis de fortuna sin la cual es difícil saber si la traducción del poder social de la movilización campesina en el poder cultural de la solidaridad hubiera sido posible. Una alocución en la cual el presidente intentó atenuar la importancia del paro tuvo un efecto opuesto al buscado. Audiencias solidarias indignadas salieron a las plazas urbanas a poner en escena su valoración del paro: este era sentido como real, auténtico y justo. Habitantes urbanos en todo el país manifestaron su descontento frente al gobierno y reivindicaron al campesinado como identidad compartida.

Esta expresión de solidaridad fue el mayor giro dramático del paro. Concentró los reflectores de los medios de comunicación y las redes sociales digitales. Entrevistado por Andres Schipani para el *Financial Times*, el historiador Marco Palacios planteó cómo la dramatización colectiva era necesaria para dar el paso desde una condición de desigualdad hacia una construcción cultural de la misma: si bien “objetivamente, lo que está pasando es que Colombia tiene una serie de demandas históricas que no han sido atendidas”, lo que pasó en el PNA fue que “con el *drama de las protestas*, mucha gente cree que la situación es insostenible” (Schipani, 2013, énfasis añadido). En la misma nota, Cesar Pachón dijo que “los problemas de Colombia *finalmente están ahí para que todos los vean*” y afirmó la importancia de la intervención solidaria para sostener el carácter civil del paro en un contexto de violencia prolongada: “*no podemos perder este despertar del país*, porque es la mezcla de pobreza y violencia la que hace que campesinos pacíficos cambien sus rifles por armas” (Schipani, 2013, énfasis añadido).

Con su irrupción en el escenario, las audiencias solidarias presionaron al gobierno a reconocer el poder civil expresado en el paro y emprender acciones correctivas. El objetivo de este capítulo es presentar los elementos performativos mediante los cuales habitantes urbanos expresaron su valoración de las protestas. Para ello presento los mensajes del gobierno en los que buscó restar pertinencia al paro. A continuación, detallo

los distintos elementos que conformaron el performance de solidaridad ciudadana hacia los campesinos. Esta solidaridad se sustentó en narrativas sobre el campesinado como actor primordial de la vida social (fundador de nación, participé del desarrollo y ancestro familiar) y víctima de violencias de distinto orden (armado, económico y político). Finalmente presento cómo se interpretó el paro desde actores de derecha.

5.1. “El Tal Paro Nacional Agrario no existe”: fracaso de una puesta en escena

En la crítica oficial al paro se combinó la narrativa de desafío al orden público con la idea de que la protesta tenía un alcance menor al indicado por los líderes campesinos. Con esto se apuntaba a enfatizar el predominio de intereses particulares en la protesta, su no representatividad respecto al conjunto del campesinado ni mucho menos de la población colombiana.

Al finalizar la primar jornada de protestas, Santos dijo que no habían sido “de la magnitud que se esperaba” (El Tiempo, 2013k). Para los convocantes éste era un intento de menospreciar su lucha. Óscar Gutiérrez, líder de Dignidad Cafetera, subrayó que el paro había empezado un lunes festivo (feriado) y que sólo progresivamente se conocería “realmente el volumen de gente que pueda salir” (NoticiasUnoColombia, 2013b). Con el pasar de los días, la magnitud aumentó. El 24 de agosto Noticias Uno comunicó que se vivía una “tensa calma” en Boyacá donde Tunja, su capital, se encontraba “prácticamente sitiada”. Además, había “bloqueos o concentraciones” en “16 puntos del país” (NoticiasUnoColombia, 2013c). Previamente, Caracol Noticias informaba que los bloqueos “amenazan con sitiar a Bogotá”, reportaba “desabastecimiento e incremento en los precios de los alimentos” y transmitía el alcance de las protestas a través de reporteros en distintas zonas del país (ver imagen 3). La dimensión de lo que estaba sucediendo fue representada visualmente por un mapa de Colombia mediante el cual la corresponsal Luz Elena Ramos informaba que “33 vías están cerradas en 7 departamentos en todo el país” (Noticias Caracol, 2013b).



Imagen 3. “Se agudiza el paro”. Fuente: Canal YouTube Noticias Caracol

Convocantes y comentaristas recordaron las palabras iniciales de Santos sobre la poca convocatoria al paro y cuestionaron que no asumiera la real importancia de lo que estaba ocurriendo. El ministro del interior, Fernando Carrillo, afirmó que el gobierno sí tenía una “disposición permanente de diálogo para solucionar la problemática social del país” (Presidencia de la República – Colombia, 2013d) y enumeró los pasos que se habían dado para avanzar en una negociación con los convocantes¹³. El ministro de agricultura, Francisco Estupiñán, se estaba reuniendo con líderes del paro en Zipaquirá (Cundinamarca), mientras el propio Carrillo se encontraba con líderes en Tunja. Para los manifestantes la voluntad de diálogo sólo podría ser auténtica si se aceptaba instalar una mesa nacional de negociación en la que la Oficina de las Naciones Unidas fuera garante de los acuerdos. Rosa Rodríguez, representante de los paperos en Ubaté, dijo que una mesa así sería “mejor” porque llevaría a construir “una ley general para el campesinado colombiano” (Noticias Caracol, 2013c). Noticias Uno informó que “los campesinos se quejan también con el gobierno por desestimar sus razones y porque el gobierno sólo ha puesto al ministro Estupiñán a darle la cara a los problemas que corresponden a varias carteras” (NoticiasUnoColombia, 2013d).

¹³ Carrillo resaltó tres puestas en escena a través de las cuales el gobierno evidenciaba su disposición a solucionar la situación: 1) las negociaciones que él mismo estaba liderando en Tunja, 2) las conversaciones que se habían sostenido con parlamentarios de Boyacá para buscar soluciones y 3) el sobrevuelo en helicóptero que había hecho ese día el presidente para conocer de primera mano lo que estaba sucediendo en las carreteras de Cundinamarca y Boyacá.

Al desacuerdo en los términos de las negociaciones se sumó el incremento de acciones de violencia que sustentaron la narrativa del desafío al orden. El 24 de agosto fue asesinado un policía en Boyacá (El Espectador, 2013d). En este contexto el gobierno suspendió las mesas de diálogo en Zipaquirá y Tunja. Al día siguiente, el 25 de agosto, Santos llevó a cabo una alocución televisiva en la cual reiteró que el paro no tenía la dimensión que sus convocantes afirmaban, su alcance era local y no era representativo a nivel nacional. De igual forma, imbricó esta idea con la narrativa de la infiltración: junto a un paro legítimo pero localizado había un desafío al orden público por parte de actores ilegítimos que buscaban sembrar el caos. Sus palabras fueron:

“Quiero hacer una breve referencia a estos bloqueos, a estos paros que se han presentado en estos últimos días. *El tal Paro Nacional Agrario no existe*. Hay algunos sectores agrarios de algunos departamentos que tienen legítimas reclamaciones, que están pidiendo alguna ayuda del Estado, que está reclamando algunas políticas en forma legítima. Campesinos paperos de Boyacá, de Cundinamarca, de Nariño, esos campesinos están saliendo a protestar y saliendo a reclamar por sus derechos, y eso es legítimo en cualquier democracia. Pero hay otro tipo de personas que están aprovechando para causar un daño terrible. Y ahí el Estado va a ser absoluta y totalmente contundente contra esos violentos (Presidencia de la República – Colombia, 2013a, énfasis añadido).

De la nutrida alocución presidencial, sólo la frase “el tal Paro Nacional Agrario no existe” concentró la atención pública. Generó una indignación inmediata no sólo entre convocantes sino también entre audiencias solidarias, y rápidamente se convirtió en una consigna frente a la cual se apuntaló la movilización social. Cesar Pachón invocó a la audiencia como testigo cuya experiencia de lo que estaba sucediendo desacreditaba el guion presidencial: “Lo que no pueden venir a decir el señor presidente, y sus ministros es que esta es una manifestación de tres campesinos infiltrados, porque la realidad *no solo se está viendo, sino que se está sintiendo*” (El Tiempo, 2013l, énfasis añadido). Siete años después del paro Robert Daza, líder del CNA, compartió la misma alusión a una audiencia que había “visto” y “sentido” la realidad del paro y por lo cual no compartía las palabras del presidente, “el único que no *miraba* que el país estaba bloqueado por los campesinos y campesinas” (Entrevista Daza, julio 2020). Daza también indicó que el mensaje presidencial fue considerado no sólo falso sino indignante debido a que “Santos

quiso tapar el sol con un dedo” (Entrevista Daza, julio 2020). Óscar Gutiérrez, líder de las Dignidades, compartió este sentimiento y agregó que aquellas palabras fueron recibidas como una burla:

“[El paro] fue de una participación gigantesca. Montaban un bloqueo y luego otro bloqueo y otro bloqueo. Entonces cuando este desventurado sale a decir a los medios que el tal paro no existe, obviamente la reacción de los ciudadanos fue una reacción contra la estupidez y sobre todo contra una cosa que era muy clave en ese momento, que era intentar burlarse de la lucha de ese campesinado” (Entrevista Gutiérrez, junio 2020).

La referencia de los líderes del paro a la audiencia no es trivial. Que el guion del gobierno era inadecuado fue una interpretación común. Noticias Uno acompañó una nota sobre las “frases del presidente” con la pregunta “¿desafiante?” y compartió algunos mensajes de ciudadanos en Twitter que reflejaban indignación. En uno se leía “renuncie... muestre dignidad y respeto al pueblo colombiano... no más mediocridad” (NoticiasUnoColombia, 2013d). En una edición del programa *Especiales Pirry* dedicada a “La rebelión de las ruanas”, la frase “El tal Paro Nacional Agrario no existe” fue calificada por su conductor como una de las “más estúpidas y políticamente costosas de su mandato” (Aurelio Suárez, 2013). Andrés Rincón, quien era líder estudiantil en ese momento, recuerda que “la palabra central era como indignación, pero además también como de burla” (Entrevista Rincón, julio 2020).

Al día siguiente Santos reconoció que dio “un papayazo”¹⁴ porque “los medios de comunicación tomaron la frase, pero no tomaron la explicación de la frase” (Presidencia de la República – Colombia, 2013e). Al asumir que esta descontextualización había desviado la atención sobre el fondo de su guion, intentó precisar el sentido de su mensaje. Publicó en Twitter que lo que intentaba decir era que el paro estaba “concentrado en pocos departamentos y en unos productos determinados” (Juan Manuel Santos, 2013). También organizó una rueda de prensa en la que estuvo acompañado por los ministros del Interior, Agricultura, el Consejero para el Diálogo Social, el Defensor del Pueblo y el Director General de la Policía Nacional. Esta puesta en escena buscó transmitir el

¹⁴ En este contexto “dar papaya” o “dar un papayazo” es una expresión que indica que alguien ha concedido una oportunidad única para que adversarios o críticos tomen ventaja.

compromiso de toda la institucionalidad pública con la solución del paro y constituyó un primer intento del gobierno por emprender un proceso de reparación civil (ver Imagen 4).



Imagen 4. “Gestión del Gobierno Nacional frente al Paro - 25 de agosto de 2013”. Fuente: Canal YouTube Presidencia de la República – Colombia.

En esta alocución conjunta Santos afirmó haber dialogado y llegado a acuerdos con distintos actores agrarios que, por lo tanto, “no están participando” de un paro que debía ser atendido “en sus justas proporciones” (Presidencia de la República – Colombia, 2013f). El ministro Consejero para el Diálogo Social, Luis Eduardo Garzón, dijo “no estamos menospreciando absolutamente a nadie”, pero “no podemos pasar al extremo, ni muy muy ni tan tan, ni uno puede estigmatizar los paros ni menospreciar, pero tampoco darle la dimensión que algunos quieren porque eso puede generar pánico” (Presidencia de la República – Colombia, 2013f). Esta dimensión era la de ser un “paro parcial agrario” conformado sólo por paperos y lecheros. Igualmente, durante esta alocución conjunta se insistió en la idea de que las intenciones de darle al movimiento un carácter nacional no correspondían a intereses propios de los campesinos sino a infiltraciones. El ministro del Interior afirmó que no había sido posible llegar a un acuerdo con los campesinos en Boyacá porque “parece que intereses distintos a solucionar el tema de los agricultores están interfiriendo en la posibilidad de llegar a acuerdos”. El director de la Policía afirmó que “muy posiblemente como lo hemos evidenciado en otras protestas, hay infiltrados

queriendo dañar esta protesta de los campesinos” (Presidencia de la República – Colombia, 2013f).

Convocantes no prestaron atención a la distinción sobre el alcance -parcial o nacional- del paro, sino que se enfilaron a la negativa presidencial: el paro sí existía. En esta disputa por la interpretación, audiencias solidarias se sintieron indignadas y expresaron públicamente su posición ante la frase de Santos. Su irrupción en la esfera pública constituyó la puesta en escena de un poder cultural que le indicó al gobierno la necesidad de cambiar su tratamiento al PNA.

5.2. Poder cultural: audiencia y performance de solidaridad civil.

Aunque la actuación campesina había encontrado reconocimiento y apoyo en audiencias ciudadanas, no había alcanzado sentimientos de indignación tal que éstas se vieran interpeladas y llamadas a comprometerse de una forma directa en el desarrollo del conflicto. Para sorpresa de Santos, sus palabras tuvieron precisamente ese efecto. La negación del paro concentró la atención pública y fue respondida por una oleada de indignación colectiva.

Durante estas manifestaciones ciudadanos expresaron clasificaciones y narrativas sobre el campesinado y el gobierno que pusieron en escena a través de cacerolazos. En esta forma de protesta los manifestantes salen a las calles o se asoman a las ventanas y golpean repetitivamente una cacerola -u otro tipo de implementos de cocina metálicos- con un cubierto (ver Imagen 5). El ruido colectivo comunica el descontento frente a alguna situación de injusticia, alguna decisión política, al conjunto del gobierno o al régimen político. En esta ocasión los cacerolazos fueron puestas en escena de indignación y solidaridad.



Imagen 5. “Cacerolazo en Bogotá, en imágenes”. Fuente: Sitio Web El Espectador.

En la noche del 25 de agosto, pobladores de Tunja (Boyacá) salieron a las calles y se concentraron en la plaza principal a manifestar su apoyo a los campesinos. *En Noticias Caracol* un ciudadano decía estar “apoyando a nuestros paisanos campesinos de todo el país, porque paro sí hay”, mientras una ciudadana le pedía a Santos que fuera “justo”, pusiera “la cara” y no cogiera “a mansalva a los campesinos” que se encontraban “reclamando sus derechos” (Noticias Caracol, 2013d).

El reportero Gonzalo Jiménez, quien cubría el paro en Boyacá, relató visiblemente emocionado que en esta manifestación habían participado “centenares de niños, amas de casas, padres de familia, ancianos” y describió el carácter inusual de este acontecimiento: “esta plaza no se había llenado desde una marcha del exgeneral Rojas Pinilla y cuando se celebran las fiestas de la Virgen del Milagro patrona de Colombia”. Además, expuso los esfuerzos de los ciudadanos para poner en escena un apoyo civil a la protesta campesina: “las personas salieron de los barrios, de diferentes casas, a pedirle a la gente que hicieran su acto no violento y demostraran llevar con orgullo y con respeto la ruana boyacense, la bandera de Boyacá y la bandera de Colombia” (Noticias Caracol, 2013d).

Al día siguiente hubo una marcha de camisetas blancas en Tunja y los cacerolazos fueron replicados en distintas ciudades del país. En Bogotá ciudadanos se concentraron

en la Plaza de Bolívar -centro político de la nación- y repitieron los cacerolazos durante varios días seguidos (El Espectador, 2013e). El 29 de agosto se programaron 14 marchas a lo largo de la capital que convergerían en el centro (NTN24, 2013c). Estas manifestaciones comunicaban que la indignación ante el tratamiento presidencial a los campesinos se sentía como un ataque al nosotros civil. En imágenes registradas por NTN24 en Bogotá, se observa un cartel que decía “En paro somos delincuentes, en elecciones somos ciudadanos”. Otra pancarta retomaba la frase “nadie puede llevar por encima de su corazón a nadie” con la cual se expresaba el carácter no violento de la protesta¹⁵ (NTN 24, 2013c). También se compartió la visión de los TLCs como ataque a la nación. En Medellín un cartel decía “Yo quiero leche de vaca COLOMBIANA”, mientras en otro se leía “Viva el Paro Nacional Agrario, menos TLC, más Soberanía Alimentaria” (Noticias Caracol, 2013e).

Junto a las manifestaciones en el espacio público, se posicionaron tendencias de apoyo a través de redes sociales digitales. En Twitter se compartieron *hashtags* que indicaban que se tomaba la protesta como auténticamente campesina (#LaRebeliondelasRuanas), expresaban solidaridad con los campesinos (#YoTambiénMePongoLaRuana), invitaban a movilizarse en apoyo al paro (#CacerolazoNacional), y afirmaban que la ofensa era compartida (#LoQueEsConLosCampesinosEsConmigo). Colombianos en el extranjero también participaron de esta indignación. A través de Twitter, @henryacevedo publicó una foto de dos mujeres vestidas de ruana que, frente a la Torre Eiffel, cargaban un cartel que decía “Sr. presidente Santos, hasta en Paris sabemos que el Paro Nacional Agrario y Popular SÍ EXISTE” (ver imagen 6).

¹⁵ Esta es la traducción en lengua Wayuu del artículo 12 de la Constitución de Colombia, “Nadie será sometido a desaparición forzada, a torturas ni a tratos o penas crueles, inhumanas o degradantes”. Ha sido popularizada por la circulación de una conferencia del humorista Jaime Garzón en la cual afirmó que con sólo aprender ese artículo “salvamos este país, por lo menos sus hijos tendrán un país mínimamente más agradable”. Al citarla se alude tanto a la igualdad como a un trato no violento entre ciudadanos.



Imagen 6. “Hasta los colombianos en el extranjero sienten el #paronacional #YoMePongoLaRuana”. Fuente: Perfil Twitter @henryacevedo.

Robert Daza recuerda que la solidaridad ciudadana fue recibida por los convocantes campesinos como un respaldo a su autenticidad y una motivación para continuar con el paro. En este sentido, los cacerolazos evidenciaron la fusión entre campesinado y audiencia en torno al carácter civil y no insurgente de los convocantes al paro:

“Eso de los cacerolazos, digamos, sí, eso llena de emoción, o sea, eso da fuerza, porque eso nos corrobora que las luchas como siempre lo dicen luchas ideológicas, luchas de clase que no tienen sentido, todos esos epítetos, que no fue una cosa impulsada por la guerrilla, sino que son luchas auténticas y que eso todo mundo lo sabe, que tenga tres dedos de frente lo puede analizar. Esos cacerolazos fueron la conexión entre campesinado y gente de la ciudad, que estaban diciendo ‘bueno, estamos con ustedes, adelante, y nos solidarizamos’. Por eso, esos cacerolazos son, dan mucha fuerza, son un aliciente muy bueno para fortalecer esas luchas campesinas” (Entrevista Daza, julio 2020).

La solidaridad hacia el paro expresó una dinámica performativa inusitada. Si bien las organizaciones campesinas habían intentado traducir sus aspiraciones particulares

en un discurso civil, fueron las audiencias solidarias quienes pusieron un mayor empeño performativo en comunicar la protesta en aquella estructura de sentido. Su puesta en escena urbana tradujo en poder cultural la potencia social demostrada por los campesinos en los bloqueos. Generaron clasificaciones y narrativas sobre el campesinado, cristalizaron su apoyo a través del uso de ruanas como elementos icónicos compartidos con los protagonistas del paro, y grupos portadores representaron la indignación y la solidaridad. A continuación, presento los elementos de este performance solidario.

5.2.1. Campesinado puro y gobierno impuro: clasificaciones morales binarias

La respuesta ciudadana frente a la actuación del gobierno expresó una codificación por parte de las audiencias que oponía la pureza del campesinado a la impureza del gobierno. El paro fue considerado una expresión de descontento frente a una situación injusta. Se estimó que el responsable de las afectaciones y los episodios de violencia surgidos de los bloqueos era Juan Manuel Santos. En un reportaje de Luis Carlos Vélez sobre el desabastecimiento de alimentos en Tunja, una habitante manifestó que “desafortunadamente aquí en Colombia nos acostumbramos a que si no es por la mala nadie nos pone cuidado” y le pedía “el favor al presidente” que “sea consecuente, que no nos obligue a pasar más hambre” (Noticias Caracol, 2013f). Una ciudadana participante en un cacerolazo en Bogotá manifestó a un medio de comunicación alternativa, que se movilizaba porque “soy boyacense y me siento terriblemente ofendida de lo que está pasando con mi gente. En Tunja están sin agua, están sin comida, están sin gasolina, pero el presidente dice que no sabe nada” (Kinorama Colombia, 2013).

Líderes de opinión compartieron esta clasificación binaria que oponía virtudes del campesinado a decadencia del gobierno. Las palabras del presidente revelarían una actitud irrealista. Una columnista afirmó que resultaba “casi increíble la obstinación presidencial de negar los hechos con frases altisonantes” (Bonilla, 2013). Para algunos, dicha actitud tenía que ver con atributos oligárquicos encarnados por Santos. Un

columnista liberal describió satíricamente un ficticio sobrevuelo en el que se plasmaba la distancia entre un presidente elitista y un pueblo sufrido: “¿quiénes son esos ‘caddies’?” preguntaba Santos, “No, presidente, son campesinos” respondía su piloto (Samper Ospina, 2013). Irrealismo y elitismo se asociaron a indolencia. Se afirmó que el presidente era o “torpe o desalmado” (Silva, 2013a), y que sus palabras reflejaban “incapacidad de empatía” (Cívico, 2013) y “falta de sintonía” con los gobernados (Prado, 2013b).

Se sostuvo que Santos carecía de los atributos necesarios para ser gobernante. Estaba “encerrado en palacio de cristal” y por lo tanto “se olvidó de gobernar” (Morales, 2013). A través de Twitter se compartió una caricatura en la que aparecía minimizado, un ser infantil a quien la silla presidencial, desbordada por una gigantesca protesta, le quedaba grande (ver imagen 7). De este modo, se representaba como un sujeto que no encarnaba los atributos necesarios para desempeñar la función pública en un sentido civil. Algunos sostuvieron que, cuando gobernaba, era autoritario: “Estaba tan ausente que pensó que podía ahogar a los reclamantes con choques policivos” (Orozco, 2013). Era preocupante que no viera “el peligro de ignorar o criminalizar la protesta en una sociedad democrática que debe proteger los derechos a la libertad de asociación y de expresión” (Botero, 2013).



Imagen 7. “Vista gorda presidencial” por Leo. Fuente: Website Leo Sátira

El tratamiento de la protesta reforzaba la idea de que Santos era incoherente, en tanto su acción era contraria al reformismo de sus discursos. Esta ambigüedad sembraba dudas sobre la honestidad de sus aspiraciones de paz. Una columnista dijo que el presidente debía escoger “cómo quiere que se le recuerde: como un demócrata que firmó la paz y tomó las medidas requeridas para disminuir la injusticia social, o como un represor posuribista que en cada rebelde descubría a un terrorista y en cualquier disidente, a un comunista ‘clandestino’” (Orozco, 2013).

En contraste con Santos, los campesinos fueron vistos como encarnaciones de una gran legitimidad civil. Para la periodista María Jimena Duzán las acciones de los manifestantes eran autónomas. No se sentían representados por los partidos políticos ni por las agremiaciones y asociaciones “que se olvidaron de defender los intereses de sus asociados”, tampoco eran meros instrumentos al servicio de fines electorales, ni mucho menos de una oposición de derecha en un país que “tampoco es uribista”. Además, era desafortunado asociar a la insurgencia con los campesinos, quienes “han padecido la violencia de la guerrilla en carne propia y son los que más han sentido la guerra” (Duzán, 2013). También se consideraba que la protesta revelaba altura moral y ejemplificaba un gran esfuerzo por parte de sus protagonistas para mantenerse en causas civiles. Un columnista afirmó que “sus organizadores no han pisado las cascaritas que desde ciertas orillas les han lanzado, bien para deslegitimarlos, bien para instrumentalizarlos con propósitos distintos a la protesta campesina” (Ospina Restrepo, 2013). Junto a la legitimidad de sus reclamaciones se compartió la necesidad de entablar un proceso de reparación del que fueran partícipes activos. En referencia al proceso de paz con las FARC en el que se discutía el tema agrario, otro columnista propuso que el gobierno abriera “una nueva mesa de negociación sobre el agro, pero con los campesinos de verdad y no con sus impostores” (Villa, 2013).

La solidaridad hacia el paro expresó la presencia y extensión del discurso civil en Colombia. Campesinado y gobierno encarnaron la oposición entre aspiraciones de inclusión en un marco democrático y políticas de exclusión bajo un modelo autoritario. Esta oposición se homologó a un conjunto de clasificaciones morales binarias que desembocaban en la construcción de un apoyo basado en sentimientos de solidaridad

por parte de un nosotros ciudadano e indignación frente a un ellos autoritario cristalizado en el gobierno (ver Tabla 4). A través de estas oposiciones, el discurso civil también tendió puentes con otras estructuras culturales. Solidaridad e indignación sintetizaron oposiciones en torno a las cuales convergieron actores que frente a otros ámbitos manifestaban una profunda división. Podrían estar en desacuerdo frente a la negociación de paz con las guerrillas, pero estaban de acuerdo en que el gobierno no trataba pacíficamente a los campesinos. Podrían estar en orillas opuestas respecto al tipo de cambios requeridos en la esfera económica, pero convergían en definir como elitista y arrogante al gobierno y denunciar la opresión a la que sometía a un pueblo humilde. En este sentido, el paro constituyó una convergencia contingente entre formas diferentes de comprender la vida social. Narrativas sobre la campesinidad que enfatizaban sus atributos de pureza fueron los puentes que soportaron la solidaridad al paro y dotaron de estabilidad su carácter civil.

Pureza	Impureza
Campesinos	Gobierno
Justicia	Injusticia
Democracia	Autoritarismo
Autenticidad	Engaño
Protesta legítima	Represión
Humildad	Arrogancia
Respeto – Seriedad	Burla
Solidaridad	Indignación
Realismo	Irrealismo
Inclusión	Exclusión
Igualdad	Desigualdad
Pueblo	Élite
Paz	Guerra
Nación	Transnacionales
Semillas propias	Semillas ancestrales
Producción nacional	TLC
Colombianos – Ciudadanos	Gobernantes
Víctimas	Verdugos
Héroes	Cobardes
Ancestros	Extraños

Tabla 4. Clasificaciones morales binarias que sustentaron el apoyo al paro

5.2.2. Narrativas sobre la campesinidad

La oposición moral comunicada por la audiencia en las calles, en las redes sociales y en las páginas de opinión, no fue una atribución de clasificaciones estática, sino una dinámica creación de narrativas. Estos relatos se basaron en la idea de que el paro ilustraba cómo un campesinado, esencial para la fundación y el mantenimiento de la vida social, era objeto constante de victimizaciones por parte de gobernantes y todo tipo de actores violentos. En un espacio dedicado a temas gastronómicos, la chef Margarita Bernal publicó: “Soy nieta de campesinos”, quienes “proveen a la humanidad de lo más sagrado: los alimentos”, pero “si olvidamos los orígenes de nuestros alimentos, descuidando a los campesinos, estamos condenados a ser un país sin tradiciones, sin identidad y sin futuro. El paro agrario es la radiografía del desamparo” (Bernal, 2013).

Esta idea estaba sostenida en dos conjuntos de relatos. Unos acerca del campesinado como identidad primordial cuyas cualidades estaban inscritas en el nosotros nacional y familiar, y otros acerca de las acciones de victimizaciones pasadas y presentes frente a las cuales estaba expuesto este actor.

5.2.2.1. Campesinado: identidad primordial

Una primera narrativa trató al campesinado como un actor con vínculos profundamente arraigados con el conjunto de la población, provenientes de su lugar como sujeto protagónico en la fundación y sostenimiento de la vida social. Su carácter primordial explicaría el que fuera considerado una fuente de identidad compartida: allí se reconoce a protagonistas en la formación de la nación, a actores esenciales para la reproducción y a los propios antepasados.

El protagonismo alcanzado por las protestas en Boyacá, en cuyo territorio se llevó a cabo un acontecimiento decisivo de la Campaña Libertadora de la Nueva Granada (Colombia)- La Batalla del Puente de Boyacá el 7 de agosto de 1819- fue un suceso referido por comentaristas en un diálogo intertextual que combinaba la gesta independentista con la protesta campesina. Un columnista sugirió que “La nación entera

debería recordar que estos campesinos llevan, como los llaneros, la misma sangre de los soldados del ejército libertador” (Barajas, 2013). Otro escribió: “Si no pudieron derrotarlos las legiones del rey de España, ¿ustedes creen que los descendientes de aquellos hombres van a permitir que los maten de hambre unos vendedores de insecticidas?” (Gossaín, 2013). La alusión a la independencia llamaba la atención sobre el lugar de los campesinos en la fundación de la república y en los vínculos entre esta identidad y el discurso civil de la libertad. En su programa, Pirry describió así las protestas:

“Como en una remembranza de aquellos tiempos heroicos de nuestra historia patria, cuando las tropas de Barreiro rendían sus armas y se entregaban a los ejércitos de criollos y lanceros, en un momento de gloria inmarcesible, la libertad del país en la batalla de Boyacá, esta tierra y sus fértiles campos se convertían una vez más en territorios de lucha libertaria” (Aurelio Suárez, 2013).

En contraste con el espíritu libertario de los campesinos, el gobierno aparecería en esta narrativa como fuente de represión. En una crónica del medio *Boyacá Siete Días* la policía antimotines se situó en el lugar del ejército realista de España: “194 años después el Puente de Boyacá y sus alrededores fueron escenario de una nueva batalla. Pero esta vez no fue entre criollos y extranjeros, sino entre los campesinos y la Policía, por causa de un paro agropecuario convocado por los agricultores” (El Tiempo, 2013m). Así, los manifestantes parecían la actualización de los criollos en la búsqueda de la independencia. A través de Facebook fue difundida una imagen que ilustraba este mismo símil al poner en escena un enfrentamiento en el Puente de Boyacá (ver Imagen 8).



Imagen 8. “Batalla de Boyacá”. Fuente: “¿Se lo explico con plastilina?” Blog El Espectador

Además de su participación en la fundación de la nación, al campesinado se le reconoció un gran protagonismo en la construcción del país. La representación de paisajes regionales específicos que habrían jugado un papel destacado en el desarrollo nacional contribuyó a reforzar la narrativa de un campesinado primordial. El ambientalista Julio Carrizosa afirmó “Nadie duda de la importancia cultural y ecológica de los socioecosistemas colombianos que producen la papa y el café. Boyacá y la zona cafetera han sido escenario de los más importantes procesos de conformación del país” y llamó la atención sobre la sostenibilidad económica y ambiental de estos “cultivos que se han sostenido tantos años, uno desde antes de la conquista, otro desde inicios de la república” (Carrizosa, 2013). Se consideró que estos paisajes estaban íntimamente asociados a la construcción de un orden civil. El columnista César Rodríguez afirmó que lo que estaba en juego era no sólo el modelo económico, sino también social y ecológico y opuso un orden basado en la libertad, la solidaridad y la paz a otro basado en la sujeción, el faccionalismo y la violencia:

“Cada economía engendra un tipo distinto de sociedad. Una cosa es la de los pequeños agricultores boyacenses o quindianos, con su pacifismo y autonomía. Otra muy distinta es la de los colonos de las zonas mineras y petroleras, o los jornaleros de las grandes extensiones de palma o cereales, con sus relaciones laborales feudales, controladas a menudo por ejércitos privados” (Rodríguez, 2013a).

Se comunicó la sensación de que la amenaza al modo de vida campesino constituía una amenaza a la nación en su conjunto. Rodríguez afirmó que no sólo los cultivadores estaban sufriendo “sino que nosotros estamos consumiendo algo muy distinto: papas congeladas holandesas, maíz transgénico y pollo de granja industrial de EE.UU., leche en polvo de Nestlé” (Rodríguez, 2013a). El periodista Daniel Coronell afirmó que “Nuestro país es magnánimo con los conglomerados que explotan nuestros recursos y nos venden lo que no necesitamos en desarrollo de las ‘bondades’ del TLC” y concluyó, en referencia a la compra de implementos de represión a una empresa estadounidense, que “al final ellos se quedan con la plata y nosotros con las lágrimas” (Coronell, 2013). En imágenes registradas por Kinorama (2013), dos mujeres portaban carteles que comunicaban tanto la centralidad del campesinado en la reproducción de la vida (“¡Yo le creo al campesino que siempre me ha dado de comer!”) como la reticencia

ante la producción extranjera (“¿Y usted de dónde sacó la idea que lo de afuera es mejor?”). En el mismo video un joven expresaba que se movilizaba porque “nuestra soberanía alimentaria se está vendiendo, porque ahorita está importando más la economía de unos poquitos que todo un pueblo, toda una tradición, todo un pueblo que ha cultivado y es tradicionalmente agrícola” (Kinorama Colombia, 2013). En una intervención durante una plenaria de la Comisión Quinta del Senado, Jorge Robledo (líder del MOIR) expresó persuasivamente la sensación de agravio a lo propio:

“Este tinto que nos estamos tomando aquí -observó mientras señalaba la taza de café que tenía a mano- muy seguramente sea producido con café extranjero. Si alguien en Colombia hubiera dicho hace 20 años que las malas políticas del gobierno nos iban a llevar a esta situación, seguramente se lo hubieran llevado para el manicomio porque eso no hubiera sido creíble por parte de nadie. Pero esa es la dramática realidad” (Jorge Robledo TV, 2013).

Finalmente, el carácter primordial del campesinado no sólo se elevó a una escala nacional y en relación con atributos civiles, sino también a la esfera íntima de la familia. El campesinado fue considerado un ancestro que merecía respeto y trato justo. En un video ampliamente compartido por redes sociales, *Mi Tierra no se Vende*, un joven afirmó que los implementos que utilizaba en el cacerolazo del que participaba eran “de la olla de la sopa de mi abuelita que me la regaló cuando le dije que venía para acá y me dijo ‘luche por nosotros’”. Una señora que asistió “en solidaridad con nuestros campesinos” afirmó “somos lo que somos por raíces campesinas que tenemos” (WaR_HoUs3, 2013). En el mismo sentido respondió una joven a la pregunta de por qué estaba en el paro: “Porque como muchos también tengo familia campesina, de origen campesino, porque en este país todos venimos de allá y porque quiero que mi hija crezca sana, crezca comiendo cosas que no la envenenen” (Kinorama Colombia, 2013). Músicos y actores reconocidos publicaron un video en el que definieron lo campesino como un ancestro cuyas cualidades merecían respeto y admiración:

“Mi padre es campesino, mi madre es campesina, mi abuelo es campesino. Tengo ojos de campesino, tengo manos de campesino, mi sangre es campesina, mi ciudad es campesina, mi tierra es campesina. Al lado de ustedes campesinos quizás seamos menos sabios, quizás seamos más débiles, quizás seamos menos pacientes. Pero les

prometemos algo y es que nuestra voz sonará muy fuerte. ¡Viva el paro campesino!” (Sumerce News, 2013b).

La referencia al campesinado ancestral fue esgrimida como un llamado a la integración. Un artista recuerda que lo más significativo del paro fue “que hubiera una identidad muy grande, porque ahí no había una cosa ni de derecha ni de izquierda sino como que por fin se unía como la gente en torno a reconocer sus ancestros campesinos” (entrevista Álvarez, julio 2020). En otro cartel se lee “Amigo mirón, únase al montón. Su abuelo es campesino y usted es trabajador”¹⁶ (Kinorama Colombia, 2013). Esta invitación se hizo extensiva a la fuerza pública. En las imágenes circuladas se observaba a un manifestante cargar un cartel que decía “Policía únase al paro. Policía tu madre es campesina” (WaR_HoUs3, 2013).

5.2.2.2. Campesinado víctima

La solidaridad ciudadana también reveló la extensión alcanzada por una narrativa de victimización del campesinado. Este actor, cuya identidad primordial lo dotaba de una gran pureza, fue considerado la víctima por excelencia de la desigualdad, la exclusión y la violencia. En su documental, Pirry afirmó que “para los pequeños y medianos campesinos, hacer lo que aprendieron de sus abuelos a lo largo de generaciones - ganarse el sustento trabajando la tierra- ha dejado inclusive de darles de comer a ellos”. Explicó que “todos estos males no son de ahora, viene de atrás” y denunció cómo los campesinos eran víctimas de un tratamiento deshonesto - “les han prometido una y otra vez y nunca les cumplen”- que los había sumido en una precaria situación evidente en que “se los están comiendo las deudas, que están quebrados, que muchos no tienen ni para alimentar a sus hijos y que algunos por culpa de las deudas están perdiendo sus tierras con los bancos” (Aurelio Suárez, 2013).

Al incumplimiento cíclico descrito por Pirry se sumaban todo tipo de situaciones de injusticia propias de un orden impuro que se servía de instrumentos institucionales y

¹⁶ Esta es una cita del canto de protesta: “compañero mirón únase al montón, su hijo es estudiante y usted es trabajador”.

violentos para contaminar todos los rincones del orden social, especialmente en el campo. Un columnista escribió en *El Tiempo*: “Ponga usted, lector, un punto rojo en los lugares del mapa de Colombia que les han sido arrebatados a los campesinos con ‘la Violencia’¹⁷, las tretas legales o los ‘tratados de libre comercio’ que se han dado tan bien en estos climas: tendrá pronto, como resultado, una mancha de sangre” (Silva, 2013). Otro afirmó: “El ‘progreso’ del país se ha asociado con la construcción de ciudades e infraestructura, dejando en el olvido a millones sometidos a la violencia y al abandono en las extensas zonas rurales” (Arango, 2013). Esta narrativa apuntó a la guerra y la política económica como trasfondos de la victimización. Además, en referencia a la puesta en escena del paro, el Esmad encarnó de forma directa la violencia contra el campesinado.

La idea de victimización se contrapuso al guion de la infiltración insurgente al paro. Una caricatura publicada en *El Espectador* mostraba el destino mortal de un campesino que al trabajar por la tierra cavaba su propia tumba (ver imagen 9). Otra caricatura ponía de presente cómo los campesinos constituyen una de las identidades más reconocibles del conflicto armado: la víctima de desplazamiento forzado (ver imagen 9)¹⁸. El columnista Reinaldo Spitaletta describió como un eterno retorno el solapamiento entre violencia en el campo y concentración de la tierra:

“¿Qué significa ser campesino en un país sin reforma agraria? ¿Cuáles son las condiciones de vida de un campesino pobre, sin tierra, sin alicientes para la huerta? Durante años, el campo en este país de abundantes desgracias, ha sido sangriento, y en muchos momentos de su historia no había tanto pollos como “pájaros”¹⁹, aquellos escopeteros tenebrosos que, al servicio de grandes terratenientes, sembraron de terror montes y llanuras” (Spitaletta, 2013a).

La narrativa del campesinado como víctima se complementó con aspiraciones de paz. Ésta implicaba la posibilidad de “resarcir finalmente a las víctimas y darle una oportunidad a la justicia, empezando por el campesinado, educador y promotor de nuestra incipiente democracia” (Arango, 2013). Cesar Pachón afirmó que los campesinos

¹⁷ “La Violencia” escrita con mayúsculas se refiere a un momento histórico ubicado a mediados del siglo XX (algunas cronologías lo ubican desde la década de 1920) caracterizado por la confrontación armada bipartidista entre Liberales y Conservadores.

¹⁸ Anteriormente se mostró una caricatura sobre otra identidad victimizada: el falso positivo (ver Imagen 1 en p. 81).

¹⁹ Grupos armados conservadores del Valle del Cauca durante La Violencia.

eran un “símbolo de ‘paz y dignidad’ en un país largamente azotado por la guerra de las drogas y ahora en un estado de desespero general” (Schipani, 2013).



Imagen 9. “Baldíos” (izquierda). Fuente: Betto, El Espectador. “La verdadera ‘History’... Channel” (derecha). Fuente: Sitio web Matador.

La victimización no se construyó exclusivamente con relación al conflicto armado sino a todo tipo de esferas, pero especialmente al punto de contacto entre economía y política. El historiador Jorge Orlando Melo criticó la política económica del Estado –“creo que no tiene sentido que protejamos a terratenientes y empresarios rurales haciendo que la comida sea más cara, dizque para que den más empleo”- y cuestionó cómo una representación negativa del campesinado, afincada en un ideal de modernización del campo, incidía en su abandono: “los campesinos fueron tratados como ignorantes e incapaces, que, para recibir cualquier apoyo, tienen que producir lo que digan los técnicos y como lo digan ellos” (Melo, 2013). También hubo reproches a los “tecnócratas” gobernantes durante la “hegemonía neoliberal” que desde su llegada en 1990 consideraron a “todo el mundo” como igual “ante la ley de la oferta y la demanda” y que, por lo tanto, ya no habían “campesinos sino daños colaterales” (Silva, 2013).

La decadencia del modo de vida campesino, provocada por el neoliberalismo, fue trágicamente retratada en el documental 9.70 de Victoria Solano que ocupó un lugar destacado en el debate público. Allí se denunciaba el decomiso y destrucción de 70 toneladas de arroz en Campoalegre (Huila) debido al incumplimiento de la resolución 970 del Instituto Colombiano Agropecuario (ICA) relativa a las semillas certificadas. Esta regulación se consideró un agravio a la producción campesina ancestral “en defensa de

los intereses de empresas trasnacionales en el marco de Tratado de Libre Comercio entre Colombia y Estados Unidos” (Sumerce News, 2013c). También fue visto como una injuria de alcance universal. Jorge Eider Carvajal, exconcejal de Campoalegre, decía que la acción policial contra esa cosecha de arroz había sido un “un crimen contra la humanidad, quitarle la comida a la gente que verdaderamente lo merece” (Sumerce News, 2013c).

En esta situación de victimización se justificaba una protesta considerada legítima. En su programa, Pirry le preguntaba retóricamente a su audiencia si no le parecía natural la reacción del campesinado: “¿no estaría usted emberracado [enojado, indignado]? ¿no estaría usted desesperado? ¿no saldría usted a protestar? Pues los campesinos se mamaron [cansaron] y salieron a protestar” (Aurelio Suárez, 2013).

Durante el paro, la victimización fue encarnada en los enfrentamientos entre manifestantes y Esmad. A través de Twitter, circuló una caricatura en la cual un campesino decía “Yo no sé qué duele más en un paro, los golpes del Esmad cuando somos ‘violentos’ o el olvido de los medios cuando no lo somos” (X-Tian, 2013). Un contraste similar, entre la actuación policial ante las protestas y la inacción gubernamental frente a las demandas sociales, fue presentado en otra caricatura, “La respuesta oficial” (ver imagen 10), en la que se ilustraba cómo un policía antimotín (el único rostro del estado ante las exigencias ciudadanas) reprimía a un campesino de ruana y sombrero.



Imagen 10. “La respuesta oficial”. Fuente: Website Leo Sátira

Inicialmente circuladas por redes sociales, imágenes de violencia policial escalaron a los noticieros nacionales. La columnista Catalina Ruíz-Navarro dijo que, si bien podría ser ingenuo “pensar que el ESMAD es una horda homogénea de atarbanes” e “idealizar a los campesinos como si fueran salidos de un cuadro costumbrista es polarizante y peligroso”, había que reconocer cómo las víctimas hacían a un lado el miedo y se atrevían a enfrentar y denunciar la actuación policial:

“Es un triunfo que, en vez de temerle al ESMAD, los manifestantes lo miren, desafiantes, con los ojos de las cámaras. Sus armaduras los envalentonaron para pegarle a los campesinos pero no los blindaron contra el incendiario registro de su imagen. Da gusto ver ese pequeño cambio en la balanza del poder. Pájaros que intimidan, escopetas que posan (Ruiz-Navarro, 2013).

5.2.3. Rebelión de las Ruanas: cristalización icónica de las clasificaciones y narrativas sobre la campesinidad

César Pachón se presentó en el congreso dos veces, el 7 de mayo y el 1 de octubre. En ambas ocasiones vistió una prenda inconfundible del campesinado andino: la ruana (ver Imagen 11). Entre ambas incursiones a la escena legislativa, a lo largo de todo el paro agrario, hubo numerosas apariciones de campesinos vistiendo la ruana tanto en espacios rurales como urbanos.



Imagen 11. “Primer discurso en el Congreso”. Fuente: Fuente: Canal YouTube César Pachón.

La ruana ha sido un ícono asociado al mundo campesino de Boyacá y Cundinamarca, y por extensión al campesinado en un sentido más general. Metonímicamente se liga a situaciones de exclusión social que comparte el campesinado con otros sectores de la sociedad. Expresiones como “la justicia es para los de ruana” o “a los de ruana nunca les toca” refieren a asimetrías de poder que se traducen en accesos desiguales a las esferas jurídica, política y económica. Esta interpretación como símbolo de exclusión fue reiterada durante el paro. Eberto Díaz, líder de la MIA, proclamó: “ahora los de ruana y sombrero han hecho sentir su voz, es la voz de la rebelión de los excluidos” (Díaz, 2013). Un columnista de izquierda liberal afirmó que la ruana era una “expresión del campesinado empobrecido, el proletariado agrícola y todos los excluidos de la ciudad y el campo” (De Zubiría, 2013). Un representante gremial de derecha compartió que “los legítimos campesinos, que son millones, se pusieron la ruana y esperan respuestas a la crisis que enfrentan” (Lafaurie, 2013c).

Durante la puesta en escena ciudadana fue común el uso de la ruana como expresión de identificación entre audiencias solidarias y campesinado. El periodista Juan Gossaín afirmó que “la ruana se volvió símbolo de la dignidad de los labriegos” (Gossaín, 2013). Esta prenda de vestir no sólo condensó el apoyo al paro, sino que cristalizó las narrativas sobre la campesinidad que sustentaron la solidaridad. Noticias Uno mostró dos imágenes compartidas a través de redes sociales (imagen 12). En una de ellas se condensó la asociación entre campesinado, formación de nación y libertad, mientras que la otra conectó la violencia campesina con un agravio al país, manchado de sangre, que sustentaba el apoyo ciudadano.



Imagen 12. “Top Secret Agosto 25”. Fuente: Canal YouTube NoticiasUnoColombia

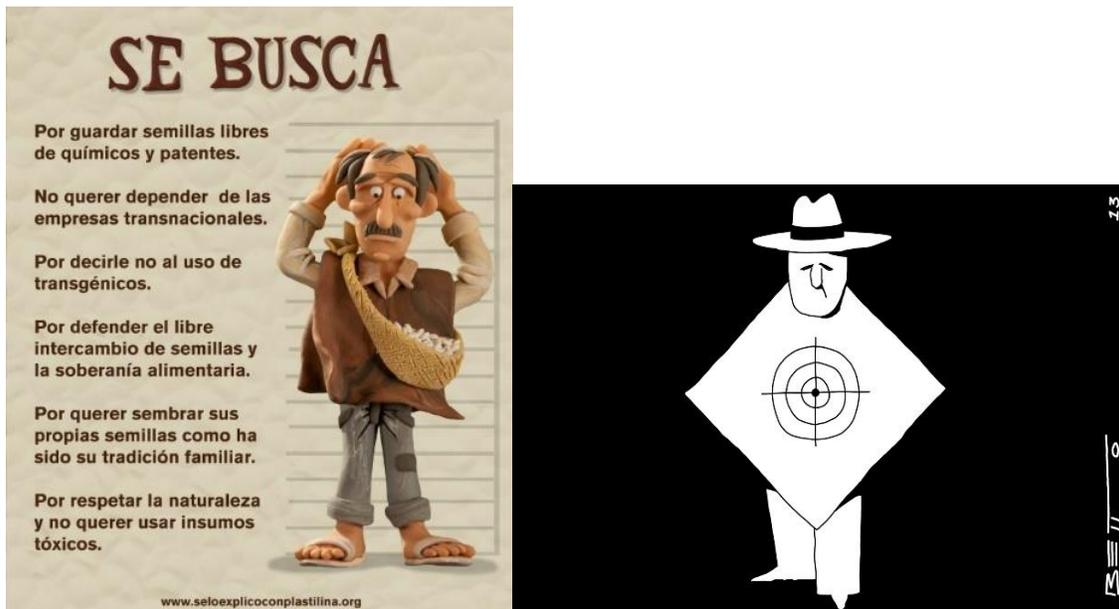
La idea de vínculo entre ruana y construcción histórica de la nación se actualizó a través de la fusión con otro ícono: el líder de la independencia Simón Bolívar. El relato del héroe libertador cabalgando con una ruana por el altiplano cundiboyacense durante la campaña independentista es recurrente. Seis años después del paro agrario, en la conmemoración de los 200 años de la Batalla de Boyacá, se inauguraría un monumento, *El Visionario*, en el cual se vestiría a Bolívar con ruana y sombrero. El artista Antonio Frio diría sobre su obra que: “Reivindica la importancia del campesino en las luchas independentistas y con su espada en la mano y paso apurado señala en el horizonte la estrella que guía a nuestro pueblo a la verdadera y definitiva libertad” (Alerta Bogotá, 2019). Durante las manifestaciones en Bogotá, en la plaza que lleva su nombre, su estatua fue investida continuamente con todo tipo de ruanas, ponchos y sayos²⁰. Ocasionalmente estas prendas llevaban mensajes en apoyo al paro (ver imagen 13).

²⁰ Los sayos son prendas de vestir de pueblos indígenas de tierra fría. Como afirmó Gossain (2013) durante el paro, uno de los orígenes de la ruana se atribuye a la mezcla entre capas españolas y sayos indígenas.



Imagen 13. "En apoyo al Paro Nacional Agrario". Fuente: Perfil Flickr Lina Pachón Rivera

La ruana fue compartida para denunciar la victimización al campesinado. Una imagen común en páginas de Facebook de apoyo al paro denunciaba el trato delincuencial dado al campesinado (ver Imagen 14), mientras que una caricatura mostraba a un campesino vestido de ruana que era al mismo tiempo un objetivo de tiro a disposición de quien deseara disparar (ver Imagen 14).



Imágenes 14. Sin título (izquierda). Fuente: Página Facebook *Se lo explico con plastilina?* "Afectados" (derecha). Fuente: Sitio web Betto

5.2.4. Agentes portadores y medios de distribución

Las expresiones ciudadanas en apoyo al paro fueron sentidas como “espontáneas”. Víctor Correa, líder de Dignidad Cafetera, recuerda que, aunque los cacerolazos “se facilitaron porque estaban los procesos de las organizaciones políticas que formaban parte de las movilizaciones agrarias que tenían asiento en lo urbano”, se trató de una respuesta ciudadana autónoma: “no fueron las organizaciones, eso fue la gente, porque fueron movilizaciones muy grandes” (Entrevista Correa, julio 2020). Javier de la Cuadra, sociólogo que participó en la comunicación ciudadana sobre el paro, dijo que “se unieron muchachos que nunca en su vida habían estado en movilización” y “eso le dio mucha fuerza” (Entrevista de la Cuadra, junio 2020). Esta sensación de respuesta no deliberada fue compartida por Guillermo Castro, uno de los administradores de la página de Facebook “Cacerolazo por Colombia” que convocó a las manifestaciones solidaras. Este espacio inició con la intención de organizar el apoyo local en una zona de Bogotá e inmediatamente se integraron convocantes de otras partes de esa ciudad y del país. En su relato, Guillermo expresa la sensación de espontaneidad en el apoyo al paro:

“Se creó el evento en Facebook y digamos, aproximadamente a las 9 de la noche, una hora después de que habían terminado las cacerolas en Tunja se creó el evento y se empezó a difundir. Y se empezó a difundir ‘no, que digámosle a la gente que se concentre en algunas partes principales, Parque Principal de Funza, yo estoy aquí en este momento ubicado en Funza entonces podemos hacerlo aquí’. Y otro escribió ‘Plaza de Bolívar de Bogotá’ y nosotros, ‘bueno, pongamos Plaza de Bolívar de Bogotá’, y alguien escribió en Cali, y alguien escribió en Bucaramanga. Entonces empezaron a llegar muchas cosas y mucha gente comenzó a escribir al evento, ‘que sí me voy a sumar’. Entre 9 y 11 de la noche, hubo como 10 mil personas que se sumaron al evento, y al otro día ya había convocatoria al cacerolazo en horas de la noche en casi todo el país. Entonces fue una cosa muy espontanea afortunadamente” (Entrevista Castro, junio 202).

Si bien, en efecto, una dosis de espontaneidad resultó de la indignación ante la negativa presidencial del paro, hubo agentes portadores que representaron la rabia y convocaron a la solidaridad: organizaron iniciativas de apoyo al paro, aportaron sus recursos para distribuir imágenes de las puestas en escena y contribuyeron a posicionar mensajes y tendencias en redes sociales. Junto a “Cacerolazo por Colombia”, iniciativa

de miembros del portal de noticias alternativo *Macarenazo*, la solidaridad con el paro fue congregada mediante varias páginas de Facebook. El Partido del Tomate -movimiento naciente que se autorrepresentaba como alternativa frente a la política tradicional- informó sobre puntos de concentración a lo largo de todo el país a través de su perfil (ver Imagen 15). Se crearon convocatorias específicas para distintas ciudades. Colombianos en el extranjero también se sumaron a este movimiento. La página “Latinoamérica Apoya el Paro Agrario en Colombia” convocó a un evento de apoyo en Ciudad de México (ver Imagen 16) mediante una imagen que reflejaba la solidaridad de habitantes de México, quienes tendían la mano en apoyo hacia sus vecinos colombianos en el sur. Esta misma página compartió información sobre manifestaciones similares en Argentina, Francia, Estados Unidos e Italia.

¡TÓMATE EL CACEROLAZO NACIONAL!



Salgamos hoy **26 de Agosto** a las **6:00 p.m** a marchar en las principales plazas de nuestro país.

LUGARES:

- Medellín:** Parque de los Deseos.
- Cali:** Parque de las Banderas.
- Bogotá:** Parque Nacional.
- Manizales:** Plaza de Bolívar
- Bucaramanga:** UIS
- Pasto:** Parque Narino
- Chía:** Parque principal
- Yopal:** Parque el Resurgimiento
- Soacha:** Parque Principal
- Ipiales:** Plaza 20 de julio
- Ibagué:** Parque Manuel Murillo Toro.
- Armenia:** Plaza de Bolívar.
- Girardot:** Universidad de Cundinamarca.
- Chiquinquirá:** Plaza de la Libertad.
- Tunja:** Plaza de Bolívar.



 @TomatePartido
#CacerolazoNacional

Imagen 15. “#CacerolazoNacional”. Fuente: Página Facebook Partido del Tomate



Imagen 16. “No importan las fronteras”. Fuente: Página Facebook *Latinoamérica Apoya el Paro Agrario*

Además de convocar a manifestaciones, los grupos portadores compartieron información sobre la situación del campesinado y el día a día del paro que soportaban las clasificaciones morales binarias y las narrativas. En su invitación a los cacerolazos, la página “Emputados” enfatizó la contaminación de las esferas económicas y políticas con un mensaje que representaba el estatus quo colombiano como un software corrupto que requería la intervención de la ciudadanía mediante cacerolazos (ver Imagen 17). En el grupo “Solidaridad Internacional con Colombia y su Paro Nacional Agrario”, Ana Erazo compartió la narrativa de la victimización a manos de la policía: “Creo que la mejor forma de apoyar el paro colombiano es difundir la fuerte represión estatal que hoy azota a los campesinos y campesinas” (Ana Erazo, 2013).



Imagen 17. Sin título. Fuente: Página Facebook *Los Emputados*.

Los agentes portadores se caracterizaron por ser ciudadanos urbanos con formación universitaria, participación en medios de comunicación y experiencia en producción artística y audiovisual. Algunos vivían o venían de vivir fuera del país. Varios de ellos estaban conectados o empezaron a estarlo a raíz del paro y juntaron esfuerzos performativos en comunicar su solidaridad. En un intercambio de mensajes en Twitter, Victoria Solano (realizadora del documental 9.70) y X-Tian (caricaturista) expresan su acuerdo en compartir contenidos relativos a lo que estaba pasando (ver Imagen 18).



Imagen 18. Intercambio de conversaciones @SoyVictoriaSol y @UnCaricaturista. Fuente: Twitter.

Estos agentes portadores entablaron reflexiones sobre la necesidad de persuadir a mayores audiencias sobre el significado de la movilización campesina. Javier de la Cuadra cuenta cómo las organizaciones sociales que tradicionalmente lideraban las protestas se vieron interpeladas por iniciativas de renovación. Hubo “una reunión de comunicaciones en la CUT [Central Unitaria de Trabajadores de Colombia] en la cual estaban los dirigentes sindicales, gente de la academia, de los movimientos sociales y políticos” y, a pesar del consenso sobre “conceptos que se venían usando en la izquierda latinoamericana” (específicamente la existencia de un “trasfondo” neoliberal, capitalista y oligárquica), se plantea la necesidad de dar paso a “otras formas de contar más frescas” con la intención de llegar a las audiencias con nuevas formas de comunicación, “que la gente se sintiera más identificada con un lenguaje más tranquilo, menos enrollado, menos ladrillo” (Entrevista de la Cuadra, junio 2020). Edgar Álvarez, quien compartió imágenes con plastilina, afirmó que su intención fue “enviar mensajes, sencillos, claros y directos” (Entrevista Álvarez, julio 2020). Victoria Solano relata cómo estos esfuerzos performativos también apuntaban a descolocar el guion del gobierno:

“A diferencia del tono violento que utilizaba el gobierno, nosotros hacíamos videos divertidos, tratábamos de hablar con ironía, utilizábamos el lenguaje de las redes, pero al mismo tiempo denunciábamos con firmeza: nos juntábamos con artistas conocidos en Colombia y al mismo tiempo sumar a sus seguidores a la campaña. Siempre sonriendo, siempre bajando el debate al nivel de todo el público, siempre agregando pruebas que sustentaran nuestra demanda” (Doc Society, 2017).

La experiencia del documental 9.70, que contribuyó a focalizar el debate público sobre los TLCs en una situación concreta (la certificación de semillas), ilustra los esfuerzos por estar “en sintonía” con las audiencias. Este documental se viralizó antes de su estreno. Victoria Solano (realizadora) tomó “la decisión de enviarle un link privado con contraseña en Vimeo a un amigo”, quien lo compartió con otro amigo, quien “lo envió a otro conocido y así, en 24 horas, más de 7000 personas habían visto nuestro documental en un link privado de Vimeo” (Doc Society, 2017). Entonces decidieron no negarle a su audiencia “aquello que quiere ver”, y pensaron que el paro era “el motivo justo para liberar nuestro documental [en YouTube] en apoyo con la protesta, tratar de mostrar por qué los campesinos protestaban y por qué el TLC los estaba llevando a la

quiebra” (Cartolano, productor en Doc Society, 2017). En efecto, el documental se viralizó y quienes lo compartían lo hacían como modo de explicar el porqué de la protesta campesina (ver Imagen 19).



Imagen 19. Mensajes sobre documental 9.70 y Paro. Fuente: Twitter.

Estos agentes portadores se definieron como alternativas frente a los medios de comunicación de masas. Para Javier de la Cuadra, “el Paro Nacional Agrario fortaleció los medios de comunicación alternativo”. Recuerda como ejemplos, además de su propio caso, el proyecto *Te lo Explico con Plastilina*, el documental 9.70 y al medio alternativo *Contagio Radio*. En este “frentear a RCN y Caracol” y “contar los paros de otra manera”

(Entrevista de la Cuadra, junio 2020) coincidió Solano, quien recuerda que a través de YouTube respondieron a la comunicación del gobierno y de medios masivos: “Si en horario central de una radio el gobierno afirmaba algo en contra nuestro, nosotros en la tarde por redes sociales lo desmentíamos. Esto le daba herramientas a nuestra audiencia para revertir el debate y allí los medios no tendrían otra posibilidad que devolvernos el espacio” (Doc Society, 2017).

La intención en comunicar indignación partió de la identificación de estos agentes portadores con la situación del campesinado. Edgar Álvarez, creador de *Te lo explico con plastilina*, recuerda que “me parecía tan absurdo lo que estaba pasando que fue muy significativo, muy personal, y era eso, como somatizar todo eso que estaba pasando en mi país”. La idea de un ancestro campesino fue central para definir esta identificación psicológica. Álvarez afirma que “Yo vengo de familia campesina” y “por fin sentía que había algo que nos identificaba como colombianos y era ese hecho de ser agrodescendientes” (Entrevista Álvarez, julio 2020). De la Cuadra afirma que “todavía nuestros abuelos son campesinos o eran campesinos, el tío o la tía, tenemos alguien cercano campesino” y por eso “las personas de las ciudades tenemos la mayoría una experiencia campesina que contar” (Entrevista de la Cuadra, junio 2020).

5.3. Apoyo de la derecha al paro

Las clasificaciones y narrativas que sustentaron la solidaridad hacia la protesta campesina enfatizaban la idea de que su carácter civil estaba fuera de duda. En su crónica sobre el paro, Schipani afirmó que, a diferencia de otros momentos, durante el paro “los colombianos, respaldados por mayores libertades civiles, están haciendo caso omiso de estos temores” a ser señalados como miembros de la guerrilla y citó a Pachón, para quien “esto es un avance para cualquier sociedad” (Schipani, 2013).

La variedad de nombres que tomó el paro reflejó la pluralidad de aspiraciones a las que estaba asociado. Mientras que sectores liberales y de derecha lo calificaban como “paro campesino”, “agropecuario” o “agrícola”, convocantes de la MIA compartían la denominación de “Paro Nacional, Agrario Y *Popular*” con militantes de izquierda para

quienes la violencia se justifica en la justa rabia de los sectores populares. El apoyo al paro no implicó el desconocimiento de la presencia de discursos no civiles representados en sectores radicales al interior de los convocantes campesinos. El expresidente Uribe, quien no se mostraba crítico frente a la protesta, publicó a través de Twitter varias alusiones a la presión insurgente: “Tumaco, terrorista Farc presiona a los campesinos para bloquear vías” (Álvaro Uribe Vélez, 2013a), y “Que tal estos “angelitos”?: Frente 27 de las Farc presiona a manifestantes en el Meta” (Álvaro Uribe Vélez, 2013b). Para Víctor Correa, líder de Dignidad Cafetera, sería “ingenuo” esperar que “los actores armados en los territorios donde tienen control no están en las movilizaciones” (Entrevista Correa, julio 2020).

Diferentes esquemas de interpretación se trenzaban para recalcar el carácter puro del movimiento a pesar de la presencia de actores impuros. El apoyo al paro se basó en una idea también expresada por Correa: que los actores armados no eran “El movimiento”, que el paro no “responde a eso” y que, por el contrario, los campesinos tenían “sus agendas propias, sus organizaciones propias, más allá de los actores armados. Mucho más allá, incluso muchas veces en resistencia a los actores armados en los territorios” (Entrevista Correa, julio 2020). La interpretación sobre la autenticidad campesina fue compartida por actores de derecha. Si bien el radicalismo presente en el paro fundamentó las imputaciones de infiltración insurgente, éstos también expresaron respaldo hacia la protesta a partir de su propia lectura del conflicto.

Este apoyo de parte de actores de derecha se construyó sobre una narrativa de amenaza contrainsurgente. En el momento en que se realizaba el paro, Juan Manuel Santos personificaba la traición desde el punto de vista de muchos actores del campo de la derecha y especialmente desde quienes sostenían con mayor fuerza una clasificación contrainsurgente. Al ser elegido presidente había tomado decisiones en dirección opuesta a lo que se esperaba de quien había sido ministro de defensa del gobierno antecedente presidido por Álvaro Uribe. El cisma con este representante de un importante sector de la derecha colombiana se debió a la decisión de entablar negociaciones con las FARC. Al tomar esta decisión Santos fue acusado de establecer sus relaciones con

base en la traición, atributo negativo tanto desde un discurso de hacienda como de una lógica bélica.

En esta lógica, los esfuerzos por alcanzar un acuerdo de paz fueron vistos como indicio de que se acercaba un terrible caos. *Contexto Ganadero*, portal informativo de la conservadora Federación Colombiana de Ganaderos (Fedegan), publicó columnas que reflejaron esta visión. En una de ellas se afirmó que “En La Habana, las Farc gesticulan y el Gobierno calla. Así, las ideas de las Farc, sin contrapartida ni réplica oficial, comienzan a emerger como una alternativa razonable” (Mackenzie, 2013a). En *El Colombiano*, el columnista Rafael Nieto Loaiza dijo sentir que “vamos hacia peor” puesto que “El futuro de Santos, para mal de todos los colombianos, está en manos de las Farc y sus aliados. ¡Que Dios nos agarre confesados!” (Nieto, 2013). Incluso un columnista liberal mencionó que con Santos percibía “el regreso de algo que creíamos superado: la vieja costumbre colombiana del pesimismo nacional, esa dañina idea de que el país no solo no va bien, sino que no puede hacerlo, que el fracaso de este proyecto de nación es inevitable, está condenado” (Silva Jaramillo, 2013).

La narrativa de que el gobierno de Santos ponía en peligro al país y permitía que una amenaza insurgente avanzara orientó las interpretaciones realizadas por miembros de la derecha durante el paro. Se consideró escandaloso que cediera la autoridad, institución sagrada, al doblegarse ante guerrilleros en un proceso de paz engañoso mientras se negaba a tratar con justicia a “campesinos desesperados” (Valencia Laserna, 2013a) que habían tenido que acudir a una justa “protesta civilizada” (Lafaurie, 2013a). Paloma Valencia lamentaba que para él “los paros eran insignificantes ante los avances en la paz” (Valencia Laserna, 2013a). José Félix Lafaurie reprobó que “Las armas y el delito son los que capturan su atención para el trámite de los reclamos” (Lafaurie, 2013a). Su negación del alcance nacional de la protesta revelaba una peligrosa desconexión con una realidad amenazante. Salud Hernández advirtió que “debería bajar de su torre y capotear personalmente la insatisfacción de la gente antes de que tanta indignación se le convierta en una primavera incendiaria” (Hernández, 2013b). Rafael Nieto afirmó que vivía “encerrado en la Casa de Nariño, aislado en las mieles del poder” (Nieto, 2013).

Además, se consideró que su guion de desafío al orden público era engañoso. Lafaurie afirmó sentir “escozor” ante la negativa presidencial del paro y afirmó que el presidente sí negociaba “en las regiones donde las guerrillas activaron las vías de hecho para debilitar políticamente al Gobierno” (Lafaurie, 2013b) más no con quienes protestaban pacíficamente. También hubo advertencias sobre cómo un tratamiento de fuerza ante actores sociales llevaba a dar credibilidad a las narrativas de la insurgencia. Acevedo afirmó que el tratamiento de orden público a la protesta no diferenciaba “el conflicto social del conflicto con los violentos” con lo cual le daba “la razón a quienes hablan del conflicto social y armado” (Acevedo, 2013a), es decir, al campo insurgente.

Las narrativas que vinculaban campesinado y sociedad fueron compartidas por columnistas de derecha, quienes enfatizaban la idea de victimización. Rafael Nieto afirmó que “La pobreza del país se centra, en su mayoría, en las áreas rurales” a lo cual se sumaba “que son los campesinos quienes más sufren la violencia y el narcotráfico” (Nieto, 2013). Se enfatizó que la guerrilla era en gran medida responsable de esta situación. Álvaro Uribe trinó “campesinos no pueden trabajar con leche a 500 pesos y fusiles de Farc” (Álvaro Uribe Vélez, 2013c) y “Farc presiona a los campesinos maltratados por el descuido del Gbno” (Álvaro Uribe Vélez, 2013d).

Además de una narrativa contrainsurgente, algunos atributos que sustentaron la solidaridad civil se imbricaron con ideales presentes en la visión orgánica de la sociedad propia de una visión conservadora. Junto a la búsqueda de igualdad en medio de una profunda desigualdad económica, se enfatizó la “humildad” como atributo del campesinado. En simultaneo con una aspiración universalista se insistió en el valor familiar de los antepasados como vínculo que hacía merecedor de apoyo a los convocantes. La presencia de esta visión en el apoyo civil no pasó desapercibida. La columnista Tatiana Acevedo afirmó que la empatía “puede venir acompañada de descripciones peligrosas” y “reforzar algunas de las ideas que pretende denunciar”, y cuestionó una visión paternalista en la cual “todos los campesinos son necesariamente estatuas o menores de edad que deben ser acompañados por ciudadanos” (Acevedo Guerrero, 2013).

Lo que Tatiana Acevedo interpretó, desde una posición civil, como una intrusión peligrosa constituyó ciertamente un puente entre divisiones culturales que dio mayor alcance a la solidaridad hacia los manifestantes. También evidenció que la oposición de la derecha al gobierno y su respaldo a la protesta campesina no constituyó un mero cálculo instrumental, sino que se construyó simbólicamente como parte de una cruzada por el mantenimiento de la armonía colectiva amenazada por un peligroso proceso de paz. La protesta campesina fue vista como expresión de descontento frente a este presidente tanto anticivil como traidor.

Sin proponérselo, el gobierno dio un impulso inusitado al paro. La solidaridad expresada en el espacio público y distribuida a través de redes sociales y medios de comunicación puso de manifiesto la vitalidad comunicativa de la esfera civil en Colombia. Hubo contingencias favorables al éxito performativo: convergieron interpretaciones favorables a la protesta en un momento de fuerte crítica al gobierno desde amplios sectores de la sociedad. Actores de derecha, tradicionalmente opuestos a formas de movilización social, respaldaron al paro. Con todo, la conjunción de estos factores no sería suficientes para explicar el paso entre éxito performativo y transformaciones institucionales. El poder civil expresado en las calles no bastaría por sí mismo para lograr cambios en la respuesta oficial si no fuera porque el gobierno tenía la motivación de presentarse a sí mismo como un gobierno democrático y dialogante. El gobierno emprendería acciones correctivas que para convencer a las audiencias de que sus intenciones reformistas y sus aspiraciones de paz eran ciertas.

6. Acciones correctivas, orden público y desenlace del Paro Nacional Agrario

Cuando finalizó el paro, estudiosos de la movilización social formularon un diagnóstico común. El activista Fernando Dorado afirmó que, si bien se trataba de “un hecho social y político de gran importancia nacional”, era necesario “reconocer que no ha tenido la contundencia e impacto que se esperaba” (Dorado, 2014). La propensión a la represión y el engaño del gobierno explicaría la limitación en los logros del paro. Planteó que “la amenaza, la represión, la desinformación y la ‘cooptación’ de algunos sectores agrarios y populares” eran los recursos oficiales. El historiador Medófilo Medina apuntó que tales estrategias se apoyaban “en una impresionante maquinaria represiva aceitada por la irrigación de recursos dedicados a la guerra interna” (Medina, 2013).

En efecto, el incumplimiento de los acuerdos alcanzados llevó a nuevas protestas durante los siguientes años. Igualmente, es cierto que hubo represión. Según el *Informe conjunto de las organizaciones de derechos de Colombia para el Examen Periódico Universal de Colombia* (2017), durante el paro se registraron 902 agresiones de la fuerza pública²¹. La Fundación para la Libertad de Prensa (FLIP, 2013) reportó 33 ataques a periodistas que cubrían manifestaciones entre julio y agosto del 2013, 14 de protagonizados por el Escuadrón Móvil Antidisturbios (Esmad) y 11 por la policía.

Pero incumplimiento de acuerdos y represión policial no son elementos suficientes para evaluar los logros del paro. Un periodista hizo un diagnóstico diferente para BBC: “aunque el año cierra en medio de reclamos por supuestos incumplimientos del gobierno, tal vez en 2013 los políticos terminaron de convencerse de que ya no pueden seguir ignorando los problemas del campo colombiano” (Wallace, 2013). Describió al presidente más allá de su rostro represor: “a pesar de sus duras palabras en contra de la violencia, Santos –quien desde su llegada a la Casa de Nariño reconoció la necesidad de profundas transformaciones en el campo– no dejó de reconocer la justicia detrás los reclamos de los campesinos colombianos y el diálogo fue reanudado” (Wallace, 2013).

²¹ Entre estas agresiones hubo 15 asesinatos, 7 actos crueles o torturas (incluyendo un caso de abuso sexual), 315 detenciones arbitrarias, 40 golpizas, 329 lesiones y 5 lesiones graves que provocaron incapacidad parcial o total (Organizaciones de Derechos Humanos de Colombia, 2017).

A partir de la oleada de indignación y solidaridad con el paro, Juan Manuel Santos emprendió acciones correctivas encaminadas a reforzar su imagen como demócrata. Estos esfuerzos del gobierno en poner en escena una posición civil abrieron oportunidades para que el PNA cristalizara institucionalmente sus logros. No obstante, el apoyo ciudadano, central para provocar este cambio, perdió credibilidad a medida que incrementaron acciones de violencia. Si bien la solidaridad con los campesinos continuó, hubo un quiebre en la coalición simbólica que había sostenido el apoyo al paro: mientras que sectores liberales y de izquierda enfatizaron la necesidad de que el gobierno sostuviera el conflicto en un plano civil, desde la derecha se intensificó la preocupación ante una amenaza insurgente y se respaldó a la fuerza pública. De este modo, los convocantes también se vieron obligados a emprender sus propias acciones correctivas y aceptaron los términos del diálogo sugeridos por el gobierno. Aunque los alcances institucionales del PNA no fueron satisfactorios para las organizaciones campesinas, el posicionamiento de la imagen pública de sus convocantes contribuyó a emprender futuras transformaciones regulativas y a posicionar posteriores episodios de protesta.

El objetivo de este capítulo es describir cómo la estabilidad civil del paro, lograda gracias al performance solidario, perdió fuerza a medida que se abrieron costuras en las actuaciones urbanas de apoyo. Primero expongo los esfuerzos del presidente en presentarse cómo un demócrata genuinamente interesado en alcanzar la paz y cómo esto orientó sus acciones correctivas durante el paro. A continuación, presento cómo la estabilidad civil del paro se erosionó. Tanto la respuesta oficial como la interpretación de críticos en medios de comunicación evidenciaron una reapertura de la tensión entre codificación civil y clasificación bélica en la interpretación sobre las acciones de protesta en Colombia. Finalmente presento el desenlace del paro.

6.1. Performance civil y acciones correctivas del gobierno

El 10 de diciembre del 2016, Juan Manuel Santos recibió el Premio Nobel de la Paz. En su discurso de recepción declaró haber vivido a ambos lados de la línea que separa la guerra de la paz: “He sido líder en tiempos de guerra –para defender la libertad

y los derechos de los colombianos— y he sido líder para hacer la paz”. Por lo tanto, afirmó, sabía por experiencia propia que era “más difícil hacer” ésta que aquella:

“Cuando es necesario, debemos estar preparados para luchar, y a mí me correspondió —como ministro de Defensa y como presidente— combatir a los grupos armados ilegales en mi país. Lo hice con efectividad y contundencia, cuando los caminos de la paz estaban cerrados. Sin embargo, es insensato pensar que el fin de los conflictos sea el exterminio de la contraparte. La victoria final por las armas —cuando existen alternativas no violentas— no es otra cosa que la derrota del espíritu humano” (CNN Español, 2016).

En sus palabras, Santos comunicó una aspiración de paz imbricada con un horizonte de solidaridad civil. A lo largo de su gobierno (2010-2014 y 2014-2018) intentó transmitir que era un presidente comprometido con la paz. En las elecciones presidenciales del 2014 fue reelegido con la promesa de llegar al acuerdo con las FARC que lograría en el 2016. Al recibir el Premio Nobel manifestó su vocación por un futuro diferente basado en un horizonte de solidaridad universalista “El acuerdo de paz en Colombia es un rayo de esperanza en un mundo afectado por muchos conflictos y demasiada intolerancia” (CNN Español, 2016).

Como evidencia de la autenticidad de sus intenciones, emprendió una agenda legislativa no sólo reformista sino orientada a la reparación de las víctimas²². El esfuerzo por transmitir su voluntad de paz también supuso exigencias performativas. Ser consecuente con este papel requirió de su parte encarnar una actitud democrática, abierta al diálogo, a la negociación y respetuosa de las libertades civiles. Pero Santos también tenía otro tipo de presiones en el sentido de demostrar que sus aspiraciones de paz no implicaban cesiones gratuitas a la insurgencia. Parafraseando sus palabras, debía demostrar que no sólo estaba preparado para la paz, sino también para la guerra. De esta forma, el trato que dio al paro osciló entre una narrativa civil según la cual la protesta era legítima pero pequeña y particularista, y una narrativa contrainsurgente que alertaba sobre el desafío al orden público por parte de actores tras las sombras.

²² El mayor gesto en este sentido fue el impulso a la Ley 1448 de 2011 (Ley de Víctimas y Restitución de Tierras).

Durante los primeros días del Paro Nacional Agrario y especialmente a partir de su negación del alcance nacional de la protesta, la imagen de compromiso del presidente con el discurso civil se había visto profundamente afectada. Para reforzar su actuación como líder demócrata, comprometido con la solución pacífica de los conflictos, inició una serie de acciones correctivas. El 26 de agosto viajó a Tunja a dialogar con los líderes campesinos. Respecto a su frase afirmó “ofrezco disculpas porque no era mi intención ni mucho menos subestimar la importancia de las reclamaciones justas de los campesinos de Boyacá, de Cundinamarca, de Nariño” (Presidencia de la República – Colombia, 2013e). Con estas palabras, Santos reconoció la fusión entre actores y guion: los convocantes respondían efectivamente a los papeles que representaban. También emprendió una reparación civil a nivel comunicativo al reconocer que era justo reclamar por acuerdos incumplidos - “ustedes tienen toda la razón con esa forma de protestar por los incumplimientos”-, y afirmó que seguiría el consejo de un campesino que le había dicho que “de esta crisis podemos sacar una gran oportunidad” (Presidencia de la República – Colombia, 2013e). Con estas palabras, Santos condensó las narrativas de apoyo al campesinado e intentó posicionarse como actor civil que participaba de esta solidaridad.

El 29 de agosto, tras varios días de manifestaciones urbanas, realizó una alocución presidencial en la cual insistió en una codificación civil del conflicto. Después de afirmar que “estamos atravesando por una tormenta”, articuló una narrativa sobre la victimización campesina similar a la que expresaban ciudadanos solidarios: la tormenta era provocada por “la acumulación del abandono y de falta de políticas en el sector agropecuario durante muchísimo tiempo” y “Los campesinos son los que más han sufrido de ese abandono” (Presidencia de la República – Colombia, 2013g). Por lo tanto, las protestas eran “legítimas” y sus argumentos “válidos”. El apoyo solidario también: “las causas son justas, son reales, yo también creo que ahí hay situaciones que dan pie para protestar”.

Como muestra de su voluntad de convertir la crisis en oportunidad y vincular la solución de la crisis del campo con la construcción de paz, Santos propuso la creación de un “Gran Pacto Nacional por el Agro y el Desarrollo Rural”. Al terminar la primera reunión para este acuerdo reiteró su voluntad de paz y manifestó que la protesta

campesina había sido posible por el contexto transicional. Afirmó que “Ahora que se levantó la cortina de plomo del terror paramilitar, que se ha replegado el terror guerrillero, o por lo menos iniciamos un proceso de paz”, era posible para los campesinos “plantear su crisis económica y de bienestar”. En este sentido, “estas movilizaciones de energías colectivas”, probaban que se estaba “superando el poder inhibitorio de la violencia” (Presidencia de la República – Colombia, 2013h).

Óscar Naranjo, quién había sido General de la Policía Nacional y en ese momento hacía parte del equipo negociador con las FARC en Cuba, compartió esta articulación entre protesta y transición: “la protesta social desnudó la necesidad de dignificar la vida de nuestros campesinos acelerando la modernización del sector rural, al que hace más de medio siglo convertimos en un triste teatro de guerra, surge la tarea inaplazable de trazar la agenda de las grandes transformaciones” (Naranjo, 2013). El panorama dibujado en estas palabras fue sentido como real por un sector de la sociedad colombiana que apoyó el proceso de paz y que vio en el paro el testimonio de un cambio democrático. Una columnista escribió que “Los líderes campesinos se pudieron expresar y movilizar masivamente con libertad, sin el miedo que durante estos años se apoderó del escenario social y del espíritu de la gente” (Bonilla, 2013b).

Pero la sensación de cambio no fue necesariamente acompañada de un convencimiento sobre la autenticidad civil del presidente. El fracaso de sus esfuerzos por encarnar un liderazgo democrático se debió en gran medida a la oscilación entre discurso civil y clasificación contrainsurgente. Varios columnistas insistieron en lo que consideraron ambigüedades y contradicciones de Santos. A la pregunta de “¿por qué una parte de la opinión pública no percibe y no da crédito a un gobierno que está solucionando problemas estructurales del país?”, un comentarista respondió que se debía a que “el mismo gobierno no ha sido claro con su narrativa de visión de país y de sus realizaciones” (Montenegro, 2013). Una periodista afirmó que

“Se muestra errático, parece no tener un diagnóstico claro, vacila sobre el camino a seguir. Al parecer, duda entre dos visiones encontradas en el seno del Gobierno: la que ve la mano de la Marcha Patriótica y la influencia de las Farc detrás de las protestas (la teoría de la conspiración del ministro de Defensa), y la que reconoce la legitimidad de las

movilizaciones que vienen gestándose de tiempo atrás, pero no desconoce que algunas pueden estar infiltradas por agentes de la guerrilla (la de ‘Lucho’)” (Samper, 2013).

6.2. Refuerzo del orden público: violencia y costuras en la solidaridad civil

Si bien los intentos de Santos en personificar un discurso civil no habían sido del todo exitosos, sus acciones correctivas sí habían implicado un cambio en el drama. El paro había entrado en un terreno civil -construido con base en la solidaridad ciudadana y los esfuerzos performativos del gobierno- que permitía poner en el centro de la agenda pública la discusión sobre la situación del campo y sus habitantes. Hasta ahora esta discusión había sido eclipsada por el debate en torno a la autenticidad de los manifestantes y a los impactos de la protesta sobre el bienestar de la población.

Medios nacionales dedicaron parte de su contenido a discutir cuáles eran las causas del estado en que se encontraban los campesinos. *Noticias Caracol* sacó una nota en la que profundizó, en la voz de algunos expertos, el porqué de la situación del campo en la que se afirmó “la necesidad de una política agraria que responda a las necesidades de los campesinos” (Noticias Caracol, 2013g). En columnas de opinión se discutieron las razones que explicaban la crisis del campo y el tipo de políticas requeridas para solucionarla. Rafael Mejía, presidente de la Sociedad de Agricultores de Colombia (SAC), celebró el Gran Pacto Nacional como lo mejor que había dejado el paro: “por fin, como se venía pidiendo, se comenzará a trabajar en una gran política de Estado hacia la recuperación del agro en Colombia” (Mejía, 2013). Progresivamente empezó una discusión sobre el carácter de ese pacto y si la participación de gremios tradicionales, como la SAC, era realmente una propuesta adecuada para conjurar los males del campo o si se requería la construcción de una política agraria exclusivamente con las organizaciones campesinas convocantes.

Pero el performance solidario que había respaldado el paro sufrió un revés. La solidaridad civil mostró sus costuras y el drama entró, de nuevo, en el terreno del orden público. La integridad civil que había sido transmitida a través de cacerolazos a lo largo de las ciudades colombianas fue fisurada por acontecimientos violentos sucedidos al

finalizar las protestas solidarias del 29 de agosto. A continuación, presento estos acontecimientos y la respuesta del gobierno. Enseguida detallo cómo críticos que habían respaldado el paro expresaron posiciones opuestas en su interpretación de lo sucedido.

6.2.1. Disturbios, saqueos y muertes: el desafío al orden público

El 29 de agosto fue convocada una nueva jornada de apoyo al paro. Las diferentes marchas realizadas ese día en Bogotá se encontraron en la Plaza de Bolívar, donde estaba programada una concentración pacífica. Pero manifestantes y fuerza pública empezaron unos fuertes enfrentamientos en uno de los accesos a la plaza. Pasadas las 2 pm Noticias Caracol emitió una nota de última hora en la que transmitió los disturbios. Al fondo se escuchaba una voz con megáfono vocear “nos vamos a retirar pacíficamente” mientras el presentador Juan Diego Alvira decía que las cosas estaban empezando “a salirse poco a poco de control” y era interrumpido por el disparo de un policía antimotín que se encontraba muy cerca. Alvira continuaba: “los enfrentamientos arrancaron sobre la carrera 7ma a la altura de la calle 11 y 12, fue inclusive necesaria la utilización de las tanquetas de la policía que, con gases lacrimógenos, empezaron a contener la situación” (Noticias Caracol, 2013h).

La gravedad de lo que estaba pasando fue transmitida por otra corresponsal, Paola Bermúdez, quien se refirió a los disturbios como una “batalla campal”, mencionó que los manifestantes “bastante agresivos” habían lanzado “pimpones llenos de pintura, pedazos de ladrillos, piedras, envases” y habían derribado las “ballas que resguardan el Palacio de Justicia y el Consejo de Estado” (Noticias Caracol, 2013). También reportó información sobre policías y civiles heridos. Se distribuyeron numerosas imágenes de violencia contra el Esmad. Mientras informaba que 36 policías tenían “heridas de gravedad” y uno de ellos “reviste un trauma craneoencefálico severo”, NTN24 compartía la imagen de un grupo de antimotines resguardados frente a la Casa del Florero (ver Imagen 20).



Imagen 20. Marchas en apoyo a campesinos terminan en disturbios entre policías y manifestantes.

Fuente: Canal YouTube NTN24.

Lo que ocurrió en la Plaza de Bolívar fue la mayor expresión de una jornada de violencia a lo largo del país. El corresponsal de NTN24 informó que en otras partes de la capital “se registraron saqueos, ataques directos a establecimientos de comercio, entidades bancarias, hubo personas que resultaron heridas” (NTN24, 2013c). El noticiero de Canal Capital, cadena local de televisión de Bogotá, reportó que la noche anterior los disturbios en Facatativá habían dejado “70 capturados y 40 heridos”, y se habían presentado saqueos y pérdidas económicas “incalculables” (Canal Capital Bogotá, 2013a). En Soacha hubo disturbios provocados por el bloqueo de la autopista sur, vía de acceso a Bogotá (NTN24, 2013c). En Suba, un joven “murió de un tiro en la cabeza en medio de las protestas” (El Tiempo, 2013n) y otra muerte similar ocurrió en Engativá. Gustavo Petro, alcalde de Bogotá, un líder de izquierda que había sido militante de la guerrilla M-19, decretó toque de queda en Bosa, Suba y Ciudad Bolívar y solicitó apoyo del Esmad para contener los disturbios en aquellas zonas de la capital (NTN24, 2013c).

En distintas ciudades se presentaron saqueos a locales comerciales y enfrentamientos con la fuerza pública. NTN24 indicó que, además de Bogotá, “en al menos 5 departamentos se presentan violentas protestas y bloqueos” (NTN24, 2013c). Noticias Caracol reportó que manifestantes en Ibagué (Tolima) prendieron fuego a dos Centros de Atención Inmediata de la Policía Nacional (CAI) e informó la muerte de un

campesino con arma de fuego en Coyaima (Tolima), donde hubo quema de vehículos (Noticias Caracol, 2013i). También relató enfrentamientos en Barbosa (Antioquia), donde “fue quemado un bus, se sintieron disparos, fue un escenario de fuertes enfrentamientos” (Noticias Caracol, 2013i). *El Tiempo* dio cuenta de que los acontecimientos de ese día “dejaron cuatro personas muertas y cerca de 200 heridos” (El Tiempo, 2013n).

En respuesta a esta oleada de violencia, el presidente retomó el guion del desafío al orden público. Esta vez, junto a la idea de infiltrados, se refirió a la presencia de “vándalos”, “desadaptados” y “criminales” que “sólo quieren causar caos y destrucción y dañar los bienes públicos y privados” (Presidencia de la República – Colombia, 2013d). Reafirmó la necesidad de salvaguardar el orden público frente a amenazas de actores anticiviles: “Es inaceptable, inaceptable, que las acciones de algunos afecten de manera grave la vida de la mayoría” y “el derecho a la protesta y nuestra disposición al diálogo no significa que deban soportarse atropellos de desadaptados y de criminales contra los ciudadanos de bien” (Presidencia de la República – Colombia, 2013i). Retomó la idea de actores ocultos, no sólo tras los disturbios sino también como causantes de otro tipo de situaciones a lo largo del paro. Aseveró que estos actores presionaban a los campesinos para sumarse a la movilización y opuso la protesta auténtica de los “verdaderos campesinos” a la “protesta con extorsión” que se hacía “obligada a punta de fusil o de amenazas”. Afirmó que durante las negociaciones sostenidas con convocantes en Tunja era evidente la presencia de intereses ocultos, contrarios a los de los campesinos, y señaló a Marcha Patriótica como responsable: “El movimiento Marcha Patriótica no busca sino llevarnos a una situación sin salida para imponernos su propia agenda. No les importa para nada los intereses de los campesinos. Ni que se logren acuerdos regionales. Solo les importa su agenda política” (Presidencia de la República – Colombia, 2013i).

Afirmó que “la paciencia se agota”. Levantó la negociación en Tunja y ordenó la militarización de las zonas de mayor violencia y la puesta en marcha de caravanas con transportes de alimentos escoltadas por la fuerza pública. Para llevar a cabo estas acciones fueron destinados 50 mil miembros del Ejército, 5300 de los cuales patrullaron las calles de Bogotá (El Tiempo, 2013ñ). Otros actores del gobierno compartieron el llamado a salvaguardar el orden público y la afirmación de que vándalos e incluso

insurgentes eran responsables de la violencia. La Policía de Cundinamarca publicó una lista con imágenes de 49 personas pertenecientes a un “Cartel de los Vándalos” por cuya información ofreció recompensas económicas (El Espectador, 2013f). El ministro de Defensa, Juan Carlos Pinzón, dijo que se habían identificado “tres componentes” del paro: “campesinos, con reclamaciones legítimas, un componente de estudiantes, con quien el Gobierno nacional quiere atender sus inquietudes, pero también un componente de vándalos” (El Tiempo, 2013o).

Pinzón agregó que los vándalos estaban “al servicio de intereses oscuros, entre ellos terroristas de las FARC” (El Tiempo, 2013o). El Fiscal Eduardo Montealegre hizo un llamado “a las Farc de que en estos momentos que se busca un proceso de paz, no podemos volver a las viejas tesis de la combinación de las formas de lucha, no podemos combinar la protesta social con la lucha armada” (El Tiempo, 2013o). Germán Vargas Lleras, exministro del interior, afirmó que había quedado en evidencia “que muy al margen de los reclamos del sector campesino existe una estrategia perfectamente coordinada y que obedece a un interés bien distinto para prolongar indefinidamente las protestas, vulnerando los derechos constitucionales de todos los colombianos” (El Tiempo, 2013p).

6.2.2. Estabilidad y erosión del suelo civil: la opinión pública después del 29 de agosto

Esta oleada de violencia restó estabilidad civil al paro, pero también fue significativa respecto a sus logros. Al revisar las interpretaciones en medios de comunicación frente a los acontecimientos del 29 de agosto se encuentra que el carácter civil de la protesta campesina nunca fue puesto en duda. Hubo una clara demarcación entre la justicia del campesinado y sus reivindicaciones, por una parte, y la presencia de actores anticiviles que no se consideraban parte del paro, por otra. Esta separación fue resaltada en medios factuales. Durante el cubrimiento de los disturbios en la Plaza de Bolívar, el corresponsal de NTN24 dijo que la violencia provenía “de personas que no tienen nada que ver con el paro agrario” (NTN24c). El presentador de Noticias Capital afirmó que ese noticiero estaba “comprometido con el respeto a los manifestantes no a

los vándalos” (Canal Capital Bogotá, 2013a). El presentador de Documentales Pirry indicó que era “muy importante que la gente no se confunda, que no crean que los campesinos de Boyacá, Nariño y Cundinamarca tienen algo que ver con esta otra horda” (Aurelio Suárez, 2013). Un columnista escribió “No creo que un campesino que busca recibir un ingreso justo por la venta de su cantina de leche salga a quemar carros en las carreteras” (Calvás, 2013).

Hubo distintas identidades asociadas a estos disturbios, ninguna de las cuales fue considerada como perteneciente al paro. En su editorial del 31 de agosto, El Tiempo afirmó que “estamos frente a una protesta legítima” a pesar de “los esfuerzos de los vándalos por desacreditarla y ocultar las reivindicaciones tras el irracional afán de destrucción mostrado” (El Tiempo, 2013q). “Son jóvenes encapuchados quienes en algunas ocasiones podrían ser estudiantes de universidades públicas que han decidido manifestarse de forma violenta” dijo el corresponsal de NTN24 (2013d). Otro periodista sugirió que se trataba de actores políticos extremistas no pertenecientes al movimiento campesino: “uno nunca sabe qué interés persiguen, quién les paga, si son de la extrema izquierda o de la extrema derecha” (Aurelio Suárez, 2013). Un columnista se refirió a “agitadores profesionales” ocultos “tras las capuchas para cometer las mayores tropelías y quedar impunes” (Páez, 2013). El alcalde de Bogotá afirmó que “Las bacrim [bandas criminales] están detrás del sabotaje a la movilización pacífica y los campesinos” (El Espectador, 2013g).

Hubo quienes consideraron que la infiltración era realmente una estrategia de la policía. Un comentarista escribió: “sí hubo infiltrados violentos en el paro agrario. El Espectador, en la pasada edición dominical, pág. 7, muestra la foto de un policía vestido de civil golpeando al fotógrafo L. Noriega cuando cubría la manifestación en la Avenida del Ferrocarril, en Medellín” (Isaza, 2013).

Más allá de la identidad de los actores violentos, la demarcación entre éstos y los manifestantes campesinos implicó una gran distancia en la posición ocupada por cada uno en las clasificaciones morales binarias a través de las cuales se había apoyado al paro. La violencia tenía un profundo carácter contaminante frente a la protesta. Se manifestó que era “doblemente triste e indignante y frustrante que mientras los

campesinos protestaban y recibían los golpes” aparecieran “delincuentes de la capucha” que generaban “desinformación”, terminaban por “dañar la legítima protesta” y daban “argumentos al gobierno para atacar las justas reclamaciones de los labriegos” (Aurelio Suárez, 2013). También se afirmó que “por culpa de los desadaptados de ayer cualquier nueva marcha o plantón de apoyo a los campesinos será visto como un encuentro de criminales” (Calvás, 2013).

Incluso columnistas de derecha insistieron en lo desafortunado de que las “justas protestas de los campesinos hayan sido distorsionadas por quienes quieren ir más allá del carácter reivindicativo del paro” (Acevedo, 2013b). El aumento de violencia fue visto como una prueba de que la infiltración al paro había tomado fuerza: “a la que en principio era una tenue infiltración de amigos de las guerrillas se han sumado las voces y acciones de grupos de extrema izquierda, de milicias bolivariano-chavistas y de encapuchados anarquistas de profesión” (Acevedo, 2013b). Irónicamente, la narrativa de infiltración fue considerada como una prueba en favor del carácter civil del campesinado más que, como había sido en el discurso del gobierno, una prueba sobre los peligros del paro. Por ejemplo, un habitante de Facatativá encontró en la infiltración la respuesta a lo sucedido con una protesta que consideraba justa: “fatal, esto debería ser pacífico, pero yo creo que llegó fue infiltrado acá” (Canal Capital Bogotá, 2013a).

A pesar de los logros en la representación civil del campesinado, los acontecimientos del 29 de agosto constituyeron un quiebre en las coaliciones simbólicas que habían convergido en la homologación entre apoyo al paro y crítica al gobierno. Mientras algunos críticos cuestionaron la centralidad que se le daba a acciones violentas que calificaban como periféricas respecto a las manifestaciones, otros vieron con preocupación que sectores de izquierda tuvieran una agenda al interior del paro.

Para el primero grupo, el énfasis mediático y gubernamental en el vandalismo era una forma de quitarle protagonismo al paro. El columnista César Rodríguez afirmó que “sólo décadas de estar hablando de violencia explican que un puñado de vándalos reciba tanta atención noticiosa como una movilización ciudadana que no se veía hace 36 años” (Rodríguez Garavito, 2013b). Otro columnista dijo que ese énfasis dejaba “en evidencia a aquellos que en lugar de escuchar voces que se alzan prefieren el sonido de las bombas

que estallan” (Calvás, 2013). De este modo, se cuestionó que la violencia en el paro sólo contribuía a posicionar la legitimidad del gobierno. Otro columnista lamentó que “al presidente Santos los desmanes violentos le arrojaron un salvavidas” y que cada vez “que un encapuchado se ensañó con el vidrio de un banco, el Gobierno ganó espacio” (Rodríguez, 2013).

Se afirmó que una lectura centrada en el vandalismo contribuía a justificar la represión a manifestantes legítimos. El presentador Pirry se quejó de que los vándalos “se robaron en los medios la atención que tal vez se les debería haber prestado a las golpizas que muchos campesinos recibieron por parte de la policía más exactamente por el Escuadrón Móvil Antidisturbios” (Aurelio Suárez, 2013). Se denunció que el exceso en la respuesta policial afectaba incluso a personas que no participaban del paro. Una habitante de Barbosa señaló que la violencia policial era indiscriminada y enunció su propia posición social para respaldar esta afirmación: “mire mi casa cómo me la volvieron, y no respetaron la gente ¡y soy esposa de un agente de la policía!” (Noticias Caracol, 2013i).

Algunos columnistas señalaron los peligros de una clasificación bélica del conflicto. Se afirmó que el gobierno había retomado su discurso inicial, “haciendo suyas las palabras del actual y todos los ministros de Defensa anteriores: tras la ruana campesina se esconden infiltrados, guerrilleros, comunistas, la Marcha Patriótica, las cenizas del Mono Jojoy” y se señaló la contradicción entre las aspiraciones de llegar a un acuerdo con la insurgencia y el discurso contrainsurgente: “Por ahí mismo salió más de uno a justificar sus excesos [del Esmad] (‘es que son un mal necesario’), avalando en tiempos de perdón y paz el relato que entronizó el paramilitarismo” (Rodríguez, 2013). Igualmente, un columnista reprochó la contradicción entre el llamado de Santos a “imaginar un país en paz” y su uso de una narrativa de la infiltración que contribuía a erosionar la protesta ciudadana (inherente a ese país imaginado):

“La infiltración terrorista nunca hay que probarla. Su existencia y ponerle fin (de seguro que existe y nadie la ha podido frenar) no son la prioridad. Generalmente surge de informes de inteligencia de militares y policías, es denunciada por el ministro de Defensa de turno y reiterada por los presidentes. La frase retumba entonces por las emisoras, los

diarios y la televisión. Las manifestaciones se aligeran, el brazo de la autoridad cae con fuerza, y si hay muertos, pues eran los infiltrados” (Pacheco, 2013).

Actores del campo de izquierda expresaron un rechazo similar al tratamiento de orden público, y agregaron la necesidad de profundizar la lucha social. El *Semanario Voz* publicó un editorial en el cual cuestionó el carácter civil del gobierno, al que acusó de “buscar un chivo expiatorio”, con el fin de “justificar su propia incapacidad para enfrentar con criterio democrático y de apertura al diálogo la justa protesta social (Semanario Voz, 2013b). En el mismo medio el columnista Horacio Duque escribió sobre Santos: “verdadero jefe de la «hegemonía neoliberal» y exministro de todos los gobiernos de los últimos 20 años, no es la mansa paloma que se proclama. Es un jugador de poker al que pronto se le caerá la máscara para dejar ver su propia naturaleza violenta y autoritaria” (Duque, 2013).

En este sentido, se problematizó la demarcación entre protesta legítima en Boyacá, Cundinamarca y Nariño, y violencia ilegítima en otras regiones. El *Semanario Voz* afirmó que “Quien desestimó la actitud dialogante fue el Gobierno Nacional que se cerró a la banda y abrió algunas puertas muy pequeñas, pero con la intención de dividir el movimiento de protesta y aislar a la MIA, considerada por él como la “fea del paseo”” (Semanario Voz, 2013). Duque afirmó que Santos intentaba “Carameliar²³ a la pequeña propiedad de Boyacá, Nariño y Cundinamarca, con medicinas de baratija”, mientras desconocía a “los miles de campesinos pobres del Caquetá, Huila, Meta, Magdalena Medio, Antioquia, Nariño, Putumayo, Bolívar, Córdoba, Magdalena, Eje Cafetero, Sucre y Arauca reunidos en grandes concentraciones” (Duque, 2013). Esta demarcación evidenciaba el carácter “violento” del gobierno, al que fue contrapuesta la agenda de Marcha Patriótica, que tenía que ver con “la paz con justicia social” (Semanario Voz, 2013). En este sentido se comprendía la interpretación de Duque sobre las acciones de violencia del 29 de agosto: “La masa desató su furia contra las máquinas del orden policial, que es en lo que devino el orden liberal” (Duque, 2013). Igualmente, el *Semanario Voz* afirmó que la izquierda “no puede renunciar” a la lucha “por el poder”,

²³ En este contexto “carameliar” expresa la acción de ofrecer pequeñas cosas –literalmente “dar caramelos”- con el fin de aplazar o evadir la obligación o necesidad de brindar soluciones de mayor trascendencia.

especialmente cuando se evidenciaba que “la clase dominante” no gobernaba “con democracia” sino con “la violencia desde las alturas del poder” (Semana Voz, 2013).

En contraste con estas críticas al gobierno enunciados desde discursos civiles y revolucionarios-militantes, se erigió otro tipo de razonamientos que apuntó a cuestionar la agenda de sectores de izquierda armada al interior del paro. Desde un discurso civil se discutió la voluntad de paz de las FARC. Después de dejar claro que “el vandalismo del jueves no fue espontáneo ni de origen campesino” y que estaba “conectado con las Farc a través de la Marcha Patriótica”, el columnista Andrés Hoyos controvirtió la coherencia de este accionar: “Si lo que están negociando en La Habana es la paz, ¿qué sentido tiene que sigan recurriendo a métodos de guerra?” (Hoyos, 2013). Otro columnista escribió que, si bien durante el proceso de paz las FARC habían empezado a reconocer el ordenamiento institucional colombiano, la tradición de mezclar “política menuda e intimidación vía fusiles no solo los puede confundir a ellos mismos, sino que ha confundido al país entero”. Alertaba que si la insurgencia optaba por repetir su apuesta por la combinación de formas de lucha las cosas no saldrían bien: “alargar el capítulo armado mientras se juega un papel en los titulares de prensa es una estrategia excitante pero muy riesgosa” (Gaviria, 2013).

Por otra parte, desde actores de derecha hubo desplazamientos narrativos hacia una clasificación bélica que anunciaba el peligro insurgente expresado en el aumento de la violencia. El historiador Darío Acevedo advirtió que “los marxistas retóricos, de esos de escritorio, se frotan las manos aventurándose a calificar la coyuntura como revolucionaria”, y que los cambios en el accionar de las FARC eran a causa de un “cambio de estrategia, no de una renuncia a la revolución violenta”. Ahora se enfocarían en acciones de protesta en las grandes ciudades con el fin de “agudizar la “lucha de clases” y las contradicciones del régimen de forma que en un estado de agitación permanente emerjan como tabla de salvación” (Acevedo, 2013b). De igual forma, el líder gremial José Félix Lafaurie afirmó que “las guerrillas y la izquierda radical” estaban alentando “una campaña intimidatoria para incendiar el país y arrinconar al estamento”, en otras palabras, estaban tendiendo una “trampa pre-revolucionaria” que se apoyaba en los diálogos de paz (Lafaurie, 2013c). El apoyo a los “verdaderos campesinos empobrecidos”

(Lafaurie, 2013c) también fue de la mano con la idea de que el gobierno no sólo no estaba ejerciendo realmente la autoridad, sino que era complaciente con quienes respondían a la lógica insurgente. En este sentido, el gobierno no era sincero en su narrativa de infiltración y ocultaba la identidad real de los violentos. Un columnista sintetizó esta idea al titular su texto: “No son vándalos, imbécil. Son las Farc” (Mackenzie, 2013b).

Esta interpretación constituyó un encuadramiento muy diferente sobre el papel de la fuerza pública. Mientras que sectores civiles y de izquierda repudiaban su actuación, actores de derecha no sólo la veían necesaria, sino que llamaban a la sociedad a apoyarla. Acevedo afirmó que no era “razonable que los enemigos tradicionales y jurados de la Fuerza Pública aprovechen hechos desafortunados e indebidos para presentarlos como los malos del paseo” y justificó los excesos como provocados por trampas “de milicianos que se aprovechan de la protesta para realizar entrenamientos propios de guerrilla urbana” (Acevedo, 2013b).

El caso de Gloria Barreto, quien se interpuso entre manifestantes violentos y policías antimotines para defender a éstas (ver Imagen 21), fue considerado un acto cuyo heroísmo ejemplificaba cuál debía ser la relación entre ciudadanía y fuerza pública. El columnista Eduardo Mackenzie enumeró los atributos deseables encarnados por Barreto: “Gloria Barreto cree en el poder de la oración y en el respeto de las instituciones. Dice que su convicción no es la guerra y que está convencida que ‘toda autoridad viene de Dios y que por eso hay que respetarla’” (Mackenzie, 2013b), y afirmó que su “gesto” ilustraba cómo “la sociedad civil, por más desarmada que esté, puede jugar un papel central en la defensa de la fuerza pública y en la defensa de Colombia contra los terroristas y los planes totalitarios” (Mackenzie, 2013b). Un exdirigente político conservador, Juan Gómez Martínez, afirmó que no era “cobardía” que en “lugar de los policías proteger a la comunidad” fuera ésta quien protegiera a la policía; y coincidió con Mackenzie: “Es hora de movilizarnos en favor de nuestras Fuerzas Armadas que suficientes sacrificios han hecho en favor del pueblo colombiano. Ellos merecen el apoyo de los hombres de bien. No los podemos abandonar” (Gómez, 2013).



Imagen 21. “La mujer que protegió a la Policía. Fuente: Sitio web El Tiempo.

La división en el apoyo al paro, entre énfasis en un tratamiento de orden público a las protestas o intensificación de los diálogos, implicó para el gobierno el aumento de presiones para fortalecer una clasificación bélica del conflicto, con lo cual los convocantes al paro vieron disminuida la intensidad de apoyo a sus reivindicaciones.

6.3. Acciones correctivas de organizaciones campesinas: desbloqueo y negociación

Ante el posicionamiento de una clasificación bélica del conflicto, los convocantes emprendieron acciones correctivas encaminadas a dar pruebas de su carácter civil y a traducir en acuerdos los logros performativos alcanzados hasta el momento. Las Dignidades Agrarias solicitaron al gobierno retornar a la mesa de negociación en Tunja y, como muestra de la sinceridad de sus intenciones, iniciaron el desbloqueo de las vías. Insistieron en que el desbloqueo no significaba el fin del paro sino la reanudación de las conversaciones. Llamaron a los manifestantes a “mantener el paro, permitiendo el libre tránsito de los vehículos de todo tipo y apostándonos al borde de las carreteras” (Noticias Caracol, 2013j) y rechazaron los “actos vandálicos”. El ministro del Interior expresó que este era un “gesto muy importante, de buena voluntad” y la negociación prosiguió.

Mientras que el gobierno había dialogado con las Dignidades desde el inicio del paro, el CNA y especialmente la MIA -la “novia fea” en palabras del Semanario Voz- habían sido los principales objetos de cuestionamiento respecto a su autenticidad civil. Líderes de estas organizaciones declararon no estar representados en la mesa de Tunja, donde se concentraba la negociación con campesinos de Boyacá, Cundinamarca y Nariño. Según informó BBC, la MIA comunicó que, aunque “Respetamos y saludamos la mesa de Boyacá”, no era suficiente “dialogar con 3 departamentos” cuando eran “17 los que están movilizados” (BBC, 2013). A medida que el gobierno continuó acercamientos con estas organizaciones y acordó la apertura de mesas con cada una de ellas, inició el desbloqueo de vías en los últimos departamentos: Cauca, Nariño, Putumayo, Huila, Meta y Caquetá. Se anunció que el 8 de septiembre habría una negociación en Popayán (Cauca) en la cual el gobierno se reuniría con la MIA y el CNA.

Los acuerdos alcanzados con las Dignidades se orientaron a la implementación de programas y políticas que mitigaran los efectos de los tratados de libre comercio (El Tiempo, 2013r). Se acordó mayor intervención estatal en la regulación de precios de insumos productivos y en la búsqueda de mercados para los cultivos nacionales. En el caso del CNA y la MIA se acordó la creación de mecanismos de interlocución que permitieran a estas organizaciones negociar con el gobierno los puntos de sus pliegos. Inicialmente, espacios de diálogo como los alcanzados habían sido exigidos por estas organizaciones como medios para avanzar en las negociaciones que llevarían al fin del paro, más que como acuerdos para levantarlo. Por ejemplo, la MIA logró la creación de una comisión de alto nivel que estaría acompañada por la ONU, aunque esta comisión operaría después de finalizada la protesta, no durante la misma (Acta de Acuerdo, 8 de septiembre 2013).

El gobierno continuó con su propuesta de un Gran Pacto Agrario como solución definitiva a la crisis del campo. En la formulación de este pacto, Santos retomó el tipo de medidas que había acordado con las Dignidades y anunció un aumento considerable del presupuesto para el sector agropecuario (El Tiempo, 2013s). En efecto, en la opinión pública había respaldo a la idea de que era necesario formular una política pública como

solución a la crisis. Grandes gremios económicos, como la SAC, compartieron que una política así era una solución adecuada.

Pero esta propuesta no fue satisfactoria para las organizaciones convocantes al paro debido al protagonismo de los gremios agrarios tradicionales y a que la renegociación de los tratados de libre comercio no estaba sobre la mesa. Al terminar el encuentro del 12 de septiembre, Salvador Valero, líder campesino de Boyacá, dijo que “los de ruana” eran pocos mientras que había “muchas corbata” (Noticias Caracol, 2013e). Armando Acuña, caficultor de Huila, afirmó que “Le hemos pedido que el acuerdo sea con las bases, con los campesinos, no con las corbatas” (Noticias Caracol, 2013e). No sólo actores del campo de la izquierda sino también liberales afirmaron que esta propuesta no sólo no era suficiente, sino que además era un espacio que reproducía las inequidades que habían ocasionado el paro. En su editorial del 13 de septiembre, El Espectador sostuvo que:

Falta, sobre todo, la participación campesina. Un pacto únicamente con los gremios no basta, no sería suficientemente representativo²⁴. ¿Con quiénes se habla, qué se negocia, qué realidad no atienden los decretos firmados desde Bogotá? Ahí vimos a los labriegos pidiendo en términos simples lo que el Gobierno no parece entender: hacer la hoja de ruta campesina con los campesinos. ¿Muy difícil? (El Espectador, 2013h)

Este clima llevó a que el cierre del conflicto fuera parcial. El 12 de septiembre, las organizaciones convocantes se reunieron para crear la Cumbre Agraria Campesina Étnica y Popular (CACEP), como una alternativa al Gran Pacto Agrario y un espacio de articulación a través del cual los campesinos propenderían por transformaciones más profundas.

Para los convocantes, los acuerdos logrados no fueron satisfactorios. No fue posible traducir institucionalmente el poder cultural logrado. Pero hubo importantes transformaciones simbólicas. A pesar de sus reservas, Medófilo Medina afirmó que “Al

²⁴ La alusión a los gremios se refiere a las organizaciones económicas tradicionales que han canalizado la intermediación entre gobierno y campesinado y que son lideradas por los principales poderes económicos del país. Por ejemplo, la Sociedad de Agricultores de Colombia (SAC) y la Federación Nacional de Cafeteros de Colombia. Las organizaciones campesinas que convocaron al paro constituyen esfuerzos por superar esa intermediación y establecer un diálogo directo entre campesinado y gobierno.

calor de las movilizaciones se ha visto reducida la eficacia del recurso a la infiltración” (Medina, 2013). A la pregunta sobre si el paro servía, el columnista Reinaldo Spitaletta contestó

“Claro que ha sido un avance cualitativo en la expresión del descontento, ha desnudado las políticas agropecuarias antinacionales de Santos, y le ha dado un profundo valor a la solidaridad, a la organización civilizada para promover las lides por la dignidad. El tal paro ha sido una escuela de la lucha de la gente contra los desafueros del poder” (Spitaletta, 2013b).

En efecto, el paro implicó una importante transformación en la representación pública del campesinado a partir de la cual fue posible potenciar posteriores transformaciones institucionales. En el 2014 la CACEP lideró un nuevo paro agrario -y otros dos en el 2015 y el 2016- y consiguió que el gobierno reconociera mediante el Decreto 870 una Mesa Única Nacional como espacio de interlocución entre organizaciones campesinas y gobierno nacional respecto a temas agrarios. Además, tres líderes del paro (Cesar Pachón, Víctor Correa y Alberto Castilla) fueron elegidos parlamentarios para el periodo 2014-2018. El Paro Nacional Agrario se posicionó como un hito en la protesta social colombiana y un paso importante para el reconocimiento cultural del campesinado.

REFLEXIONES FINALES

En alguna ocasión escuché a mi abuelo decir que Colombia sería un país diferente si la gente saliera a protestar por sus derechos. Pensé que era extraño escuchar esas palabras de alguien que había participado de luchas por la educación en los años setenta, pero sólo atiné a contestar que desde el 2011 habíamos presenciado ya tres paros nacionales: uno universitario en el 2011, y dos agrarios en el 2013 y en el 2014. Era enero de 2015 y las palabras que salieron de sus labios repetían de cierto modo una afirmación que ya había escuchado, desde niño, en todo tipo de conversaciones con familiares, amigos, vecinos y desconocidos. Yo mismo me vi diciendo algo así cuando, en una de las primeras asesorías que tuve con mi director cuando ingresé a Flacso, le dije casi como en queja que la esfera civil en Colombia era muy débil. Después de terminar esta tesis es posible concluir que, por el contrario, hay un discurso civil fuerte que se expresa en las calles, que se repite en todo tipo de conversaciones cotidianas y que se revela en el humor de algunos caricaturistas y comediantes.

Colombia tiene una importante tradición de lucha social. Más fuerte de lo que se suele reconocer. El Paro Nacional Agrario fue sólo una, si bien muy importante, de una serie de protestas de alcance nacional que sucedieron durante los gobiernos de Juan Manuel Santos y que se incrementaron durante el gobierno de Iván Duque. Durante estas acciones se han expresado una gran cantidad de aspiraciones, mensajes sobre ordenes sociales soñados y situaciones de injusticia que provocan indignación. Si bien la puesta en escena de protestas requiere de una gran energía colectiva, la mayor dificultad no ha sido lograr el poder social necesario para poner a andar los paros. El mayor desafío ha sido tender puentes entre los múltiples modos de entender la legitimidad. La erosión de la confianza mutua, la fragmentación cultural y la polarización no hacen más que resaltar lo extraordinario que resulta ver la emergencia de multitudinarias acciones colectivas y, sobre todo, de apoyo ciudadano a quienes protestan.

Ha habido una enorme dificultad para lograr puntos de encuentro a través de divisiones culturales profundas, pero el Paro Nacional Agrario del 2013 reveló, sin que sus convocantes se lo propusieran, algunas vías de integración. El apoyo ciudadano fue posible gracias a que el paro condensó una serie de atributos culturales en torno a los

cuales confluyeron actores que no compartían los mismos esquemas de interpretación. En la opinión pública se expresó una coalición simbólica basada en la oposición entre un campesinado puro y un gobierno impuro. Este binario se comunicó a través de narrativas que reforzaron puntos de encuentro en medio de la diferencia. La figura del campesinado fue considerada un punto de anclaje esencial para la vida social en todo tipo de esferas sociales. Políticamente el campesinado fue visto como un fundador de la nación, económicamente fue apreciado como un artífice del desarrollo y familiarmente fue evocado como un ancestro. La indignación ante el gobierno se sustentó en una narrativa de victimización de este actor puro. Conflicto armado, decisiones políticas, acuerdos económicos y medidas de represión policial fueron distintas manifestaciones de un eterno retorno de victimización que, al recaer sobre un actor con la centralidad y pureza del campesinado, fue sentida como un agravio al nosotros.

Las narrativas sobre el campesinado contribuyeron a desestabilizar la lógica bélica a través de la cual se intentó codificar el conflicto por parte de críticos del paro, especialmente el gobierno. Estas narrativas constituyeron una mezcla entre géneros trágicos y románticos que sustentaron la idea de injusticia y sostuvieron el conflicto sobre un cauce civil. El campesino era una víctima con la cual se compartían profundos lazos y su actuación revelaba heroísmo, pero no estaba orientada hacia la disolución del orden y el exterminio del contrario no tenía justificación. Cuando actores que apoyaban el paro emprendieron acciones de mayor violencia y el conflicto corrió el riesgo de entrar de lleno en el terreno del desafío al orden público, las organizaciones convocantes emprendieron acciones correctivas tendientes a sostener el carácter civil del paro.

Estas organizaciones hicieron esfuerzos en traducir sus reivindicaciones en el discurso civil, pero fueron las audiencias ciudadanas quienes de forma más decidida buscaron hacer efectiva esta traducción. Desde actores solidarios ha habido un cuestionamiento al énfasis en el apoyo urbano. Se afirma que la insistencia en éste implica un desconocimiento o invisibilización de la auténtica acción campesina. Entiendo estos temores, pero la descripción del paro sería incompleta si se obviara el papel central que jugaron estas audiencias en orientar la dirección del conflicto. Dos recuerdos fuertemente asociados al Paro Nacional Agrario son las palabras de Santos negándolo y

los cacerolazos de pobladores urbanos en respuesta. No es gratuito que así sea. La movilización solidaria expresó la vitalidad de la esfera civil en Colombia, la fuerza que tiene un discurso de la libertad que sus ciudadanos comunicaron performativamente tanto en las calles como a través de las redes sociales digitales. Además, los mensajes de apoyo al paro empujaron al gobierno a cambiar su codificación del conflicto. El paro existió porque la audiencia dio testimonio de ello.

Si bien los campesinos alcanzaron identificación entre la audiencia, sus logros performativos no lograron una traducción institucional inmediata. Este sería el objetivo de posteriores movilizaciones y de la irrupción de representantes campesinos en cargos públicos. El desafío de conseguir impactos institucionales más profundos es común a los Paros Nacionales que han ocurrido en Colombia durante la última década. Pero el logro performativo del Paro Nacional Agrario vino acompañado de un mayor compromiso del gobierno con una solución civil del conflicto, más que una solución de fuerza a secas. En este sentido, el paro también evidencia la importancia que tiene la institución regulativa de la presidencia para que los conflictos se sostengan en un terreno civil. En el contexto colombiano este es un gran logro a pesar de que los acuerdos no sean del todo satisfactorios. También marca una gran diferencia entre el tratamiento dado a las protestas durante el gobierno liberal de Juan Manuel Santos y el que vendría después con la presidencia conservadora de Iván Duque.

He mencionado hasta aquí los elementos que sintetizan lo que constituyó el Paro Nacional Agrario como performance mediante el cual organizaciones campesinas lograron éxitos al nivel de la representación. También he dicho cómo se construyó una coalición simbólica que dotó de estabilidad civil al paro. Es preciso puntualizar finalmente dos aspectos mediante los cuales esta tesis aporta al Programa Fuerte de la Sociología Cultural.

En primer lugar, las protestas sociales pueden ser eventos a través de los cuales múltiples actores coincidan. Matthew Norton (2017) propuso el concepto de coaliciones simbólicas para comprender qué sucedía a nivel cultural durante los procesos electorales. El PNA ofrece un ejemplo sobre cómo las coaliciones simbólicas también permiten entender la construcción de solidaridad a través de divisiones culturales. De igual forma

permite ver cómo estas coaliciones se construyen a través de narrativas que atraviesan distintas formas de codificar lo social. En este sentido, el concepto de coalición simbólica puede ser enriquecido con una mayor atención a los géneros narrativos. Por último, esta coalición actualizó representaciones de fondo sobre el campesinado en Colombia. Así, el caso del PNA llama la atención sobre la importancia de las estructuras de sentimiento que oponen pureza e impureza como base sobre la cual se construyen las coaliciones simbólicas.

En segundo lugar, el Paro Nacional Agrario ofreció una ventana para observar la performatividad de la audiencia. Anne Taylor (2021) señala que la pragmática cultural ha hecho gran énfasis en el nivel del actor, pero no ha profundizado lo suficiente sobre el lugar activo de las audiencias. El performance solidario descrito en el capítulo 5 de esta tesis ofrece un punto de partida para continuar profundizando la agencia de los espectadores, el modo en que participan de los dramas sociales y los recursos performativos de que hacen uso para comunicar sus interpretaciones. También revela cómo las propias audiencias civiles pueden empujar a actores en el escenario a fortalecer puestas en escena democrática y, en general, orientar la dirección que toma el conflicto. Finalmente, las clasificaciones de pureza e impureza expresadas por las audiencias llaman la atención sobre la fuerza comunicativa de la esfera civil ideal más allá de la concreción de ésta en instituciones regulativas.

FUENTES

Referencias bibliográficas

Alexander, J.C. y Smith, P. (2019). ¿Sociología cultural o sociología de la cultura? Hacia un programa fuerte para la segunda tentativa de la sociología. En J.C. Alexander (Ed.), *Sociología Cultural. Formas de clasificación en las sociedades complejas*. FLACSO-México, Siglo XXI.

Alexander, J.C. (2018). *La Esfera Civil*. Centro de Investigaciones Sociológicas.

Alexander, J.C. (2017). *Performance y poder*. Centro de Investigaciones Sociológicas.

Alexander, J.C. (2017). Seizing the Stage: Social Performances from Mao Zedong to Martin Luther King Jr., and Black Lives Matter Today. *TDR: The Drama Review*, 61(1), 14-42. https://doi.org/10.1162/DRAM_a_00620

Alexander, J.C. (1998). *Neofunctionalism and After*. Blackwell.

Alexander, J.C. (1993). "The discourse of American civil society: A new proposal for cultural studies". *Theory and Society*, 22 (2), 151-207.

Alexander, J.C y Stack, T. (2019). *Breaching the Civil Order*. Cambridge University Press.

Ampuero, I. y Brittain, J. (2008). La cuestión agraria y la lucha armada en Colombia. En Sam Moyo y Paris Yeros (Eds.), *Recuperando la tierra. El resurgimiento de movimientos rurales en África, Asia y América Latina*. CLACSO.

Arias, M. y Preciado, M. (2016). Paro Nacional Agrario: paradojas de la acción política para el cambio social. *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, (54), 107-123.

Bejarano, J.A. (1985). Campesinado, luchas agrarias e historia social: Notas para un balance historiográfico. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, (11), 251-304.

Campos, F. (2015). El Paro nacional agrario de 2013 y la política agropecuaria 2006-2014. *Derecho y Realidad*, 13 (26), 153-170.

Cárdenas, J.D. (2014). ¿El tal Paro Agrario Nacional no existe? Análisis del cubrimiento mediático y las rutinas de comunicación política en las movilizaciones campesinas en Colombia. *Temas de Comunicación*, (28), 55-77.

Castells, M. (2009). *Comunicación y poder*. Alianza.

Celis, L. (2018). *Luchas campesinas en Colombia (1970-2016)*. Desde Abajo.

Centro de Investigación y Educación Popular, CINEP. (2014). *Luchas sociales en Colombia 2013. Informe especial*. CINEP.

Centro de Investigación y Educación Popular, CINEP. (2013). *Luchas sociales, derechos humanos y representación política del campesinado 1988-2012. Informe especial*. CINEP.

Cruz, E. (2017). La rebelión de las ruanas: el paro nacional agrario en Colombia. *Análisis*, 49 (90), 83-109.

Cruz, E. y Thahir, S. (2017). El movimiento político y social Marcha Patriótica: génesis, estructura y proyecto. *Revista Colombiana de Ciencias Sociales*, 8 (1), 189-225.

Dorado, F. (2014). La fuerza e impacto del Paro Nacional Agrario. *Revista Semillas*, (53), 60-63.

Douglas, M. (1973). *Pureza y peligro*. Siglo XXI.

Escobar, A. (2007). *La invención del Tercer Mundo*. Fundación Editorial el Perro y la Rana.

Espinosa, N. (2013). *Propuesta y trayectoria del movimiento social y político A Luchar 1984-1991* [Tesis Maestría, Universidad Nacional de Colombia].

Fajardo, D. (1978). *Luchas sociales y transformaciones en tres regiones cafetaleras del Tolima 1936-1970*. Universidad de Antioquia.

Fundación para la Libertad de Prensa, FLIP. (2013) *Protestas, 'sin garantías para cubrir'*. FLIP.

Geertz, C. (2003). *La interpretación de las culturas*. Gedisa.

Guber, R. (2011). *Etnografía*. Norma.

Harnecker, M. (1988). *Colombia: combinación de todas las formas de lucha*. Biblioteca Popular.

Hobsbawm, E. (1983). *Rebeldes Primitivos*. Ariel.

Norton, M. (2017). When voters are voting, what are they doing?: Symbolic selection and the 2016 U.S. presidential election. *American Journal of Cultural Sociology*, 5 (3), 426–442. <https://doi.org/10.1057/s41290-017-0040-z>

Ordóñez, F. (2014). La cuestión agraria hoy en Colombia: diálogos de paz, movilización campesina y profundización del modelo corporativo. *Huellas*, (18), 195-203.

Olesen, T. (2015). *Global Injustice Symbols and Social Movements*. Palgrave Macmillan.

Organizaciones de Derechos Humanos de Colombia. (2017). *Situación de Derechos Humanos y Derecho Humanitario en Colombia 2013-2017*. Organizaciones de Derechos Humanos de Colombia

Ortiz, A. (2016). *El proceso de articulación y constitución del Congreso de los Pueblos como sujeto político en Colombia*. CLACSO.

Osorio, F. (2016). Campos en movimiento. Algunas reflexiones sobre acciones colectivas de pobladores rurales en Colombia. *Revista Colombiana de Antropología*, 52 (1), 41-61.

Palacios, M. (2011). *¿De quién es la tierra? Propiedad, política y protesta campesina en la década de 1930*. Fondo de Cultura Económica, Universidad de los Andes.

Penilla, W. (2016). *Interacción entre la Mesa de Unidad Agraria Nacional y los representantes del Gobierno Nacional en el Paro Agrario del año 2013 en Colombia* [Tesis de Maestría, FLACSO-México].

Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, PNUD. (2012). *El campesinado. Reconocimiento para construir país*. Cuaderno del Informe de Desarrollo Humano.

Ricoeur, P. (2003). *Teoría de la interpretación*. Siglo XXI, Universidad Iberoamericana.

Rivera, S. (1987). *Política e ideología en el movimiento campesino colombiano. El caso de la ANUC (Asociación Nacional de Usuarios Campesinos)*. UNRIS, CINEP

Rothenbuhler, E. (1988). The Liminal fight: mass strikes as ritual and interpretation. En J.C. Alexander (Ed.), *Durkheimian sociology: cultural studies*. Cambridge University Press.

Saether, S. (1999). Café, conflicto y corporativismo. Una hipótesis sobre la creación de la Federación Nacional de Cafeteros de Colombia en 1927. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, (26), 134-163.

Salcedo, L., Pinzón, R. y Duarte, C. (2013). *El Paro Nacional Agrario: un análisis de los actores agrarios y los procesos organizativos del campesinado colombiano*. Centro de Estudios Culturales, Universidad Javeriana.

Suárez, A. (2018). El tal Paro Nacional Agrario que no existió: Marcos de indignación para el cambio de la sociedad en red. En I. Llerena-Rangel y J. González-Gueto (Eds.), *Community: prácticas socioculturales y narrativas transmedia*. Corporación Universidad de la Costa.

Schechner, R. (2013). *Performance studies: an introduction*. Routledge.

Shimizu, M. (2018) Police officers in Contradiction. Civility and Anticivility in the Sao Paulo State Military Police. En J.C. Alexander y C. Tognato (Eds.), *The Civil Sphere in Latin America*. Cambridge University Press.

Smith, P. (2005). *Why war?*. The University of Chicago Press.

Stack, T. (2018). Citizenship and the Established Civil Sphere in Provincial Mexico. En J.C. Alexander y C. Tognato (Eds.), *The Civil Sphere in Latin America*. Cambridge University Press.

Taylor, D. (2003). *The archive and the repertoire*. Duke University Press.

Tilly, C. (2002). Repertorios de acción contestataria en Gran Bretaña: 1758-1834. En M. Traugott (Ed.), *Protesta social. Repertorios y ciclos de la acción colectiva*. Hacer.

Tognato, C. (2018). The civil life of the University: Enacting dissent and resistance on a Colombian campus. En J.C. Alexander y C. Tognato (Eds.), *The Civil Sphere in Latin America*. Cambridge University Press.

Tognato, C. (2015). Extending Trauma Across Cultural Divides: On Kidnapping and Solidarity in Colombia. En R. Eyerman, J.C. Alexander y E. Butler (Eds.) *Narrating Trauma. On the Impact of Collective Suffering*. Routledge.

Tognato, C. y Arteaga, N. (2021). Strong program cultural sociology and Latin America. *American Journal of Cultural Sociology*, (9), 419-429.
<https://doi.org/10.1057/s41290-020-00103-0>

Tsing, A. L. (2016). Alegoría agraria y futuros globales. *Revista Colombiana de Antropología*, 52 (1), 289-346.

Vasilachis, I. (2006). La investigación cualitativa. En, I. Vasilachis (Ed.) *Estrategias de investigación cualitativa*. Gedisa.

Woortmann, K. (1990). 'Com Parente Não se Neguceia' o Campesinato como Ordem Moral. *Anuário Antropológico*, (87), 11-73.

Yie, S. (2016). Narrando (desde) el despojo. Mediaciones morales y conceptuales de la noción de despojo en las luchas de los sectores populares rurales de los Andes nariñenses. *Revista Colombiana de Antropología*, 52 (2), 73-106.

Yie, S. (2015). *Estado-Patrón. La agencia campesina en las narrativas de la reforma agraria en Nariño*. Universidad Nacional de Colombia, Pontificia Universidad Javeriana.

Zamosc, L. (1987). *La cuestión agraria y el movimiento campesino en Colombia. Luchas de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC), 1967-1981*. UNRISD, CINEP.

Prensa

Acevedo, Darío (2013a) “Blandura en La Habana y dureza con el paro agrario”. *El Espectador*. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/opinion/blandura-en-la-habana-y-dureza-con-el-paro-agrario-columna-442433/>

Acevedo, Darío (2013b) “La protesta campesina distorsionada”, *El Espectador*. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/opinion/columnistas/dario-acevedo-carmona/la-protesta-campesina-distorsionada-column-443803/>

Acevedo Guerrero, Tatiana (2013) “El abrazo del oso”. *El Espectador*. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/opinion/columnistas/tatiana-acevedo-guerrero/el-abrazo-del-oso-column-444522/>

Agencia Prensa Rural (2013a) “Pliego de peticiones del paro nacional agrario y popular”. Recuperado de: <https://prensarural.org/spip/spip.php?article11620>

Agencia Prensa Rural (2013b) “Estos son los verdaderos perfiles de los voceros de la movilización campesina del Catatumbo”. Recuperado de: <https://www.prensarural.org/spip/spip.php?article11276>

Alerta Bogotá (2019) “Zipaquirá estrena un Simón Bolívar con ruana”. Recuperado de: <https://www.alertabogota.com/noticias/nacional/zipaquira-estrena-un-simon-bolivar-con-ruana>

Arango, Rodolfo (2013) “Ruanas, cacerolas y democracia”. *El Espectador*. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/opinion/ruanas-cacerolas-y-democracia/>

Barajas, Eduardo (2013) “La cruz de Boyacá”. *El Espectador*. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/opinion/la-cruz-de-boyaca-columna-442636/>

BBC (2013) “Colombia: campesinos anuncian fin de los bloqueos de carreteras”. Recuperado de: https://www.bbc.com/mundo/ultimas_noticias/2013/08/130830_ultnot_colombia_paro_agrario_bloqueos_carreteras_aw

Bernal, Margarita (2013) “Patear la lonchera / El condimentario”. *El Tiempo*. Recuperado de: <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-13038105>

Bonilla, María Elvira (2013a) “Las bravuconadas presidenciales”. *El Espectador*. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/opinion/las-bravuconadas-presidenciales-columna-442403/>

Bonilla, María Elvira (2013b) “Los paracos y la protesta campesina”, *El Espectador*. Recuperado: <https://www.elespectador.com/opinion/columnistas/maria-elvira-bonilla/los-paracos-y-la-protesta-campesina-column-443796/>

Botero, Carolina (2013) “Redes durante el innombrable paro”. *El Espectador*. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/opinion/redes-durante-el-innombrable-paro-columna-443304/>

Caballero, Antonio (2013a) “Simplemente neoliberales”. *Semana*. Recuperado de: <https://www.semana.com/opinion/articulo/simplemente-neoliberales/354361-3/>

Caballero, Antonio (2013b) “Contradicciones de la política”. *Semana*. Recuperado de: <https://www.semana.com/opinion/articulo/contradicciones-politica/354968-3/>

Caballero, Antonio (2013c) “Los conflictos de la paz”. *Semana*. Recuperado de: <https://www.semana.com/opinion/articulo/los-conflictos-paz/353617-3/>

Calvás, Juan Pablo (2013) “Se parrandearon el paro”, *El Espectador*. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/opinion/columnistas/juan-pablo-calvas/se-parrandearon-el-paro-column-443312/>

Carrizosa, Julio (2013) “La sostenibilidad de la papa y el café”. *El Espectador*. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/opinion/la-sostenibilidad-de-la-papa-y-del-cafe-columna-442401/>

Caycedo, Jaime (2013a) “Unidad, mandato de la base popular”. *Semanario Voz*. Recuperado de: <https://semanariovoz.com/unidad-mandato-de-la-base-popular/>

Cívico, Aldo (2013) “Una postal desde Siria, pensando en el paro nacional”. *El Espectador*. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/opinion/una-postal-desde-siria-pensando-en-el-paro-nacional-columna-442923/>

CNN Español (2016) “Este es el discurso completo de Juan Manuel Santos al recibir el Nobel de la Paz”. Recuperado de: <https://cnnespanol.cnn.com/2016/12/10/este-es-el-discurso-completo-de-juan-manuel-santos-al-recibir-el-nobel-de-la-paz/>

Córdoba, Alirio (2013a) “Notas al sol: Agua y aceite”. *Semanario Voz*. Recuperado de: <https://semanariovoz.com/notas-al-sol-agua-y-aceite/>

Coronell, Daniel (2013) “Para llorar”. *Semana*. Recuperado de: <https://www.semana.com/opinion/articulo/para-llorar/355805-3/>

Cuervo, Jorge (2013a) “Las razones de un paro”. *El Espectador*. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/opinion/las-razones-de-un-paro-columna-441624/>

Duque, Horacio (2013) “La rebelión bogotana. El levantamiento popular en Soacha, Sibate, Bosa, Ciudad Bolívar, Suba y Engativa”, *Semanario Voz*. Recuperado de: <https://semanariovoz.com/la-rebelion-bogotana-el-levantamiento-popular-en-soacha-sibate-bosa-ciudad-bolivar-suba-y-engativa/>

De Zubiría, Sergio (2013) “La historia a contrapelo: La revolución de las ruanas”. Recuperado de: <https://semanariovoz.com/la-historia-a-contrapelo-la-revolucion-de-las-ruanas/>

Díaz, Eberto (2013) “La rebelión de los excluidos”. *Semanario Voz*. Recuperado de: <https://semanariovoz.com/la-rebelion-de-los-excluidos/>

Duzán, María Jimena (2013) “¿Hay un nuevo país?”. *Semana*. Recuperado de: <https://www.semana.com/opinion/articulo/hay-un-nuevo-pais/355801-3/>

El Espectador (2012a) “Nuestras armas son las ideas”. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/politica/nuestras-armas-son-las-ideas-article-375554/>

El Espectador (2013a) “Bloqueadas 15 vías en segundo día del paro agrario”. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/colombia/mas-regiones/bloqueadas-15-vias-en-segundo-dia-del-paro-agrario-article-441112/>

El Espectador (2013b) “Gobierno advierte que pagarán con cárcel quienes bloqueen vías”. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/politica/gobierno-advierte-que-pagaran-con-carcel-quienes-bloqueen-vias-article-440449/>

El Espectador (2013c) “Indignados con las pretendidas dignidades”. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/opinion/editorial/indignados-pretendidas-dignidades-articulo-442159/>

El Espectador (2013d) “Un policía fue asesinado en medio de paro agrario”. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/colombia/mas-regiones/un-policia-fue-asesinado-en-medio-de-paro-agrario-article-442348/>

El Espectador (2013e) “Paro agrario: 'cacerolazo' también retumbó en Bogotá”. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/colombia/cartagena/paro-agrario-cacerolazo-tambien-retumbo-en-bogota-article-442659/>

El Espectador (2013f) “Policía da a conocer el cartel de los vándalos que causaron daños en Bogotá”. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/bogota/policia-da-a-conocer-el-cartel-de-los-vandalos-que-causaron-danos-en-bogota-article-443454/>

El Espectador (2013g) *Ni tan bacrim, ni tan guerrilla*. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/bogota/ni-tan-bacrim-ni-tan-guerrilla-article-444020/>

El Espectador (2013h) “De Pacto, por ahora, poco. Editorial”. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/opinion/editorial/de-pacto-ahora-poco-articulo-446301/>

El Tiempo (2013a) “Hay tres intereses políticos jugando’: Luis Eduardo Garzón”. Recuperado de: <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-13000584>

El Tiempo (2013b) “Quieren incendiar el país y no lo vamos a permitir’: Carrillo”. Recuperado de: <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-12915465>

El Tiempo (2013c) “Lo que se juega en el Catatumbo”. Recuperado de: <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-6286501>

El Tiempo (2013d) “Un geólogo estudiado en Europa, el vocero de campesinos del Catatumbo”. Recuperado de: <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-12908148>

El Tiempo (2013e) “Duitama, paralizada tras violentos disturbios en su casco urbano”. Recuperado de: <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-13009343>

El Tiempo (2013f) “Presidente de Fenalco rechazó el paro”. Recuperado de: <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-13005804>

El Tiempo (2013g) “Foro del lector”. Recuperado de: <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-13008971>

El Tiempo (2013h) “Sigue el paro agrario en la vereda Pipiral de Villavicencio”. Recuperado de: <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-13005063>

El Tiempo (2013i) “Gobierno analizará situación en La Habana; proceso no se ha roto”. Recuperado de: <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-13011090>

El Tiempo (2013j) “Arzobispo de Tunja defiende a campesinos y hace llamado al Gobierno”. Recuperado de: <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-13008683>

El Tiempo (2013k) “El paro no ha sido de la magnitud que se esperaba: Santos”. Recuperado de: <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-13002818>

El Tiempo (2013l) “Gobierno mantiene orden de dialogar con los campesinos”. Recuperado de: <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-13013162>

El Tiempo (2013m), “Crónica de los enfrentamientos entre campesinos y la Policía”. Recuperado de: <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-13006978>

El Tiempo (2013n) “Jornada de disturbios dejó cuatro muertos en el país”. Recuperado de: <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-13034984>

El Tiempo (2013ñ) “Campesinos levantaron bloqueos en centro del país tras 12 días de paro”. Recuperado de: <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-13037044>

El Tiempo (2013o) “Aquí no hay unas palomitas, aquí lo que hay son vándalos: Mindefensa”. Recuperado de: <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-13033165>

El Tiempo (2013p) “Intenciones de promotores de paro quedaron en evidencia: Vargas Lleras”. Recuperado de: <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-13035579>

El Tiempo (2013q) “El futuro del campo. Editorial”. Recuperado de: <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-13038483>

El Tiempo (2013r) “Campesinos estarán en Bogotá para mesa nacional agraria”. Recuperado de: <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-13039142>

El Tiempo (2013s) “Campesinos ameritan esfuerzo fiscal”, afirmó el Minhacienda”. Recuperado de: <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/DR-102227>

Gaviria, Pascual (2013) “En traje de campaña”, *El Espectador*. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/opinion/en-traje-de-campana-columna-444269/>

Gómez, Juan (2013) “Mujer maravillosa”, *El Colombiano*. Recuperado de: https://www.elcolombiano.com/historico/mujer_maravillosa-ECEC_258837

Gossaín, Juan (2013) “Homenaje a la ruana, símbolo de la protesta campesina”. *El Tiempo*. Recuperado de: <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-13054460>

Hernández, Salud (2013a) “Por las buenas no da resultado. Todo lo conseguimos a lo duro”. *El mundo*. Recuperado de: <https://www.elmundo.es/america/2013/07/19/colombia/1374198522.html>

Hernández, Salud (2013b) “La maldita primavera”. *El Tiempo*. Recuperado de: <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-13014688>

Hoyos, Andrés (2013) “La guerra o la paz”, *El Espectador*. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/opinion/la-guerra-o-la-paz-columna-444270/>

Isaza, José Fernando (2013) “Comentarios”, *El Espectador*. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/opinion/comentarios/>

Kalmanovitz, Salomón (2013a) “El paro agrario”. *El Espectador*. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/opinion/el-paro-agrario/>

Lafaurie, José (2013a) “Pescando en río revuelto”. *Contexto ganadero*. Recuperado de: <https://www.contextoganadero.com/columna/pescando-en-rio-revuelto>

Lafaurie, José (2013b) “¡Pudo haber sido peor!”. *Contexto ganadero*. Recuperado de: <https://www.contextoganadero.com/columna/pudo-haber-sido-peor>

Lafaurie, José Félix (2013c) “El ‘Gran Pacto Agrario’”. *Contexto Ganadero*. Recuperado de: <https://www.contextoganadero.com/columna/el-gran-pacto-agrario>

Lara, Patricia (2013a) “¡Aquí sí está pasando algo, presidente!”. *El Espectador*. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/opinion/columnistas/patricia-lara-saliva/aqui-si-esta-pasando-algo-presidente-column-441905/>

Mackenzie, Eduardo (2013a) “El ‘sueño de la paz’ de Santos es la pesadilla de los colombianos”. *Contexto Ganadero*. Recuperado de: <https://www.contextoganadero.com/columna/el-sueno-de-la-paz-de-santos-es-la-pesadilla-de-los-colombianos>

Mackenzie, Eduardo (2013b) “No son vándalos, imbécil. Son las Farc”, *Contexto Ganadero*. Recuperado de: <https://www.contextoganadero.com/columna/no-son-vandalos-imbecil-son-las-farc>

Medina, Medófilo (2013) “El paro nacional agrario: cuando el mundo del trabajo se levantó”. *Razón Pública*. Recuperado de: <https://razonpublica.com/el-paro-nacional-agrario-cuando-el-mundo-del-trabajo-se-levanto/>

Mejía, Rafael (2013) “A buscar una política agraria de estado”, *El Tiempo*. Recuperado de: <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-13046244>

Melo, Jorge Orlando (2013) “ICA: semillas de ira”. *El Tiempo*. Recuperado de: <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-13026064>

Molano, Alfredo (2013a) “La joda va para largo”. *El Espectador*. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/opinion/columnistas/alfredo-molano-bravo/la-joda-va-para-largo-column-442191/>

Montenegro, Santiago (2013) “Aprender de la crisis”, *El Espectador*. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/opinion/columnistas/santiago-montenegro/aprender-de-la-crisis-column-443798/>

Morales, Mario (2013) “A cacerolazos”. *El Espectador*. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/opinion/a-cacerolazos/>

Naranjo, Óscar (2013) “De regreso al futuro”, *El Tiempo*. Recuperado de: <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-13052558>

Nieto, Rafael (2013) “En manos de las Farc”. *El Colombiano*. Recuperado de: https://www.elcolombiano.com/historico/en_manos_de_las_farc-KCEC_258057

Noticias RCN (2013a) “Con bloqueos Gobierno no negociará: Estupiñán”. Recuperado de: <https://www.noticiasrcn.com/nacional-pais/bloqueos-gobierno-no-negociara-estupinan>

Orozco, Cecilia (2013) “Decidirse, por fin”. *El Espectador*. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/opinion/decidirse-por-fin-columna-442927/>

Ospina, William (2013a) “Doctor Sí, doctor No”. *El Espectador*. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/opinion/doctor-si-doctor-no-columna-442203/>

Ospina Restrepo, Juan Manuel (2013) “Presidente, es ahora o nunca”. *El Espectador*. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/opinion/presidente-es-ahora-o-nunca-columna-443135/>

Pacheco, Daniel (2013) “Desinfiltrar”, *El Espectador*. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/opinion/desinfiltrar/>

Páez, Gustavo (2013) “Un rostro en el tumulto”, *El Espectador*. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/opinion/un-rostro-en-el-tumulto-columna-444730/>

Prado, Mario (2013a) “De las platicas a los billones”. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/opinion/de-las-platicas-los-billones-columna-441904/>

Prado, Mario (2013b) “¿Qué el tal paro no existe?”. *El Espectador*. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/opinion/que-el-tal-paro-no-existe-columna-443367/>

Portafolio (2013a) “Los intereses políticos de cerebros de los paros agrarios”. Recuperado de: <https://www.portafolio.co/economia/finanzas/intereses-politicos-cerebros-paros-agrarios-82310>

Rodríguez Garavito, César (2013a) “#YoMePongoLaRuana”. *El Espectador*. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/opinion/yomepongolaruana/>

Rodríguez Garavito, César (2013b) “La primavera de los movimientos sociales”, *El Espectador*. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/opinion/la-primavera-de-los-movimientos-sociales-columna-444060/>

Rodríguez, Nicolás (2013) “Protestamos mal, nos gobiernan peor”, *El Espectador*. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/opinion/protestamos-mal-nos-gobiernan-peor/>

Ruiz-Navarro, Catalina (2013) “Pájaros y escopetas”. *El Espectador*. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/opinion/pajaros-y-escopetas-columna-443136/>

Samper, María Elvira (2013) “Buen gobierno en entredicho: ¿reelección embolada?”, *El Espectador*. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/opinion/columnistas/maria-elvira-samper/buen-gobierno-en-entredicho-reeleccion-embolada-column-443619/>

Samper Pizano, Daniel (2013a) “Si usted fuera campesino...”. *El Tiempo*. Recuperado de: <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-13011986>

Samper Ospina, Daniel (2013a) “Así empiezan los paros que no existen”. *Semana*. Recuperado de: <https://www.semana.com/opinion/articulo/asi-empiezan-paros-no-existen/355797-3/>

Schipani, Andres (2013) “Colombia grapples with aftermath of protests by farmers”. *Financial Times*. Recuperado de: <https://www.ft.com/content/3bd55e64-21e4-11e3-9b55-00144feab7de>

Semana (2013a) “El Gobierno señala que Robledo instiga los paros”. Recuperado de: <https://www.semana.com/nacion/articulo/el-gobierno-senala-robledo-instiga-paros/351320-3/>

Semana (2013b) “La golpiza del Esmad a un campesino (video)”. Recuperado de: <https://www.semana.com/nacion/articulo/la-golpiza-del-esmad-campesino-video/355013-3/>

Semanario Voz (2013a) “La unidad de las izquierdas”. Recuperado de: <https://semanariovoz.com/la-unidad-de-las-izquierdas/>

Semanario Voz (2013b) “Señor Presidente: Hablemos!”. Editorial”. Recuperado de: <https://semanariovoz.com/senor-presidente-hablemos/>

Silva, Ricardo (2013a) “Paro”. *El Tiempo*. Recuperado de: <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-13032182>

Silva Jaramillo, Santiago (2013) “De cómo Santos perdió su reelección”. *El Colombiano*. Recuperado de: https://www.elcolombiano.com/historico/de_como_santos_perdio_su_reeleccion-DCEC_257703

Spitaletta, Reinaldo (2013a) “El horrible campo colombiano”. *El Espectador*. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/opinion/columnistas/reinaldo-spitaletta/el-horrible-campo-colombiano-column-442635/>

Spitaletta, Reinaldo (2013b) “El tal paro que no existía”. *El Espectador*. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/opinion/columnistas/reinaldo-spitaletta/el-tal-paro-que-no-existia-column-444078/>

Triana, Gustavo (2015) “MOIR dice que no ha respaldado la lucha armada”. *Macarenazo*. Recuperado de: <https://elmacarenazoo.es.tl/MOIR-DICE-QUE-NO-HA-RESPALDADO-LA-LUCHA-ARMADA.htm>

Valencia, León (2013a) “Las frases de Santos que alientan la protesta”. *Semana*. Recuperado de: <https://www.semana.com/opinion/articulo/las-frases-santos-alientan-protesta/354364-3/>

Valencia Laserna, Paloma (2013a) “Santos ante el paro de la Nación y pausa de las Farc”. *El Espectador*. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/opinion/santos-ante-el-paro-de-la-nacion-y-pausa-de-las-farc-columna-442153/>

Villa, Santiago (2013). “De la Habana a Tunja”. *El Espectador*. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/opinion/columnistas/santiago-villa/de-la-habana-a-tunja-column-442638/>

Wallace, Arturo (2013) “Grandes historias 2013: Colombia sacudida por un paro ‘inexistente’”. *BBC*. Recuperado de: https://www.bbc.com/mundo/noticias/2013/12/131206_grandes_historias_2013_colombia_paro_agrario_aw

Sitios web de Organizaciones Sociales y Partidos Políticos

Centro de Documentación de los Movimientos Armados, CEDEMA (2006a) “Programa Agrario de los Guerrilleros” firmado por Manuel Marulanda Vélez y miembros del Bloque Sur en 1964. Recuperado de: <http://www.cedema.org/ver.php?id=4021>

Centro de Documentación de los Movimientos Armados, CEDEMA (2006b) “Al II Congreso Nacional Del Partido De Los Comunistas” firmado por Raúl Reyes de las FARC-EP. Recuperado de: <http://www.cedema.org/ver.php?id=1257>

Congreso de los Pueblos. CdP (2013, 30 jul.) “El CNA convoca al Paro Nacional Agrario del 19 de agosto”. Recuperado de: <https://www.congresodelospueblos.org/el-cna-convoca-al-paro-nacional-agrario-del-19-de-agosto/>

Polo Democrático Alternativo, PDA (2012, 10 nov.) “Ideario de Unidad Polo Democrático Alternativo”. Recuperado de: <https://www.polodemocratico.net/wp-content/uploads/2012/08/IDEARIO-DE-UNIDAD.pdf>

Polo Democrático Alternativo, PDA (2013, 1 ago.) “El 19 de Agosto todos a la Movilización Nacional Cafetera y Agropecuaria”. Recuperado de: <https://www.polodemocratico.net/el-19-de-agosto-todos-a-la-movilizacion-nacional-cafetera-y-agropecuaria/>

YouTube

Aurelio Suárez (2013, 15 sept.) *"La Rebelión de las Ruanas" Especiales Pirry.*
Canal RCN. Recuperado de:
https://www.youtube.com/watch?v=n1Lm_eh_nA4&t=46s

Cablenoticias (2013a, 28 ago.) *Uribe habla sobre el paro nacional agrario y sus consecuencias.* Recuperado de: https://www.youtube.com/watch?v=q4-xJ5X95PM&list=PLvQVqb_Z4Gj-pe1XSaLCuZ_2o8NRbxi_x&index=14&t=2s

Jorge Robledo TV (2013, 2 abr.) *Enseñanzas del Paro Cafetero.* Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=xisbCp9O07M&t=2244s>

Luis Alejandro Rojas Rodríguez (2013, 19 jul.) *Entrevista Cesar Jerez 180713.*
Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=ksUEWXajwNo>

Kinorama Colombia (2013, 29 ago.) *El Paro Agrario SI Existe!!!* Recuperado de: https://www.youtube.com/watch?v=d-ac907_Tnw

Militante Polo (2013, 25 ago.) *No importen más comida ¡De por Dios!*
Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=6FOciTWOdiQ>

Noticias Caracol (2013a, 17 ago.) *Gobierno hace advertencia a quienes fomenten disturbios en paro agrario - 17 de agosto de 2013.* Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=-c8SaXgOKDY>

Noticias Caracol (2013b, 23 ago.) *Se agudiza el paro: ya son 33 las vías cerradas en el país.* Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=rQHiS5x1JfE&t=9s>

Noticias Caracol (2013c, 25 ago.) *Emisión Noticias Caracol / 7:00 p.m. / 25 de agosto de 2013.* Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=wCP0sENQPaU&t=427s>

Noticias Caracol (2013d, 26 ago.) *Emisión 6:30 a.m. - Parte 1 - 26 de agosto de 2013.* Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=Y15qhFCRqCA>

Noticias Caracol (2013e, 27 ago.) *"¡El paro agrario sí existe!", gritaron en cacerolazo en Colombia - 27 de agosto de 2013.* Recuperado de:

<https://www.youtube.com/watch?v=dkgG34gFX9o>

Noticias Caracol (2013f, 30 ago.) *Sabiduría popular: escuche a esta tunjana analizando el agro y las protestas - 30 de agosto de 2013.* Recuperado de:

<https://www.youtube.com/watch?v=ompD6se96QQ>

Noticias Caracol (2013g, 26 ago.) *Hay una deuda con el campo colombiano, aseguran académicos.* Recuperado de:

<https://www.youtube.com/watch?v=Wyk3ao5o5RI>

Noticias Caracol (2013h, 29 ago.) *Llueven piedras y gases lacrimógenos en el centro de Bogotá - 29 de agosto de 2013.* Recuperado de:

<https://www.youtube.com/watch?v=eThQjGhm2UM>

Noticias Caracol (2013i, 30 ago.) *Un campesino muerto por disturbios durante paro en Tolima - 30 de agosto de 2013.* Recuperado de:

<https://www.youtube.com/watch?v=TsmODmpDnD8>

Noticias Caracol (2013j, 30 ago.) *Emisión Noticias Caracol 7:00 p.m. / 30 de agosto de 2013/.* Recuperado de: [https://www.youtube.com/watch?v=dIvdlr-](https://www.youtube.com/watch?v=dIvdlr-VIOM&t=1524s)

[VIOM&t=1524s](https://www.youtube.com/watch?v=dIvdlr-VIOM&t=1524s)

Noticias Caracol (2013k, 12 sept.) *Hay pocas ruanas y mucha corbata: asistente a cumbre por Pacto Nacional Agrario.* Recuperado de:

<https://www.youtube.com/watch?v=J4yCezAeDSg>

Canal Capital Bogotá (2013a, 29 ago.) *Graves disturbios en Faca dejan 70 capturados y cerca de 40 heridos.* Recuperado de:

https://www.youtube.com/watch?v=wR-LH_Z3f2c

NoticiasUnoColombia (2013a, 18 ago.) *Paramilitares amenazan a los líderes del paro nacional agropecuario.* Recuperado de:

<https://www.youtube.com/watch?v=rjOs9ykQTWU>

NoticiasUnoColombia (2013b, 19 ago.) *“El paro no fue de la magnitud que se esperaba”*: Santos. Recuperado de:

<https://www.youtube.com/watch?v=OP7R7WgfB7A>

NoticiasUnoColombia (2013c, 24 ago.) *Conmoción social por paro agrario*. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=4n6yco-lnrE>

NoticiasUnoColombia (2013d, 25 ago.) *El paro agrario nacional y los mensajes de Santos*. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=WcwAKZ6VdBw>

NTN24 (2013a, 19 ago.) *Director (E) de Seguridad Ciudadana de la Policía de Colombia entrega reporte sobre el paro agrario*. Recuperado de:

<https://www.youtube.com/watch?v=Hc0MKu3FlxQ>

NTN24 (2013b, 19 ago.) *Primer día del paro nacional agrario en Colombia deja al menos 22 personas detenidas*. Recuperado de:

<https://www.youtube.com/watch?v=WgYhEBxNK5U>

NTN24 (2013c, 29 ago.) *Al menos 14 movilizaciones se registran en Bogotá debido al paro agrario nacional*. Recuperado de:

<https://www.youtube.com/watch?v=9bCpAG-FzJg>

NTN24 (2013c, 29 ago.) *Marchas en apoyo a campesino terminan en disturbios entre policías y manifestantes*. Recuperado de:

<https://www.youtube.com/watch?v=vGLbLOAOFyA>

NTN24 (2013d, 29 ago.) *Vea el momento en el que manifestantes y autoridades se enfrentan durante paro nacional en Colombia*. Recuperado de:

<https://www.youtube.com/watch?v=DBf0mIY7nrc>

Presidencia de la República – Colombia (2013a, 25 ago.) *Presidente Juan Manuel Santos en la XXXV Caminata por la Solidaridad - 25 de agosto de 2013*. Recuperado de:

https://www.youtube.com/watch?v=HWlj_pj9IPU&t=62s

Presidencia de la República – Colombia (2013b, 24 ago.) *Protestas SI, Bloqueos No*. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=-vTd6ePG-do>

Presidencia de la República – Colombia (2013c, 24 ago.) *Diálogos con las Farc, paros campesinos y disparos contra la Embajada de Colombia en Costa Rica.*

Recuperado de:

https://www.youtube.com/watch?v=HuuX5iGm9Qc&list=PLvQVqb_Z4Gj-RiWlinFwt8QATHFKCfjw-&index=9

Presidencia de la República – Colombia (2013d, 24 ago.) *Declaración del Ministro del Interior sobre las jornadas de protesta - 24 de agosto de 2013.*

Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=wkliLojoRRA>

Presidencia de la República – Colombia (2013e, 27 ago.) *Declaración del Presidente Santos al término de la reunión con los líderes campesinos - 26 de agosto.*

Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=1SFufkAFneo>

Presidencia de la República – Colombia (2013f, 25 ago.) *Gestión del Gobierno Nacional frente al Paro - 25 de agosto de 2013.* Recuperado de:

https://www.youtube.com/watch?v=U4VjfpL3yso&list=PLvQVqb_Z4Gj-RiWlinFwt8QATHFKCfjw-&index=13

Presidencia de la República – Colombia (2013g, 29 ago.) *Declaración del Presidente Juan Manuel Santos - 29 de agosto.* Recuperado de:

<https://www.youtube.com/watch?v=SmR9qLyA-s8>

Presidencia de la República – Colombia (2013h, 12 sept.) *Palabras del Presidente Santos al término de la primera reunión del Pacto Nacional por el Agro.*

Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=iaTI9a2K1xg>

Presidencia de la República – Colombia (2013i, 30 ago.) *Alocución del Presidente de la República de Colombia Juan Manuel Santos.* Recuperado de:

<https://www.youtube.com/watch?v=cbAinJnfhol>

Sumerce News (2013a, 25 sep.) "El Paro sí sirvió" por Victoria Solano.

Recuperado de:

https://www.youtube.com/watch?v=Qht1HM1Hp5k&list=PLvQVqb_Z4Gj-L3LpCNVJnUwNh24PFMQKR&index=10

Sumerce News (2013b, 27 sept.) *Artistas apoyando a los campesinos colombianos - #TodosSomosCampesinos*. Recuperado de:

<https://www.youtube.com/watch?v=SCdq9xAoC0A>

Sumerce News (2013c, 5 ago.) *Documental 9.70 de Victoria Solano (Versión Youtube)*. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=kZWAqS->

[El_g&t=21s](https://www.youtube.com/watch?v=kZWAqS-El_g&t=21s)

WaR_HoUs3 (2013, 29 ago.) *Mi Tierra No Se Vende (paro nacional agrario Colombia)*. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=SEggErEuUtY>

Vimeo

Doc Society (2017, 29 jun.) *9.70 Documentary Film Case Study*. Recuperado de:

https://vimeo.com/223638450?fbclid=IwAR3_CVj6upTXasiCPFhDXgXMkSSImHK9I9zS0tjdzYVN9G3JhTxBEdOZAEY

Twitter

Álvaro Uribe Vélez [@AlvaroUribeVel] (2013a, 7 sept.) “Tumaco, terrorista Farc presiona a los campesinos para bloquear vías”. Recuperado de:

<https://twitter.com/AlvaroUribeVel/status/376311205889339392>

Álvaro Uribe Vélez [@AlvaroUribeVel] (2013b, 7 sept.) “Que tal estos “angelitos”?: “Frente 27 de las Farc presiona a manifestantes en el Meta Líder guerrillero (cont)”. Recuperado de:

<https://twitter.com/AlvaroUribeVel/status/376301458884669440>

Álvaro Uribe Vélez [@AlvaroUribeVel] (2013c, 6 sept.) “Nariño, campesinos no pueden trabajar con leche a 500 pesos y fusiles de Farc. No avanza Conpes del Ica”. Recuperado de:

<https://twitter.com/AlvaroUribeVel/status/375994522574274560>

Álvaro Uribe Vélez [@AlvaroUribeVel] (2013d, 7 sept.) “Nariño5. Recuperada la terrorista Farc presiona a los campesinos maltratados por el descuido del Gbno”. Recuperado de: <https://twitter.com/AlvaroUribeVel/status/376395543037358081>

Ángela María Robledo [@angelamrobledo] (2013, 19 jul.) “Criminalizacion de protesta social por parte de Santos, continua. Nuestro apoyo a senador @JERobledo”. Recuperado de: <https://twitter.com/angelamrobledo/status/358311093568937985>

Iván Cepeda Castro [@IvanCepedaCast] (2013, 19 jul.) “Total respaldo y solidaridad con senador @JERobledo. Gobierno debe resolver catástrofe social y no lanzar irresponsables acusaciones”. Recuperado de: <https://twitter.com/IvanCepedaCast/status/358294294756474880>

José Obdulio Gaviria [@JOSEOBDULIO] (2013, 19 jul.) “@JuanManSantos: catadura dictatorial te lleva a descalificar a todo el q te contradiga. Dejá ese cuento de mano negra de izq o der. Goberná!”. Recuperado de: <https://twitter.com/JOSEOBDULIO/status/358292620461608963>

Juan Manuel Santos [@JuanManSantos] (2013, 25 ago.) “Cuando digo que el paro no es nacional agrario es porque esta concentrado en pocos departamentos y en unos productos determinados”. Recuperado de: <https://twitter.com/JuanManSantos/status/371736769433436161>

Henry Acevedo [@henryacevedo] (2013, 29 ago.) “Hasta los colombianos en el extranjero sienten el #paronacional #YoMePongoLaRuana”. Recuperado de: <https://twitter.com/henryacevedo/status/373285865117974528>

Mindefensa [@mindefensa] (2013, 3 jul.) “Hay zonas donde nos quieren montar marchas y los líderes ni son campesinos, vienen de Europa! No vamos a suspender las erradicaciones. JCP”. Recuperado de: <https://twitter.com/mindefensa/status/352543993848008704>

X-Tian [@UnCaricaturista] (2013, 20 ago.) “#yoParopor #NuevaCaricatura #ParoNacional: ESTO ESTÁ PASADO”. Recuperado de: <https://twitter.com/UnCaricaturista/status/370022055128735744>



Facebook

Ana Erazo (2013, 23 ago.) “Saludo compañeras y compañeros. Creo que la mejor forma de apoyar el paro colombiano, es difundir la fuerte represión estatal que hoy azota a los campesinos y campesinas. Por fa ayudanos a que esto se vea en toda América Latina”. Recuperado de:

<https://www.facebook.com/groups/1408454812704133/posts/1409805722569042/>